ALFREDO DE BRAGANZA

ASESINOS DE DIOS

SERIE DAWOOD

ASESINOS DE DIOS

ALFREDO DE BRAGANZA

Edición: Kassfinol
Portada: Shutterstock

Web del Autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:
Amazon
Instagram

Facebook
Twitter
Goodreads

ISBN: 9798401802637
Sello: Independently published



Suscríbete a mi lista de correo https://alfredodebraganza.com/ para mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones.

ÍNDICE

«Querido Claudio. He conocido listos que se fingían tontos y tontos que se fingían listos. Pero eres el primer caso que he visto de un tonto que se finge tonto. Te convertirás en un dios».
Robert Graves, *Yo, Claudio*

«Cuando te levantes por la mañana, piensa en el privilegio de vivir: respirar, pensar, disfrutar, amar».
Marco Aurelio

PREFACIO

Estaban huyendo de la policía.

Acababan de poner a buen recaudo veinte millones de dólares robados de la dictadura de Venezuela.

Dawood conducía la furgoneta a toda velocidad por las calles de Marbella.

En el asiento de copiloto estaba Jaime Chopra, presidente de la asociación hindú Sai Baba en España. En el asiento de atrás, sujeto con fuerza al posamanos del techo estaba Pablo Carrasco, Guardia Civil, vestido de paisano.

Las sirenas de la policía cada vez eran más intensas, conforme más medios se unían a la persecución.

—Es una locura. No saldremos de esta —gritó desesperado Pablo.

Jaime miró a Dawood, que conducía con absoluta temeridad.

—Sabrás dónde vamos.

—Al mar.

La respuesta dejó estupefactos a los dos pasajeros.

—¿Cómo que al mar? —preguntó angustiado Pablo.

—Escuchadme los dos. No podemos salir de la ciudad. Bloquearán las carreteras. Con este cacharro no llegaremos lejos sin que nos intercepten. ¿Qué queréis? ¿Que frene y salgamos corriendo?

—¿Por qué no? —preguntó Jaime, angustiado.

Dawood resopló.

—Nuestras huellas están por todo el vehículo. Por cierto, ¿de dónde lo habéis sacado?

—Está limpio —contestó Pablo, haciéndose oír a pesar del ruido de sirenas—. Lo conseguí de un confidente italiano, de la mafia calabresa. No hay forma de que implique a nadie.

Jaime se tapó la cara. Estaba desesperado.

—Esto ya se va de madre. No hay salida. Me veo entre rejas.

—Calma —dijo Dawood.

—¿Cómo que calma? Nos llevas al mar —protestó.

—Es la única forma de salir del vehículo, dejándolo limpio de huellas.

Las sirenas cada vez sonaban más cercanas.

—¿Y qué se supone que debemos hacer cuando caigamos al agua? —inquirió Pablo en voz alta.

—Os lo diré cuando nos aproximemos al puerto.

Se acordó de ella. De Sara. Su novia. Uno al lado del otro. Abrazados y con los dedos entrelazados. ¡Qué bien olía su pelo! Cuánto le gustaba. Estaba muy enamorado de ella. Qué bonito es

sentirse enamorado. Intentó quitarse esos pensamientos de encima encendiendo el estéreo al tiempo que pisaba con fuerza el acelerador.

Los dos españoles tenían el rostro pálido.

Comenzó a sonar la voz de Jimmy Fontana y su archiconocida canción *Il mondo*.

Subió el volumen.

—Esto es lo más *cool* que he escuchado desde hace tiempo —gritó sonriendo al tiempo que giraba con violencia el volante.

Tras hacer un giro en U en mitad de la carretera, pisó de nuevo el acelerador a fondo.

Dirección este, al mar.

Iba sorteando el tráfico cada vez más denso conforme se aproximaba a la zona del puerto.

Terminaba la temporada de verano en Marbella. Aun siendo de noche, el ambiente en la calle era increíble, bullicioso. La gente iba y venía paseando por las aceras o saliendo de los numerosos bares, tiendas de recuerdos y restaurantes de la zona.

Jaime se ajustó más fuerte el cinturón con creciente desesperación, lanzó una mirada desalentadora al indio y se giró hacia atrás: Pablo se santiguaba. Aunque admiraba el carácter de aquel indio que acababa de conocer minutos atrás, la situación se había complicado de manera extraordinaria. Necesitaban un milagro para poder salir de aquella situación.

[…] Il mondo
Non si è fermato mai un momento
La notte insegue sempre il giorno […]

La locura se puede definir como un trastorno o perturbación patológica de las facultades mentales. Sin embargo, dejó de ser considerada una enfermedad mental a fines del siglo XIX y pasó a ser un estado anímico, una emoción o una parte de la personalidad.

El indio y los dos españoles eran víctimas de una locura desatada. Cada uno de ellos por motivos diferentes. Jaime, por venganza personal; Pablo, por su hijo, y Dawood, porque le habían implicado en ello. Al fin y al cabo, la locura podía ser entendida como una manera de vivir la vida más allá de lo convencional.

Un instante más tarde una pareja de hombres mayores pescaba con sus cañas desde un muro de cemento de contención. Estaban callados, esperando sacar Dios sabe qué de aquellas aguas del Mediterráneo.

Pero, a decir verdad, a aquella hora de la noche, los dos hombres estaban sentados con sus cañas y una neverita con aperitivos y bebidas para pasar el tiempo, admirando las embarcaciones y disfrutando del ambiente iluminado por las numerosas y potentes farolas, además de la refrescante temperatura.

Desde donde estaban sentados el ruido de sirenas cada vez era más intenso.

A pocos metros de distancia una furgoneta saltó al paseo marítimo, golpeó una papelera y, de repente, salió disparada por el aire en dirección al agua.

Suspendidos en el aire quedaron los últimos compases de la canción italiana que a todo volumen salía por las ventanas.

[…] *Ed il giorno verrà*

La, la, la, la…[…]

PRIMERA PARTE

1

Jaime Alonso estaba convencido de que Sai Baba era el centro del universo, que tenía un poder magnético que le ayudaría a obtener fuerza interior. Para él, el santón hindú había sido el creador de todo lo visible y lo invisible.

Por este motivo, cuando tenía unos veinte años y era un joven entusiasta de la secta saibabista, decidió, en un impulso emocional, abrazar un apellido hindú. Así fue como pasó a llamarse Jaime Chopra.

En la actualidad había vuelto a la India, a un pueblo en el sur llamado Puttaparti, en compañía de un grupo de devotos venezolanos con el fin de ser bendecidos.

Había coincidido con el grupo de venezolanos en el hotel de Bangalore, ciudad conocida como la Silicon Valley de la India.

El español y los venezolanos viajaban a través de la agencia de viajes vinculada a la institución religiosa.

La agencia estaba dedicada en exclusiva a preparar viajes organizados al *ashram*, a la sede del saibabismo, incluyendo en el programa el privilegio de acudir a la sala de recepción y obtener la bendición de la presencia viviente del fundador Sai Baba.

Solo los miembros más selectos, privilegiados y cercanos a la organización habían podido hacer uso de un moderno autobús Mercedes desde el hotel hasta la comarca de Puttaparti, al norte de Bangalore.

Sai Baba había fallecido en 2011. Hasta entonces había sido el gurú y brujo, el líder espiritual y el dios de nada menos que el dictador de Venezuela, Nicolás Maduro. La imagen del santo hindú con su pelo afro y su vestimenta naranja descansaba en su propio escritorio en el palacio de Miraflores. Era su dios eterno, su gurú omnipresente.

Desde la muerte del santón, un sucesor llamado Naidu se había convertido en la extensión de Sai Baba en la Tierra.

Naidu proclamaba que Sai Baba le hablaba constantemente al oído, que le guiaba. Por eso los devotos le consideraban como el traductor, la forma viviente en la Tierra del creador.

El dios había vuelto a la Tierra después de 2011, y no lo había hecho en forma de pajarito, sino que regresó para quedarse junto a Naidu, su discípulo. Este y la organización multinacional espiritual había resucitado a Sai Baba y asegurado que el *swami* (santón) había vuelto de la muerte para entregar un mensaje muy importante a sus discípulos: los millones de seguidores nacionales y extranjeros debían continuar su peregrinación a la sede central de Puttaparti.

De este modo el negocio siguió recogiendo a sus millones de devotos y, cómo no, sus conmensurables ayudas económicas a la organización.

Año tras año la Iglesia saibabista, la secta fanática, continuó cosechando y brotando dinero por doquier.

El dictador Nicolás Maduro ya no viajaba a la India, pero seguía los postulados de la secta hindú. Recibía los consejos del nuevo gurú, el Jesucristo moderno, quien le convencía de que el desastre económico de Venezuela no era debido a su gestión sino a la guerra económica diseñada desde el exterior con el fin de asfixiar a la población.

Sin embargo, los millonarios venezolanos que vivían en el extranjero y unos cuantos miembros de la élite del gobierno de Maduro continuaban el peregrinaje a Puttaparti.

Los visitantes se encontraban en aquellos momentos en la sala de recepción. Unos meditando en silencio, otros murmurando entre ellos, otros leyendo oraciones de unos folletos traducidos al español, otros simplemente no haciendo nada, mirando en derredor a la espera del anuncio de la entrada de Naidu.

Jaime Chopra sobrepasaba los cuarenta años y era el presidente de la organización Sai Baba en España. Desde la muerte de Sai Baba, hacía ya años, no había viajado a la sede central y rendido pleitesía a su sucesor.

Había alegado a los indios mucho trabajo y por eso decía que no había podido encontrar el momento oportuno para viajar a la India.

Sin embargo, Naidu y tantos otros altos miembros de la Iglesia saibabista eran conocedores del secreto que guardaba el español y de su reticencia a volver a visitar la sede.

Jaime era además conferenciante de motivación, autoconocimiento, liderazgo y actitud personal. También daba charlas, con precios astronómicos, en eventos privados a empresarios de grandes corporaciones y en reconocidas universidades privadas.

Antes de su viaje a la India había hablado con el secretario del departamento de Administración y este le había prometido que su santidad tendría un detalle personal y único con él.

A Jaime le corroía la impaciencia de saber qué haría y qué detalle tendría hacia él la divinidad personificada de Sai Baba. Ningún título honorífico de los que tenía colgados en las paredes de su oficina de Marbella sería igualado con lo que esperaba recibir. Él solo lo quería para utilizarlo como marketing de venta. Desde hacía tiempo se aprovechaba de aquella secta hindú.

Había tenido una experiencia traumática con Sai Baba, que supo superar con los años, y quiso sacar rédito para afianzarse económicamente haciendo uso de su puesto como el máximo

representante de la organización en España.

Se aseguró un porvenir muy lucrativo. Blanqueaba dinero de sus ganancias sin declarar como conferenciante y, además, desviaba dinero de la organización para gastárselo en sus caprichos y necesidades.

Por fin su trabajo de propagar la palabra de Sai Baba y establecer en España su iglesia tendría su recompensa por parte de aquellos indios. Fuese lo que fuera lo que Naidu le iba dar, sabría cómo sacarle provecho.

Todo reconocimiento público y bien material en forma de títulos o estatuas era bienvenido, ya que acentuaba más su figura irreemplazable y necesaria como «el hombre de la organización en España».

De momento solo eran unos cientos los devotos que tenía en Marbella, pero poco a poco iba ganando más adeptos, sobre todo entre la enorme comunidad de extranjeros residentes en la Costa del Sol.

Antes de entrar en el recinto, los ayudantes de Naidu les habían informado en inglés de que estaba prohibido ponerse en pie o intentar abordar o avasallar al gurú con preguntas. No había teléfonos móviles ni cámaras fotográficas ni de vídeo. Todos los aparatos electrónicos se habían dejado en la entrada.

Los recién llegados se encontraban sentados en el suelo de la principal sala de recepción, apoyados con anchos cojines de tapizado blanco en chenilla. Todos seguían esperando impacientes la entrada de Naidu.

Enfrente estaba el escenario, donde había dos sillones con los respaldos dorados y con preciosos tapizados en rojo; parecían exageradas carrozas de carnaval. Ambos asientos estaban flanqueados por un par de aires acondicionados portátiles Hitachi.

Jaime echó un vistazo a los venezolanos que tenía a su alrededor.

Eran diez. Cada hombre iba acompañado de su esposa. Todos eran gordos. Todos ellos eran diputados de la Asamblea Nacional, excepto un empresario millonario afincado en Canadá afín al régimen de Maduro y otro que hablaba atropelladamente y de manera continua, dando órdenes como si fuera un profesor a sus alumnos que han salido de excursión.

—Sigue a tu corazón y no a tu cabeza —pronunció un señor en español en voz alta leyendo un folleto.

Él era el que se había erigido como el líder del grupo. En verdad era la persona más cercana al dictador Nicolás Maduro y a su esposa, Cilia Flores. Se llamaba Marquitos y era a quien todos hacían caso. Él era un importante miembro de la inteligencia militar en Venezuela.

De hecho, en el trayecto del hotel a la sede, Jaime le había oído

llamar la atención a la mujer de un compatriota por haberse vestido con un top que mostraba la mitad de sus gigantescos pechos. Le recomendó tapárselos. Como no tenía nada, tuvieron que parar de camino en una tienda y comprar un largo y ancho fular.

—Compañero, los que no reconocen a Sai Baba como dios es que no comprenden el significado de la espiritualidad —dijo otro.

Uno más asintió.

—Así es, hermano. No pueden entender que haya algo tan importante y beneficioso para el alma fuera de la Iglesia católica.

—No es eso —se animó a intervenir la señora gorda del fular—. Es un moderno Jesucristo. Hoy día debemos sentirnos privilegiados de tener en la Tierra al nuevo Sai Baba —rogó—. El único hombre al que podemos llamar divinidad, al que podemos ver y escuchar.

Comenzaron a sonar *barjans* (cantos devocionales) por los pequeños altavoces. Todos quedaron expectantes.

Pronto saldría Naidu.

Jaime estiró la espalda. Estaba ansioso por saber cómo sería agraciado, además, delante de aquellos venezolanos tan presumidos y prepotentes. Había escuchado durante el viaje en autobús el arrogante comportamiento de Marquitos hacia sus propios compatriotas. Demostraban ser devotos extremistas de Sai Baba como para haber emprendido aquel largo viaje desde Caracas.

Con solo ser altos miembros de la dictadura venezolana, viajando a la India a todo lujo, lo decía todo de ellos. Incluso al día siguiente de la recepción con Naidu tenían un viaje programado a Tailandia, donde dos de las mujeres se iban a retocar el pecho en una clínica privada.

Un grupo de acólitos entraron por la puerta lateral izquierda. Con un tono autoritario, uno de ellos les ordenó en inglés que se arrodillaran.

El personal indio ejercía su poder y autoridad cada vez que podían. Los ayudantes, asistentes personales, secretarios o miembros del cuerpo de seguridad que orbitaban alrededor del gurú hindú solían comportarse como rudos porteros de discoteca más que como amigables empleados de un líder espiritual.

Al fin y al cabo velaban por una multinacional de la fe que movía una inmensa cantidad de dinero que derrochaban en construir escuelas y hospitales pero que también servía para implantar una evidente influencia en el poder judicial, en la policía y en la política de la India.

La enorme obra social de la Iglesia saibabista le garantizaba cierto trato por parte de las autoridades, por ejemplo, tapar las acusaciones de abusos sexuales.

En realidad, como la mayoría de los funcionarios indios, los empleados de la organización religiosa se sentían complacidos de

ejercer autoridad sobre los extranjeros como venganza por la vejación que les imponían las castas sociales, pero también por la dominación occidental sufrida durante años.

Naidu, la divinidad suprema sobre la Tierra, entró caminando muy despacio sobre la alfombra roja con aire majestuoso. Porque donde estaba él estaba dios, y viceversa.

Con barriga pronunciada, su aspecto era de lo más peculiar. Iba descalzo y vestía solo un camisón naranja chillón; tenía el pelo a lo afro, teñido de negro tizón, al igual que el divino predecesor.

El fervor de los fieles se demostró en su máxima devoción: se arrodillaron del modo más sumiso y tocaron la cabeza sobre el suelo.

—*Hola, amigos* —dijo Naidu en español tras tomar asiento en uno de los dos sillones; el de al lado se dejaba vacío, ya que se suponía que en aquellos momentos lo ocuparía el cuerpo invisible de Sai Baba.

Todos levantaron la cabeza y sonrieron con complicidad al escuchar a dios hablar en español.

Un ayudante se adelantó, situándose entre el escenario y los devotos. Era el traductor oficial. Otro asistente colocó un micrófono frente a su divinidad. Los visitantes extranjeros seguían todo movimiento con la mirada, rogando para que aquel ser se dignase a dirigir la vista hacia ellos y, de este modo, recibir una conexión cósmica.

Un séquito de secretarios y asistentes y guardaespaldas quedaron detrás de los sillones.

Los devotos venezolanos, saibabistas, espiritistas y santeros quedaron extasiados.

Naidu pronunció una serie de oraciones que ninguno de los presentes pudo entender, excepto Jaime, que había estudiado el sánscrito.

Cuando terminó sus murmuraciones dio la orden al traductor para que los visitantes tomaran la palabra.

El traductor hizo un leve gesto con la mano alzada hacia Marquitos. Este habló.

—Señor, hemos venido por petición de nuestro líder, Nicolás Maduro, desde más de 15 000 kilómetros para recibir vuestra bendición y así poder llevar el entendimiento y la concordia a nuestro pueblo de Venezuela.

El comentario fue traducido muy despacio por el traductor. Jaime, que entendía el hindi y el idioma de aquella región, llamado kannada, se percató de las licencias que se tomó al traducir, exagerando la devoción de los extranjeros hacia la iglesia de Sai Baba.

La personificación de dios tomó de nuevo la palabra en el idioma que no podían entender los venezolanos y que el traductor tradujo al español en palabras muy cortas para lo extenso que había sonado en

aquella lengua desconocida.

—Quiero que llevéis mi bendición a mi amigo Nicolás y a su esposa, a quienes tengo en mis oraciones.

Entonces, en un silencio sepulcral, Naidu repartió una intensa mirada a cada uno de los presentes, como si estuviera distribuyendo comunicaciones invisibles.

Dirigiéndose directamente a Jaime Chopra, cuyo cuidado físico era evidentemente distinto de los demás, lanzó una pregunta.

—¿Cuál es el color que más te atrae?

Tras unos segundos, el español respondió con un fuerte latido de su corazón:

—El rojo.

—Es un color violento. El rojo es sangre, simboliza temperamento. El verde manzana es mejor porque simboliza paz, hay concordia, es suave y, por tanto, invita a la tranquilidad y el sosiego.

Jaime palideció, no sabía si volver a hablar o permanecer callado. Lo había fastidiado. «Maldita sea. Toda tu decoración o es blanca, roja o naranja». Presentía que había quedado en evidencia. «Lo ha hecho aposta este desgraciado». «Malnacido. Hijo de puta».

Entonces replicó en hindi, que dominaba mejor que el kannada, prescindiendo al traductor que hacía de intermediario en la comunicación:

—Pero es amor lo que yo tenía en mente. Rojo es el color del corazón y, por tanto, de las emociones. Además, simboliza vida, valentía, acción, pasión…

El traductor alzó el mentón al tiempo que le lanzaba una mirada intimidatoria, dándole una señal de que no volviera a hablar si no era preguntado.

Naidu se quedó callado y cerró los ojos. Tras unos segundos que parecieron eternos, levantó las manos y comenzó a realizar movimientos circulares al aire. Entonces, apareció un anillo de oro en su mano derecha. Lo mostró a todos los presentes: un anillo de oro con una piedra de color verde. Lo había materializado de la nada.

Pero el español era conocedor de aquel método. Cuando era joven había intimado con Sai Baba, quien hacía aquellos mismos trucos. Naidu era buen conocedor de aquella relación intensa y afectuosa que tuvo Jaime en el pasado.

—Ven y cógelo.

Jaime se puso de pie, se acercó, volvió a arrodillarse a escasa distancia de aquel hombre que poseía a millones de seguidores, estiró la mano y recogió el anillo.

Intentó introducirlo en un dedo, primero en el corazón, luego en el anular, luego en el índice, luego en el meñique. Nada. Era pequeño. Alzó la mirada y observó a su divinidad con compasión. Ni un perro

mojado en un día lluvioso frente a la puerta de su amo podría sentirse más abandonado. «He fracasado».

El gurú alzó la palma de la mano. Jaime, trasquilado y resignado, le devolvió el anillo.

El aire estaba enrarecido. El español había quedado en evidencia delante del resto de extranjeros.

Los venezolanos se miraron unos a otros, confundidos por aquella doble humillación que el español se llevaba consigo.

Entonces, Naidu alzó la vista e hizo una señal al traductor para que comunicara a Marquitos que se acercara.

El venezolano hizo lo mismo que el español. Al tomar el anillo se lo puso en un dedo. Le quedaba perfecto.

—Con este anillo llevarás mi mensaje de paz a tu pueblo de Venezuela. Lleva luz donde hay oscuridad.

A los demás presentes les regaló relojes de oro.

Jaime Chopra se sintió tan humillado que consideró hablar con el secretario de la organización y ceder su puesto como máximo representante de la Iglesia Sai Baba en España.

Pero algo le decía que no debía dar rienda suelta a unos impulsos en caliente. En el momento oportuno sabría cómo actuar. Desde hacía más de veinte años había sacado provecho de aquella iglesia de farsantes. Ya lo decía el refrán: «El que esperar puede alcanza lo que quiere».

Una vez terminada la recepción, los fervorosos seguidores venezolanos le invitaron a reunirse con ellos en el hotel donde se alojaban en Bangalore. Celebrarían aquella experiencia.

Jaime intentó excusarse de la mejor forma posible. Sin embargo, para Marquitos era evidente la decepción que sentía el español.

En el autobús de camino al hotel, el miembro de la inteligencia militar de Nicolás Maduro se levantó de su asiento y fue a sentarse al lado de Jaime.

—Mira, Jaime... Tú eres una persona de confianza para nosotros. Lo has demostrado con tu entereza y desenvoltura. Te conocemos muy bien. De hecho, accedimos a que tú viajaras con nosotros tras una profunda investigación que hicimos sobre tu persona. —Hizo una pausa, para que calara lo que acababa de decir—. Eres el máximo representante de Sai Baba en España. Por eso tú te encargarás de recibir en España cierto cargamento que llegará en un vuelo privado. Lo mantendrás a buen recaudo en tu sede hasta que lo necesitemos.

El español escrutó a aquel hombre. Hablaba en serio. No parecía una trampa.

—¿Por qué yo?

—¿Quieres que te lo diga de nuevo? Porque siendo devoto de Sai Baba mereces mi confianza. Porque tienes una energía digna, porque

has demostrado allí en la habitación, frente a la divinidad en la Tierra, que tienes la vibración adecuada. Y porque Sai Baba no dejaba de repetir a sus más amorosos fieles, como Nicolás Maduro, que es una obligación amar y servir a todos.

—Por un precio.

Marquitos se rio.

—Ahí voy, españolito, ahí voy. Pero de eso iremos hablando con detalle conforme vaya preparando el cargo.

A decir verdad, si Naidu se lo hubiera preguntado primero, Marquitos habría contestado: «Rojo». Porque lo suyo era rojo de fuego, de sangre, de la revolución bolivariana.

Marquitos había recibido la aprobación espiritual de llevar a su país a la confrontación.

Donde hubo luz, continuaría llevando la oscuridad. Y la violencia.

2

Pese a los escándalos, pese al estado de la economía, los españoles seguían votando a los mismos políticos que los llevaban a la ruina.

Era un comportamiento muy español.

Mientras tanto, en el sur de España, en la región de Andalucía, Marbella seguía con su ritmo desenfadado, con el crimen organizado inserto en el sistema.

Conexiones internacionales, tentáculos con actividades delictivas ejecutadas en otros lares y cuyos beneficios se blanqueaban en la Costa del Sol, y las alianzas entre grupos mafiosos para el fortalecimiento de una criminalidad transnacional hacían que el crimen organizado continuase siendo rentable y más efectivo para sus actores.

Paralelamente, políticos y funcionarios públicos eran laxos con este tema. No querían generar temores, ni ser tachados de alarmistas, porque lo importante era proteger la imagen y la estabilidad de la industria turística. Todo hecho violento o mala práctica que se produjera se consideraba «un caso aislado». Fin.

Por eso, en aquella ciudad costasoleña las mafias encontraban un ecosistema propio, un teatro de variedades de la delincuencia: ajustes de cuentas, blanqueo, tráfico de personas, de armas y de drogas, por ejemplo.

Era finales de agosto. El sol comenzaba ya a calentar con poca convicción: por las tardes y las noches refrescaba el ambiente y corría una ligera brisa agradable. Parecía que el tiempo de otoño quisiera anticiparse.

Aquel día por la tarde en Marbella todo era actividad en los alrededores de los bares especializados en vinos y tapas, bares deportivos donde había apuestas, salas de estriptis, luces, discotecas. Coches de lujo y limusinas paraban, estacionaban y arrancaban en las aceras de las calles y avenidas.

Dawood conducía despacio por la ciudad. Miró un instante su reflejo en el espejo retrovisor. Le gustaba su aspecto.

Cejas anchas. Rostro bronceado. El cabello negro lo llevaba peinado hacia atrás. Mandíbula poderosa, labios gruesos y rostro perfectamente afeitado, liso como un azulejo. Los botones superiores de la camisa abiertos, y las mangas, remangadas un poco más arriba de las muñecas. No era que desprendiera un aspecto caro o fuera vestido a lo más *fashion* sino que iba bien arreglado, con gusto.

Encendió el reproductor de música. Comenzó a admirar el paisaje urbano al ritmo de los compases de la canción que sonaba por

los altavoces de su Mini Cooper de tres puertas, *Summer Wine* cantada por Nancy Sinatra y Lee Hazlewood.

Comenzó a canturrear al tiempo que lo hacía Lee.

[…] *I walked in town on silver spurs that jingled to*

A song that I had only sang to just a few

She saw my silver spurs and said let's pass some time

And I will give to you summer wine

Oh, oh summer wine

Cuando frenó frente a un semáforo en rojo comenzó a sonar la sensual voz de Nancy.

Strawberries, cherries and an angel's kiss in spring

Dawood giró la cabeza y observó el paisaje de aquel sábado.

My summer wine is really made from all these things

Take off your silver spurs and help me pass the time

Los vendedores ambulantes de origen africano inundaban una acera gritando a la bulla cosmopolita de clientes potenciales: «¡Bueno! ¡Bonito! ¡Barato!».

And I will give to you summer wine

Oh, oh summer wine […]

Dos ancianos con gorras de marinero, uno con una nevera y dos cañas de pescar a cuestas y el otro con una sombrilla enrollada debajo de un brazo y dos sillas plegables sobre cada hombro, se reían a mandíbula batiente de alguna cosa graciosa que habría dicho uno de ellos.

Familias con niños y paseando cochecitos de tres ruedas. Algún monopatín eléctrico abriéndose paso. Chicas jóvenes en edad de la ESO vestidas con pantalones vaqueros supercortos, subidos hasta el ombligo. Un grupo de chicos caminaba al son de la música rap a alto volumen que salía de un miniestéreo que sostenía uno de ellos; se comportaban como si fuera algo guay.

Un turista alemán intentaba hacer una foto de su mujer e hijos con la playa de fondo, pero las oleadas de peatones le arruinaban la estampa. En voz alta se quejaba a su esposa en su idioma.

Aquel paseo permanecía inmune al tiempo, a las décadas de clamor por el enfebrecido y ruidoso turista veraniego.

El semáforo se puso en verde.

De repente aparecieron por la calzada coches caros con ventanillas de cristal ahumado y neumáticos de alto rendimiento: BMW, Mercedes, Lamborghinis…, es decir, el símbolo de la posición social de las élites de la Costa del Sol y de los criminales, cómo no. Todos compartiendo los placeres de Marbella. Todos compitiendo e imitándose entre sí.

Dawood sonrió.

Definitivamente, el ambiente cosmopolita y de lujo refinado de

Marbella le había conquistado.

Había generado bastante hostilidad cuando vivía en la India. Había tenido que huir del país y la gente involucrada estaba esperando que volviera para asesinarlo o meterlo para siempre entre rejas.

Debido a esas circunstancias no pensaba pisar la India, por desgracia.

Durante mucho tiempo erró por países evadiendo a las organizaciones de inteligencia y a la policía. Hasta que, finalmente, acabó en el sur de España, profundamente enamorado.

Dawood era alguien que en verdad trataba de dejar atrás los malos recuerdos y quería volver a iniciar su vida desde cero.

Cuando se movía en un espacio público, se comportaba con la aparente normalidad de un simple transeúnte. De este modo, si existía la remota posibilidad de que hubiera alguien siguiéndole u observándole bajo una estricta vigilancia, no podrían confirmar verdaderamente quién era, un hombre en busca y captura, sino un ciudadano corriente y común.

De Pakistán viajó a Australia y de allí a Tailandia, donde simuló su muerte. Los servicios secretos extranjeros que andaban detrás de él se lo creyeron. Encontraron el cuerpo de un hombre cuya descripción física y pertenencias personales eran, sin duda, del famoso gánster de Bombay. Incluso se hizo un test de ADN y este concluyó que, efectivamente, era el cuerpo de Dawood.

La prisa es mala consejera cuando se trata de la captura de una de las personas más buscadas en el mundo. Por ese motivo, con ganas de llevarse la aceptación del público y atención de los medios de comunicación, sin más dilación se extendió un certificado de defunción. «Dawood, el conocido gánster, ha muerto», tituló algún medio digital de comunicación por entonces.

Sin embargo, él en persona se asentaba en el sur de España, un lugar que jamás había visitado antes.

Poseía una nueva identidad y un nuevo nombre. Pero cada cierto tiempo era un amigo suyo, llamado Tony Combo, quien se encargaba de cambiarle la tapadera de aparente honorabilidad.

En la actualidad quien decidiera investigarle se encontraría con la biografía de un inmigrante bangladesí criado en Australia. Un hombre maduro asentado en España que había dejado atrás un negocio lucrativo de neumáticos, y que tras la venta de sus acciones había decidido asentarse en la Costa del Sol. Punto.

Apagó la música, se desvió de la calzada y aparcó frente a una tienda gourmet.

Compró por recomendación del gerente un queso de oveja curado en miel y orégano de Quesos Villarejo y otro biológico azul

Rogue Creamery, un tarro de mermelada de higos y otro de tomate, y un paquete de galletas crujientes.

Cuando salió con la bolsa de la compra y fue hacia el coche aparcado, se fijó en la persona que lo acechaba.

Pocas veces mostraba Dawood signos de atolondramiento. Cerró los ojos y trató de formarse un pensamiento coherente. Pocas personas pueden vivir fieles a su naturaleza de gánsteres despiadados. Se convierte en una adicción.

Era un tipo grandote. Caminaba a varios metros de distancia de Dawood por la acera contraria. Una buena técnica, ya que la gente solo muestra atención a lo que ocurre a su espalda o alrededor a pocos metros.

Abrió la puerta del Mini Cooper y dejó la bonita bolsa de cartón de la tienda en el interior. Cerró y se alejó caminando despacio. No iba a permitir que le siguiera hacia su destino.

Dawood había quedado en recoger a su novia en El Pelícano, el negocio que regentaba, y nadie le iba a arruinar la velada.

De repente se fijó que de frente por la misma acera dos jóvenes de aspecto atlético se acercaban a su encuentro. No. Los descartó con tan solo echarles un vistazo; su manierismo era inocente, tranquilo, y no se percibía en sus movimientos corporales experiencia en violencia física. Pasaron a su lado sin prestarle atención alguna.

El tipo grandote, sin embargo, avanzaba rápidamente por la acera lateral.

Dawood dobló la siguiente esquina adentrándose en una calle no muy iluminada.

Luego se metió por un callejón y de repente se dio la vuelta, caminando al encuentro de aquel desconocido.

El tipo entró en el callejón y miró hacia él. Le miró a la cara y abrió bien los ojos. Se alarmó. «Se ha vuelto loco. Un estúpido», parecía estar pensando. Sacó del bolsillo una navaja automática y la abrió.

Dawood notó que el pulgar de la mano derecha lo colocaba sobre la parte plana de la hoja. Aquel hombre era un profesional. Acto seguido vio cómo agachaba ligeramente el mentón hacia el pecho, como un toro a punto de envestir con todos sus músculos en explosión.

El hombre dio una serie de pasos hacia adelante para acuchillarle en el abdomen. Aquel hombre verdaderamente era un experto: era la técnica de destripar a un adversario.

Sin embargo, Dawood sabía que tener fuerza estaba bien, pero más importante era la velocidad y la sorpresa en el ataque, la habilidad en reaccionar rápido.

Antes de que lo viera venir, Dawood se aproximó con rapidez

propinándole una patada en la entrepierna que lo dejó doblado, hizo que soltara la navaja y se sujetase las partes, tambaleando.

No esperó. Le cogió del cuello de la camisa y de la parte trasera de los pantalones y lo lanzó contra la pared.

El impacto hizo que rebotara el cuerpo, desplomándose en la acera.

Lo levantó cogiéndolo de las solapas.

—¿Quién eres? —Tras no obtener respuesta, repitió lo mismo pero en inglés.

El hombre aspiró hondo e hizo una mueca antes de responder. Le lagrimeaban los ojos del golpe en la entrepierna.

—Vete a la mierda —pronunció en inglés.

De un bolsillo de su pantalón, sacó una billetera. Leyó su nombre.

—Ruso, ¿eh? —Le apretó más la garganta y se acercó a su cara. Levantó las mangas de la camisa y vio sus tatuajes.

—Georgiano —respondió él.

—Ya, de la *kanonieri kurdi* —añadió Dawood, mencionando el nombre con el que se denominaba al crimen organizado ruso Vorí v Zakone en Georgia.

—Me envía…

—Habla rápido.

Le miró con rabia.

—Déjame hablar. ¡Por Dios! —farfulló. Cuando volvió a pronunciar palabra su tono era confiado y medido—. Konstantín. Me ha mandado Konstantín. Solo sé que tenía una deuda que pagar contigo sobre algo que hiciste a un socio suyo y quería que te vigilara.

—¿Dónde está ese tal Konstantín?

—Aquí.

—¿En Marbella? —El sicario movió la cabeza afirmativamente. Le zarandeó de nuevo—. ¿Dónde?

—Tiene un yate en puerto Banús, llamado Ovinnik

—Como el espíritu protector de los graneros. Qué original.

El hombre asintió sorprendido de su conocimiento e inmediatamente hizo un movimiento para alcanzar la navaja.

Dawood le piso el antebrazo, se agachó, le cogió el mentón con una mano y la sien con la otra, y le hizo un giro concluyente e inesperado. Dejó caer el cuerpo y se marchó.

3

—Todo te irá bien si no te metes con el mando —le dijo un compañero en la comandancia de la Guardia Civil.

Pablo Carrasco recordó aquella etapa de principiante como guardia civil. Durante sus veinte años de servicio había visto autodestruirse a compañeros por casos de corrupción, y aun así, como una hiedra, resurgía ese comportamiento delictivo.

Durante dos décadas no conoció a nadie que tuviera madera de héroe para denunciar las tropelías, las irregularidades, los delitos y abusos dentro de la Guardia Civil. Hasta el teniente de su comandancia estaba manchado y carecía de los principios éticos de un buen comportamiento.

Quien intentara mover un dedo denunciando a alguien de la comandancia, se le castigaba de manera rotunda y rápida, como aplastando una cucaracha con un zapato.

Así de rápido y contundente.

—Si hablas de esto o de lo otro, te acarreará una serie de problemas que te arrepentirás del día en el que naciste.

Desde sus inicios en la Benemérita decidió mirar a otro lado y ser cómplice, testigo pasivo.

Pasaron los años y él estuvo evadiendo cualquier situación comprometida dentro del cuartel.

Sus compañeros conocían su actitud y nadie le proponía nada ni se lo insinuaba. Aun así, Pablo Carrasco era conocido por ser «de la familia» porque veía, oía, pero guardaba silencio.

La sociedad española estaba sacudida por una infinidad de casos de corrupción. Desde el más pequeño Ayuntamiento hasta la Casa Real estaban salpicados por esa lacra.

Los inmigrantes ilegales habían entrado en España en pateras gracias a ONGs que se lucraban con el tráfico de personas.

Ahora se extendían por la Costa del Sol. Se repartían. Mientras tanto, psicólogos juveniles y asistentes sociales cobraban y seguían cobrando gracias al tráfico ilegal de personas. Había muchos eslabones en la larga y gruesa cadena que se lucraban de aquellas actividades ilegales. Dependían de la permanencia del crimen organizado, de la invasión de España por musulmanes.

Pero los guardias civiles sabían con quién ahondar en el crimen y con quién no. Marbella era la ciudad donde hacer dinero. Si se quería un plus, ahí lo tenías, siempre que supieras cómo comportarte.

En la ciudad de Marbella la chusma se organizaba en clanes, organizaciones diferentes, en grupos variados. Ya no eran cuatro pringados llegados en pateras. Eran bandas. La escoria estaba

organizada. Pero por encima de ellos estaban los internacionales, los profesionales de las redes de prostitución, los que controlaban el cotarro, los que decidían la vida o la muerte de un ser humano, los millonarios criminales: contundentes, rápidos, inteligentes.

En las fuerzas de seguridad faltaban medios, y si encima eran mal pagados, no era de extrañar que muchos se pasaran al lado del mal.

La nueva generación de jóvenes españoles presentaba una imagen aún más deprimente. Disfrutaban de sus cortas vidas destrozándose el cerebro fumando, bebiendo bebidas energéticas, Monster, Red Bull y practicando el sexo rápido falto de amor y afecto.

Luego decían ser víctimas de los políticos, de la falta de empleo, de oportunidades, de que todo era culpa de la sociedad española.

A los partidos de extrema izquierda les gustaba hacer uso de ellos. De hecho, desean ardientemente que España fuera un país comunista: cuanta más pobreza y cuanto más caos, mejor.

Esos jóvenes que un día formaban grupos en los patios de los institutos, que se iban de marcha cada dos por tres, que llenaban los parques públicos los fines de semana por la noche organizando botellones, poco a poco comenzaron a probar y experimentar nuevos tipos de adicción más fuertes que el alcohol, las pastillas y otras drogas.

Años más tarde acababan deprimidos. Sus vidas iban cuesta abajo, sin freno. Terminaban solicitando ayuda en los servicios sociales y, en vez de haber podido optar por una mejor vida profesional, se les veía con los monos de trabajo del servicio de limpieza del Ayuntamiento o barriendo el suelo en un local de pintaúñas regentado por chinos.

Para muchos Marbella era una ciudad acogedora, agradable. Un lugar ideal para pasar la temporada de verano o unas vacaciones a lo largo del año. Cosmopolita y pintoresca para el turista.

Para la Policía Nacional y la Guardia Civil era una ciudad llena de corrupción, orines y vómitos. Cierto era que donde mayor trabajo tenían era en los barrios más peligrosos y zonas menos amables, interesantes y limpias que el puerto, donde atracaban barcos de recreo de lujo o en los alrededores de las villas con hermosas fachadas o en las zonas de las urbanizaciones exclusivas de los más pudientes.

En Andalucía, la Operación Malaya, Mercasevilla, el caso de los ERE y otras tramas habían extendido sus brazos por las ocho provincias de la comunidad autónoma provocando la saturación de sus juzgados y cientos de horas de basura televisiva.

Ante tanta oleada de corrupción, aparentemente los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado habían tenido una actitud pusilánime. Los motivos eran varios.

Primero, porque los cuerpos policiales en España se encontraban atados de pies y manos por el partido gobernante. Los políticos provocaban interferencias a los encargados de luchar contra la delincuencia.

En segundo lugar, y no menos importante, porque las cúpulas directivas así como los ascensos en los cuerpos policiales dependían del poder político. Y quien se desmarcase estaba fichado como «uno que no es de los nuestros».

Cualquier crítica o intento de airear un caso de corrupción policial era silenciado entre otros motivos para no desprestigiar públicamente a aquellos de quienes dependía su supervivencia, es decir, a la casta política.

La delincuencia cambiaba constantemente de *modus operandi*. Los grupos de crimen organizado tenían como primer objetivo penetrar en las estructuras sensibles del Estado.

Incluso las brigadas de asuntos internos, encargados de la lucha contra la corrupción policial, no se libraban, no eran ni siquiera independientes ni su autonomía garantizada por la Policía Nacional o la Guardia Civil. Eran simplemente un brazo alargado para determinados intereses políticos.

Los investigadores de la Guardia Civil solían intervenir en asuntos que no les competían en mayor grado, ignorando otros más acuciantes. Sus labores acabaron siendo partidistas.

Así es como en la Costa del Sol surgieron tramas de agentes corruptos en las Fuerzas de Seguridad del Estado. Y así es como el cuartel de la Guardia Civil donde trabajaba Pablo Carrasco se vio afectado por la lacra de la corrupción.

Con el paso de los años, mal pagado, abnegado y con pocas perspectivas profesionales, acabó divorciado de su mujer, que prefirió marcharse con su amante a vivir su vida.

Él se quedó con la custodia del hijo que habían tenido, un chaval de unos dieciséis años.

Se llamaba Carlos. Había nacido con un «retraso madurativo», nombre que le dieron antes de dar con el verdadero diagnóstico de lo que le sucedía.

Pasado el tiempo llegó el diagnóstico de los médicos. Tenía tetraparesia espástica asociada a una parálisis cerebral y no era capaz de controlar la función motora de sus extremidades.

Desde el primer momento Pablo y su esposa aceptaron la vida que les había tocado y asumieron que su mayor objetivo era que Carlos tuviera una existencia digna.

Solía ir a diario a un colegio especial. Lo recogían en un minibús adaptado para pasajeros dependientes. Al mediodía lo llevaban de vuelta a su casa.

Sin embargo, el trabajo diario que conllevaba el cuidado de Carlos minó anímicamente a su madre, que era quien se dedicaba por entero a su cuidado y atención.

La gota que colmó el vaso fue cuando el chico entró en la adolescencia.

Ella se vio en un futuro próximo cuidando a su hijo ya adulto. Se vio a sí misma forzada a asumir una vida diezmada, limitada a la atención de su hijo las veinticuatro horas, siete días de la semana.

Un día dijo basta.

Comenzó a verse con un hombre y sus encuentros fueron cada vez más frecuentes.

Un día la hermana de Pablo los vio juntos caminando por un parque. Se lo hizo saber a su hermano, pero este quitó hierro al asunto.

—No seas mal pensada. Es normal que ella decida hablar con alguien fuera de su entorno familiar. Será un familiar, un primo o incluso un amigo. Seguro que me hablará de ello. Quizá incluso esté reuniéndose con un especialista.

—¡Venga ya! Incluso si estuviera recibiendo apoyo psicológico de un especialista, ¿crees normal que se reunieran en un parque?

—Tiene necesidad de desahogarse, expresar sus sentimientos. —Ella lo miró e hizo un gesto alzando la mirada hacia el techo, desaprobando sus palabras—. Si hubiera algo de lo que tú me insinúas, lo hablaría conmigo.

—Tan solo quiero que lo veas venir —dijo su hermana. Señalándole con el índice, añadió—: Habla con ella y soluciona el problema que existe entre vosotros dos. Advertido estás.

Él desestimó que hubiera un problema. Más bien no quería ni pensarlo.

Una tarde estaba en la comandancia cuando recibió una llamada.

Le informaban de que Carlos seguía en el autobús del colegio ya que en la parada no estaba su madre y para no retrasar a los otros chicos habían proseguido la ruta. Habían intentado llamar a la madre pero no cogía el teléfono. Le pedían que recogiera a Carlos tras terminar el recorrido, es decir, dentro de media hora aproximadamente.

Pablo pensó que igual su esposa habría sufrido un accidente doméstico, y decidió ir a casa cuanto antes.

Cuando dio la vuelta a un edificio cercano al domicilio, desde el interior del coche vio tras la cristalera de una cafetería a su mujer sentada a la mesa con un señor.

Aparcó donde pudo.

Caminó con apremio hacia el lugar, acercándose con disimulo desde la acera opuesta.

Parapetado detrás de una farola, los vio.

Reconoció al hombre, había sido el primer novio de su esposa, además de compañero suyo en el instituto. Había coincidido con él en alguna ocasión en la panadería y en el supermercado de la zona; estaba recientemente divorciado, sin hijos, libre de ataduras y con un buen puesto de ejecutivo en una multinacional.

Desde la distancia vio a su mujer alterada al darse cuenta de que se le había hecho tarde para recoger a Carlos. La vio dándole un apasionado beso y marcharse corriendo sujetando el móvil, pegado a la oreja, contactando con el conductor del autobús del colegio.

Cuando él regresó a casa simuló no tener conocimiento de lo sucedido.

Fue al día siguiente cuando se encontró la nota.

Su mundo cambió desde entonces.

Su esposa había dado poderes en una notaría cuya gestora era amiga suya y dado el paso para el inicio del divorcio, cuyo borrador adjuntaba.

No le pedía ninguna pensión. En resumen, se desligaba de cualquier responsabilidad económica de Carlos, y alegaba que el cuidado de su hijo le estaba mermando la salud, dañándola psicológicamente. Adjuntaba además un documento médico.

Pablo supo que su amante la habría asesorado sobre cómo manejar la situación, sin duda comprometida al haber un menor discapacitado.

Añadía una lista de las necesidades de Carlos: horarios, medicamentos, teléfonos de contacto del fisioterapeuta, su médico de cabecera, alimentos, etcétera. También una lista de prioridades para el día a día, como el cuidado de la higiene personal.

Contra el criterio de su hermana, Pablo se personó en la notaría y firmó todo lo que la amiga y asesora de su esposa le puso sobre la mesa.

Mientras los días pasaban y se ajustaba a su nuevo ritmo de vida, con el cuidado de su hijo, la realidad social de la Costa del Sol con la cercanía con Marruecos, la vecindad con el paraíso fiscal de Gibraltar, los nexos con América Latina y grupos mafiosos extranjeros hacían que floreciesen las actividades como el tráfico de drogas.

Mientras Pablo se reunía con el directivo de la sucursal de un banco y hacía cuentas de gastos y pagos de facturas en la cocina con ayuda de una calculadora, sus compañeros de cuartel, aquella mafia organizada de uniforme, recibía pagos a base de comisiones e incluso directamente de delincuentes.

Tras repasar los gastos, las cuentas no le salían.

Pronto no podría pagar las costosas necesidades de su hijo, la hipoteca y las facturas de luz y agua, por no mencionar los gastos

diarios de alimentación ni el fisioterapeuta de la clínica privada que tan buenos resultados proporcionaba a Carlos.

Por recomendación de su hermana, había inscrito a Carlos en una asociación que se encargaba de recogerlo por la mañana temprano en la puerta del apartamento, lo bajaba por el ascensor y en una furgoneta especial, con elevador para la silla de ruedas, lo llevaban al colegio. Luego lo llevaban de vuelta a la tarde. De este modo Pablo podría cumplir su establecido horario laboral en el cuartel y esperar a Carlos mientras limpiaba la casa y preparaba la cena.

Aunque esa asociación estaba financiada por una ONG, los padres debían contribuir con una cuota trimestral debido a los especialistas que atendían a las personas dependientes. Pablo firmó su compromiso sin pensar en los gastos, que ahora se le hacían imposibles de cubrir.

Por las noches, al dejar a su hijo durmiendo, la soledad le golpeaba. Pensó en tomar pastillas y así poder dormirse cuanto más rápido mejor, pero temía que Carlos le llamase durante la madrugada pidiendo cualquier ayuda.

La soledad y la inquietud por cómo conseguiría salir adelante, le angustiaban, le pesaban. La preocupación le corroía. Se consideraba un mal administrador.

Había empresas privadas que daban créditos. Se anunciaban en las redes sociales, en la televisión e incluso en la calle con carteles publicitarios. Pero temía quedar atrapado con pagos incumplidos o que los intereses acabaran por ahogarlo.

De repente se vio encerrado, como si estuviera en el calabozo del cuartel. Sabía que allí en el calabozo caminar de un lado a otro no conducía a nada. Lo leyó en un libro. Lo que había que hacer era meterse dentro de la mente y viajar, de manera figurada, imaginarse que se estaba fuera de los muros y recrear en la mente los olores, el tacto de las cosas, el ruido del tráfico, incluso poder ver una película rememorándola desde el principio.

Ahora iba de un lado a otro, de una pared a la otra, dando vueltas por el salón y por la pequeña cocina durante la noche. Se sentía un animal enjaulado. No tenía la capacidad necesaria ni la fuerza de voluntad como para sosegarse y hacer aquellos ejercicios mentales. Tenía la cabeza palpitante.

Conocía a gente que trabaja en el sector privado de seguridad. Con su experiencia como guardia civil y su trayectoria profesional, sin duda podría aceptar un puesto de trabajo en ese sector. Estaría mejor remunerado.

Tal vez pudiera hacer un curso *online* y ampliar las posibilidades de ser contratado.

Un amigo le había ofrecido hacía ya tiempo un puesto como jefe

de seguridad en una empresa. ¿Y si le llamaba? No, no podía. Como guardia civil se aseguraba un salario fijo y un plan de jubilación. En el sector privado podrían echarlo del trabajo con cualquier argumento, para rebajar costes e incluso la empresa podría quebrar debido a la crisis y entonces él se quedaría en la calle.

Le atacó un sentimiento de pánico. Un pensamiento más oscuro. Más que tensión. Ansiedad. Levantó la mirada hacia el techo. Cerró los ojos. Luego se calmó.

Pero ¿y si acabara con todo? Miró el gas. Sabía cómo hacerlo sin despertar la alarma en los vecinos. Su hijo no llegaría a sentir nada, y él tampoco.

En un acto de rabia lanzó la calculadora contra la pared de la cocina. Oyó que Carlos le llamaba desde el salón, sin duda alterado por no verle.

Corrió a su encuentro, se arrodilló frente a su hijo y le abrazó. Lloró en su regazo.

Cuando Carlos hizo el gesto de acariciar su cabello, supo lo que tenía que hacer.

—Saldremos de esta —dijo Pablo muy serio, mirando a su hijo a los ojos. Le limpió con un babero la saliva que le caía por la comisura de la boca—. Te lo prometo.

El chico hizo una leve mueca, expresando su satisfacción.

Pablo Carrasco lo tenía ya decidido: iría a tirar por el inodoro todos sus principios éticos. Al diablo.

Anteriormente creía tener madera de héroe por haber hecho caso omiso y guardar silencio ante casos de corrupción, abusos, irregularidades, delitos y tropelías cometidos por sus compañeros corruptos desde hacía tantos años.

«Todo te irá bien si no te metes con el mando», recordó que le dijo un compañero durante sus primeros días tras incorporarse al cuartel.

Pero la verdad es que a él le iba muy mal no siendo partícipe de las prácticas habituales e intereses ocultos alejados de la ley a la que servían.

Ya iba siendo hora de conseguir su parte.

4

En época de verano la cola para entrar en El Pelícano era lo más parecido a un enorme grupo de fans delante de las vallas de un concierto de una estrella de la música.

La gente se apretujaba, agitaba los brazos, gritaba a los vigilantes, presionaba para acceder al interior. A través de unas pequeñas cámaras de vigilancia el jefe de seguridad se comunicaba por un micrófono con los porteros, que escuchaban a través de sus pinganillos las instrucciones; parecían agentes secretos custodiando a un jefe de Estado.

Dawood fue directo hacia el pasillo de acceso VIP. Cuando los de seguridad le reconocieron, le abrieron paso hasta la puerta.

Mientras tanto, otro fornido portero se deslizaba por la ingente masa humana y decía: «Tú, tú y tú. Para dentro». Los demás pedían ser llamados también, y las chicas menores de edad, disimulando su juventud con ropa apretada, ligera y con tacones de aguja, poniendo morritos pedían que se les dejara pasar: a ellas les estaba tajantemente prohibido el acceso.

En el interior Dawood se abrió paso. La iluminación era suave, en gran parte de caros apliques.

La clientela era atractiva y estaba elegantemente vestida.

La canción italiana *Rumore, Rumore* conocida por la versión de Raffaella Carrà, era interpretada por una mujer rubia, esbelta, con un ceñido traje de cuero amarillo chillón y con tacones altos.

Había quien se movía con movimientos lentos, algunos con las copas de sus bebidas agitándolas; otros levantaban los brazos y ondulaban las manos al aire, al estilo pijo; alguna que otra movía su cuerpo sensualmente.

Desde que abrieron El Pelícano, Dawood tenía una constante necesidad de estar entre otra gente, de encontrar un alivio en la satisfacción de estar rodeado de personas, de los sonidos anodinos de las conversaciones, aunque hablaran distinto idioma y las personas fueran de otras nacionalidades.

Por eso disfrutaba de las noches de fiesta. Su mente se relajaba.

[…] *Na na*
E ritornare al tempo che c'eri tu
Per abbracciarti e non pensarci più su
Ma ritornare ritornare perché
Quando ho deciso che facevo da me
Cuore
Batticuore […]

Con la pegadiza canción sonando en el ambiente, Dawood se

abrió camino. Por donde pasaba los empleados de seguridad le saludaban con un leve movimiento de cabeza. Fue hacia la barra. Se acomodó en su rincón favorito junto a la pared del fondo.

La mayoría del personal de seguridad eran tipos culturistas, mezclados entre el público, velando para que la noche transcurriera sin incidentes, evitando problemas y asegurando a los clientes seguridad en todo momento.

Había gente famosa que no deseaba que la acosaran en el local, por ejemplo, por algún seguidor fanático queriendo sacarle una foto no deseada en actitud comprometida, bebiendo o besando a su pareja para hacerla viral por las redes sociales o como primicia en programas rosas o incluso vendiendo la imagen. Entonces los de seguridad se aproximaban y pedían el móvil o la cámara, lo confiscaban y en una habitación aparte eliminaban todo el contenido.

Había glamour. Sonrisas. Carcajadas falsas. Besos. Chicas jóvenes y no tanto, con silicona, con tops escotados, con el pelo cuidado, en falda o en *mini shorts* o en pantalones. Había de todo. Hombre jóvenes y maduros, con pañuelos en la pechera de la chaqueta, con vaqueros, con chinos, con camisas de rayas azules, con el cabello engominado, para atrás o con raya a un lado, en manga corta o larga con gemelos relucientes; alguno con corbata, cinturones de piel con hebillas mostrando el logo de una marca de vestir de lujo, mocasines, zapatos de cuero o con zapatillas blancas de talón ancho para dar apariencia de más altura.

El ambiente parecía el evento de un prestigioso modista, con gente muy bien vestida y arreglada que parecía haber salido de la peluquería. Hasta el más despeinado llevaba el pelo impregnado de laca y mostraba una tendencia vanguardista.

Eran hijos de ricos, *crème de la crème*, millonarios, gente para quien cien euros representaban lo que para un ciudadano corriente el valor de dos euros, calderilla.

Famosos de *reality shows* de televisión, artistas, muchos escorts masculinos y femeninos, futbolistas, actores y conocidos rostros de la televisión, empresarios, productores de cine y de música, políticos e incluso periodistas, modelos, millonarios españoles y extranjeros eran los que llenaban de glamour el ambiente de lujo de El Pelícano.

Un grupo de mujeres elegantemente vestidas, sentadas en los sofás, reían durante una conversación amena y simpática. Como el resto de la exclusiva clientela, mantenían los rostros radiantes en su fe de que locales como El Pelícano en Marbella existían por derecho propio para satisfacción de unos pocos privilegiados.

Radiantes dientes blancos, peinados que resaltaban el bronceado en los rostros de los hombres y tiempo en peluquería en las mujeres. En otros, caros teñidos de cabello y caras morenas por cortesía de

lámparas solares, bótox por doquier y fundas de esmalte.

Las mujeres jóvenes no disimulaban sus trabajos realizados con el bisturí y costosos productos químicos disponibles en el mercado. En muchas mesas se podía observar a mujeres bellísimas acomodadas en los sofás con ajustados y atractivos vestidos de fiesta que no dejaban de mostrar mercenarias sonrisas a sus parejas.

Por otro lado, abundaban los hombres maduros acompañados de mujeres mucho más jóvenes en un intento de levantar un puente sobre el inevitable muro de la edad y negar el paso del tiempo, al menos por aquel día.

Sara Canalis estaba conversando con un grupo de personas. Saludó desde la distancia a Dawood con un movimiento de cabeza que él devolvió y luego siguió escuchando la canción.

La actuación llegó a su fin, la gente aplaudió. La atractiva rubia y su grupo abandonaron el escenario. Música electrónica moderna sonó desde los altavoces. El DJ pinchaba desde un elevado cubículo situado en un lateral.

Hubo quien pidió a la cantante y a los músicos sacarse selfis con sus teléfonos móviles. Todos aceptaron con agrado.

Sara se dirigió a Dawood.

Tenía el físico de una atleta. Un rostro fresco, redondo, en tonos rosado y blanco, y vivaces ojos castaños inteligentes, cabello liso, suelto hasta los hombros.

Ella era la gerente, quien dirigía de manera exitosa El Pelícano. Sara era una profesional en relaciones públicas y con una extrema habilidad administraba el negocio.

—Vaya cambio de registro en la música —dijo él.

Ella sonrió. No parecía complacida.

—No es de mi gusto.

—Para mí no ha estado mal.

—¿La canción o la cantante?

Él sonrió.

—¿Celosa?

—Decepcionada.

—Pero si a la gente le ha gustado. Aunque, eso sí, un poco retro.

—Estoy decepcionada porque he tenido que dar mi brazo a torcer ya que ella es la novia de nuestro distribuidor de vinos. Si aceptaba que ella cantara, me haría un treinta por ciento de descuento.

—Todos los enamorados son estúpidos, ¿no crees?

Ella sonrió.

—Tú y yo formamos parte de esa condición —dijo, como si leyera los pensamientos de él.

El barman se aproximó y le tendió a Dawood una botella

envuelta en papel de celofán; él le guiñó el ojo y sonrió a Sara, absurdamente emocionado. Ella le devolvió la sonrisa y movió la cabeza en señal de claudicación.

—¿Qué? ¿Nos vamos ya a casa? —preguntó él.

Pasada cierta hora de la noche, ella dejaba la dirección de El Pelícano a sus empleados, encargados del horario de noche y madrugada, para al día siguiente por la mañana volver al local y ocuparse de la administración.

Dawood había experimentado una vida en la que se sentía aislado, encerrado. El entorno en el que había vivido en la India y más tarde como prófugo de la justica errando por países extranjeros tanto tiempo había hecho que siempre esperara lo peor.

Había formado parte de algo subterráneo y, de forma imprevista, ¡zas!, apareció en su vida la mujer con la que siempre había soñado y que creía que no existía.

Conocer a Sara fue trastornar sus prioridades, dar un vuelco a su vida.

Salieron del local agarrados como dos enamorados.

5

El venezolano Enrique Cabello se había hecho un hueco entre los exiliados millonarios residentes en Florida trabajando como tarotista.

Se movía inadvertido por la *jet set* venezolana de Miami. Iba vestido con ropa cara de diseñador. Del cuello le colgaba una ostentosa cadena de oro y un llamativo reloj Rolex decoraba su muñeca.

Vivía en un recinto exclusivo compuesto por una docena de islotes. Allí había casas con palmeras, amplias piscinas y jardines privados.

Inició su opulenta carrera gracias a su cliente más destacado, el dictador Hugo Chávez. Con el dinero que fue obteniendo lo fue invirtiendo en Florida hasta establecerse definitivamente allí.

Porque ¿quién querría vivir en Caracas rodeado de penurias? Además, en Venezuela una persona como él no podía disfrutar de un baño al aire libre ya que pondría en peligro su persona.

Atrás dejó su fama de brujo, cuando trabajaba en un barrio pobre de Caracas, respondiendo a los desesperados que acudían a él por problemas económicos, conflictos familiares o enfermedades.

En Miami se relacionó con personas influyentes que pertenecían al círculo cerrado del *show business*. Cerrado porque movían tanto dinero de dudosa procedencia que cualquier nuevo miembro se miraba con recelo hasta ser investigado, concluyendo si era de fiar o no. Se cuidaban mucho de que la DEA (la Administración de Control de Drogas) pudiera meter a algún infiltrado.

Aquel entorno de cantantes, productores musicales, actrices y actores de cine, y cómo no, viejas glorias de la música latina, vivían como si se tratara de un entorno familiar. Acudían a los cumpleaños de unos y de otros, a las fiestas y reuniones.

Eran los que llenaban la casa de uno de invitados de fiar. De fiar porque lo que se hacía en el interior quedaba en el interior. En las fiestas privadas más locas en casa de uno de ellos se podía esnifar cocaína abiertamente e incluso intercambiar a la pareja por la de otro, con el consentimiento de todos.

Tras la muerte de Chávez y la llegada de Maduro, Enrique Cabello siguió cosechando contactos. Introdujo a amigos, conocidos y familiares en el entorno del poder de la dictadura venezolana.

Empresarios de una productora audiovisual en Miami invirtieron dinero en un programa de televisión esotérico y de tarot para que lo dirigiera.

Fue un rotundo éxito que hizo que ganara millones. La comunidad inmigrante latina donaba dinero a la cuenta privada que

anunciaban en pantalla.

Una conocida cantante de género musical tropical, cuya pareja era un conocido e influyente actor de Hollywood, publicitó abiertamente aquel programa, generando aún más cantidad de adeptos y regando con más dinero el negocio del esoterismo televisivo.

En sus consultas privadas y en sus actividades públicas, Enrique Cabello acertaba en sus premoniciones.

Cuando Nicolás Maduro ascendió a la presidencia y él o su esposa, Cilia Flores, le solicitaban su presencia, viajaba a Venezuela en jet privado y disfrutaba de su estancia con todo lujo y lleno de caprichos, cortesía de la presidencia.

Al vidente de Maduro y Cilia se le permitía absolutamente todo.

Pero no salía al exterior. Nada de ir a una playa o a una piscina al aire libre, como pudiera disfrutar en tierra de los Estados Unidos de América. Los dirigentes de la dictadura cada año eran más vulnerables. La población se encontraba hastiada, ahogada de tanta privación de libertad y bienes básicos.

En Venezuela habían pasado de tener pandillas depredadoras al delito organizado. Antes las bandas robaban los establecimientos, ahora les cobraban para no robarlos. La extorsión y los secuestros iban en aumento. Además, el gobierno cometía detenciones arbitrarias de sus ciudadanos y ejecuciones extrajudiciales.

A pesar de la conmoción y el revuelo mediático que estos asesinatos generaban, no se podía identificar y judicializar a los culpables.

Algunas de las causas eran las trabas en los procesos, las pruebas confusas y la falta de testigos. Los autores se comportaban como asesinos de Dios, impunes a sus crímenes y con la conciencia tranquila. Se sentían amparados por un presidente omnipotente, cuyo régimen político estaba mucho más cerca del fascismo de Benito Mussolini que del socialismo. Eran avalados por Sai Baba, la divinidad en la Tierra, y bendecidos por la Iglesia católica gracias a Bergoglio, el papa comunista.

De este modo el lujo a todo tren formaba parte en el interior de los muros, no en el exterior. Nada de tomar el sol ni baños al aire libre.

Con el transcurso del tiempo, los fieles a la dictadura bolivariana daban la impresión de desconfiar no solo en sus propios bastiones sino en la gente de alrededor.

Cuando aquella soleada mañana el alto cargo de la inteligencia militar de Venezuela, lo citó en The Ritz-Carlton Key Biscayne de Miami, no dudo en acudir a la hora programada. El régimen dictatorial era quien le daba de comer, su rápido ascenso económico y

social era debido a Hugo Chávez y, tras este, a Nicolás Maduro.

De hecho, los financiadores de su programa de televisión eran personas vinculadas a los altos jerarcas del dictador venezolano. Uno de ellos era Tareck El Aissami, de ascendencia siria y libanesa, el hombre fuerte del madurismo, sancionado en su día por los Estados Unidos debido a sus vínculos con el grupo terrorista Hezbolá y grupos de narcotráfico.

Que Marquitos hubiera viajado a los Estados Unidos y le hubiera citado con carácter urgente significaba que algo muy grave estaba en juego.

Un favor.

Una noticia.

Una información exclusiva.

Algo.

No había que ser vidente para deducirlo.

—Ya sé que te mueves perfumado y muy limpio —comentó Marquitos—. También que no hablas ni bien ni mal del gobierno de Venezuela.

—Me dedico a vivir mi vida, a trabajar.

Ambos estaban sentados frente a la amplia cristalera con vistas al exterior. Un camarero agitó una coctelera y vertió el contenido en dos copas; se marchó tras dejar las bebidas sobre la mesa.

—Claro, claro, hermano —replicó con la mirada perdida en el paisaje exterior—. Como muchos astrólogos…

—Soy vidente. No soy astrólogo.

Marquitos sonrió. Prosiguió.

—Brujo o vidente a mí qué más me da cómo te definas. Aquí en los Estados Unidos no andas por ahí diciendo que eres de derechas o de izquierdas. Tus preocupaciones son amasar nuevas propiedades, las conexiones de alto nivel y la buena vida.

—Marquitos, trabajo a diario en el campo de la psicología y por el tono de mis clientes y la poca información que me proporcionan deduzco lo justo para no equivocarme. Dime qué puedo hacer por ti. Pero hablemos sin tapujos. Seamos directos, ¿te parece?

—Tú y yo sabemos que los poderes mágicos de Sai Baba con su sucesor son meros engaños. Incluso la supuesta poderosa fuerza sobrenatural que Maduro siempre ha creído que lo ha protegido no es más que una alucinación.

—Se dice que el día en que Nicolás Maduro visitó en la India a Sai Baba, años antes de que tomara el poder, en la zona donde estaba el edificio en el que se alojaba hubo un corte de luz. Una coincidencia fortuita de que aquel joven político años más tarde sumiría en la penumbra también a su propio pueblo, con apagones eléctricos.

Marquitos no sonrió. Era evidente que no le había gustado aquel

comentario. Tomó un sorbo de la bebida y le señaló con el índice.

—Eres muy confiado para hablarme de ese modo tan directo.

Enrique alzó las manos.

—Vamos, hablemos claro. Tú sabes como yo que desde entonces Maduro arrastra la mala energía allí donde llega. Parece estar empavado. Lo contrario que sucedía con Hugo Chávez.

Marquitos volvió a señalarle con el índice.

—¿Qué diferencia hay entre tú y ese gurú indio de pelo afro, eh?

—Sai Baba se escondía los diamantes entre la ropa, y cuando movía las manos al aire con absoluta maestría de un mago sacaba de la manga la piedra mostrándola al público como si la hubiera creado del aire, de la nada. Todo mentira. Sai Baba como su sucesor, ese Naidu, son vendedores de humo, un fraude, son pura charlatanería. Aquí, en Estados Unidos, este tipo de timadores se han llamado *snake oil salesman*. Lo mío es ciencia, predicciones insólitas.

—Ya, ya… Hace unos días estuve en la India visitando el *ashram* para recibir las bendiciones de Naidu. Pude ver cómo se las gastan con los devotos —dijo levantando el dedo para que viera la brillante piedra incrustada en el anillo—. En fin. No me des un baño de realidad. A los actores de Hollywood que se pasean por los pasillos del palacio de Miraflores para apoyar la revolución bolivariana les importa de verdad un carajo. Cobran de nosotros a través de empresas extranjeras. Cerramos el grifo y ninguno movería el culo por hacer alarde público en favor del comunismo, del socialismo y en defensa de los pobres y desvalidos venezolanos que sufren por las sanciones de los Estados Unidos. Necesitamos publicidad y esta la pagamos y ellos la cobran. Cada uno se lleva su tajada. Como tú.

—Como yo y como tú —replicó de sopetón.

Tampoco le gustó esa reacción. No lo disimuló.

—Te tomas demasiadas libertades. A ver si va a resultar que tanto tiempo en la capital del capitalismo mundial te ha vuelto tóxico y nocivo para la revolución.

Enrique volvió a alzar las manos, como si estuviera dirigiéndose a sus televidentes.

—¿Qué quieres que haga, Marquitos? ¿Rendir pleitesía al sucesor de Sai Baba? ¿Darle publicidad desde mi programa televisivo?

—No te pido que te conviertas en un seguidor de la Iglesia de Sai Baba y sus poderes mágicos.

—¿Entonces?

—Quiero que viajes a España en un vuelo privado y hagas entrega de cierto cargamento. Tu presencia no levantará sospecha alguna.

En los labios de Enrique, una sonrisa torcida.

—Maletero —pronunció con cierta sorna—. ¿Quieres que haga

de maletero?

Otra vez le volvió a señalar con el índice

—No me gustan las palabras que utilizas, compadre —dijo rechinando los dientes—. Creo que te tomas demasiadas licencias.

Enrique suspiró. Notó el enfado y decidió rebajar la tensión.

—Mis disculpas, solo que estoy sorprendido. No pretendía ofenderte, de verdad.

—Como ya he dicho, eres un hombre de confianza como para contar contigo y digamos que eres el elegido para escoltar un cargamento hasta España. ¿Qué? ¿Tienes un problema con eso o qué?

—Tengo una agenda de eventos públicos reservados en mi calendario, empleados en mi oficina pendientes de mis horarios, conocidos que saben a dónde voy… Hay gente que me cuestionará sobre el motivo de mi viaje a España de manera tan repentina.

—Te inventas la excusa más plausible. —Marquitos levantó el dedo para hacer énfasis, subrayando sus palabras para que fueran más convincentes—. Ya va siendo hora de que hagas un favor a la persona que te permite tu ritmo de vida, ¿no crees?

6

Años atrás un compañero que había visto las corruptelas de otros guardias civiles le hizo saber a Pablo Carrasco su profunda decepción.

—Sé prudente y cállate —le advirtió este en su día.

—Para eso no ingresé en la Benemérita. Que los funcionarios del Ayuntamiento cobren comisiones por agilizar permisos para abrir bares, peluquerías, gimnasios y dar licencias a vendedores del mercadillo, ya me parece inaudito. Imagínate cómo me siento con que en mi comandancia exista un grupo de guardias civiles operando como una mafia. Estoy pensando en denunciarlo al sindicato.

—Ni se te ocurra. Solicita otro destino. Vete, pero no abras la boca.

No le hizo caso.

Pocos días después ese compañero fue fulminado. Su carrera como guardia civil se acabó por el mero hecho de intentar denunciar las prácticas corruptas de sus compañeros. Lo enviaron a un destino poco solicitado, forzado a marcharse de la cómoda vivienda oficial que disfrutaba en Málaga.

A partir de aquel momento hasta que se marchó de Málaga, le sometieron a una coacción psicológica con el propósito de amedrentarle: las ruedas de su coche fueron pinchadas en dos ocasiones, le cortaron la electricidad en su vivienda y recibió llamadas anónimas a altas horas de la madrugada amenazándole.

Mayor decepción y extraña perplejidad se llevó cuando supo que había sido apartado del servicio por baja psicológica.

Era imposible para aquel guardia civil seguir adelante con su propósito en denunciar a una comandancia para que se investigara comportamientos irregulares porque quien buscaba la verdad y los que trataban de ocultarla vestían el mismo uniforme.

Aquella mañana temprano Pablo Carrasco sabía que iba a meterse por un camino en el que no habría forma de volver atrás.

Estaba dispuesto a traicionar sus principios.

«Por Carlos», se dijo antes de entrar a la casa de un compañero, teniente de la Guardia Civil, con el que previamente había quedado.

En el pasado el teniente le había propuesto participar en un negocio con un clan de gitanos.

Por entonces, Pablo trabajaba en el departamento de Administración, expedientando certificados y demás protocolos burocráticos.

Los gitanos trasladaban electrodomésticos de segunda mano a Marruecos, y lo que tenía que hacer Pablo era favorecer al empresario en cuestión en la tramitación de documentos oficiales en detrimento

de otras empresas, evitando inspecciones.

Decirle que no al teniente podía acarrearle problemas; decirle que sí, ser cómplice de una ilegalidad. Como dependía de su salario base como seguridad para mantener a su hijo, se dio de baja unos días alegando fiebre alta.

A su vuelta solicitó otro desempeño en la comandancia.

En aquella ocasión como en otras se desentendió de la proposición de su superior de manera perspicaz, sin causar malestar entre compañeros y manteniendo su persona como independiente de cualquier actividad irregular.

La vivienda del teniente estaba situada en una población de la periferia en donde muy pocas personas podían permitirse vivir.

En la rampa que daba al garaje había visto un deportivo, y antes de entrar había saludado a su mujer, que se marchaba con los hijos al colegio. Pablo vio el uniforme de los pequeños; sin duda era del colegio británico. ¿Cómo podía permitírselo un agente de la Guardia Civil?

Ni aun siendo teniente ni juntando el salario con el de su mujer podría hacer frente a ese tren de vida.

—En la Guardia Civil existen dos tipos de personas: las que tienen sangre caliente y todos los demás —dijo poniendo sobre la mesa dos tazas de café—. Ahora, dime tú, Pablo, qué sangre crees que tienes y veré qué se puede hacer.

Él era conocedor del tipo de lenguaje y comunicación respecto a temas relacionados con la corrupción interna, sobre todo teniendo en cuenta que estarían implicados de oficiales para arriba.

Por este motivo durante casi un minuto permaneció callado, sin decir nada, sopesando qué palabras emplear.

Con la mirada perdida en algún punto de la cocina dio despacio un sorbo a la taza de café.

El silencio cortaba el ambiente como un cuchillo.

—Caliente —dijo al fin.

Su compañero irguió la espalda y asintió con la cabeza, aprobando su decisión.

El tiempo pasó.

Hizo lo que le decían. En principio eran cosas que no parecían peligrosas o de alto riesgo. A él le tomaban como uno más pero sin implicarle de momento en situaciones delicadas y peligrosas. El cambio se iría dando poco a poco.

Comenzó a ganar unas cantidades bastante generosas. Era mucho más de lo que había esperado.

No escatimó en gastos contratando a albañiles para mejorar la habitación de Carlos, y cambiar el cuarto de baño por uno muchísimo más moderno, con todas las facilidades para personas con movilidad

reducida.

Hacía muchos pagos en metálico sin pedir facturas. Una empresa de reformas le exigió que el pago por el cambio de la cocina, el salón y los electrodomésticos se hiciera mediante transferencia bancaria. Pidió un crédito bancario, sin preocuparse por el alto interés.

La vida cambiaba rápidamente. Ganaba en B una barbaridad, pero debía seguir como guardia civil de cara a cobrar en A para Hacienda.

Qué satisfacción personal sentía sabiendo que no tenía problemas económicos. A quien pensara que el dinero no daba la felicidad lo podría mandar a freír espárragos. Qué insensatez. Viva el dinero contante y sonante. El dinero era capaz de cambiar la actitud en la vida. Su hijo, Carlos, no volvería a sufrir escasez por su dependencia.

Su gran golpe fue cuando él, el teniente y otro guardia civil acudieron al puerto de Málaga con dos furgonetas de la Benemérita tras ser alertados de una importante cantidad de cocaína camuflada como envío de marisco congelado.

Inutilizaron las cámaras e identificaron el contenedor, cuya ubicación, datos y contenido les habían sido facilitados por otras personas pertenecientes a las Fuerzas de Seguridad del Estado.

La mayor parte del tráfico de droga se solía realizar a través de los puertos, en contenedores que no podían ser examinados uno por uno, de lo contrario, debido al enorme volumen de actividad, las terminales del puerto se colapsarían dañando entre otras cosas a la cadena de distribución de productos.

Durante varias horas de la madrugada estuvieron sacando paquetes del interior de las frías cajas de plástico. En total, cerca de 550 kilos de cocaína.

Una barbaridad.

Concluida la operación con éxito, definida por el teniente como «un regalo de Dios», decidieron llevar una vida normal durante un tiempo, quizá un par de años.

«Nada de fiestas en puticlubs, nada de prestar a familiares enormes cantidades de dinero, nada de comprar coches o motos ni viajes a Costa Rica o a la Republica Dominicana», les dijo el teniente, jefe del grupo.

Debían evitar ser vigilados por agentes que estarían pendientes por la salida de la mercancía en el mercado.

Por este motivo la ingente cantidad de cocaína la fueron vendiendo poco a poco, según lo previamente planeado, en el circuito ilegal de la Costa del Sol con cuantiosas ganancias que fueron repartiéndose entre ellos y miembros de las Fuerzas de Seguridad cómplices del robo.

7

Por los pasillos de la terminal de llegadas del aeropuerto de Málaga caminaba un hombre empujando una pequeña maleta de ruedas. Su aspecto era particularmente pintoresco: zapatos marrones, pantalón amarillo, chaqueta azul, camisa morada y corbata azul claro con estampados de patos amarillos.

Se llamaba Tony Combo. Era algo más que un promotor y agente inmobiliario. Era amigo de Dawood. Se encargaba de lavarle el dinero y de que las autoridades españolas no sospecharan nada de sus actividades y movimientos bancarios.

Organizaciones de inteligencia extranjeras como la Interpol siempre estaban ojo avizor por cualquier desliz que sucediera.

La tapadera de la defunción de Dawood debía perpetuarse.

Tony llegaba de un vuelo procedente de Suiza, donde había hecho traspaso de dinero de unas cuentas a otras; se había reunido con el director de dos bancos en los que había abierto nuevas cuentas.

Cuando pasaba de largo por la zona de las cintas de recogida de equipaje, una chica rubia con minifalda blanca y top ajustado de color rojo, donde se leía «New Combo Villas» le saludó eufóricamente desde la distancia, quizá con demasiada alegría, despertando la curiosidad entre la gente.

Sostenía en sus manos panfletos que daba a los recién llegados. Detrás de ella había un cartel donde se publicitaba el nuevo proyecto urbanístico de lujo. Se anunciaba: «Alta calidad de vida», «El hogar de tus sueños», «Tus últimos años idílicos rodeado de cuidado de calidad al máximo».

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó él al aproximarse con una sonrisa cautivadora.

—Ya me han pellizcado el culo tres tíos.

Tony movió la cabeza ligeramente como expresando malestar, pero no pudo evitar que se le escapase una sonrisa al observar la ajustada vestimenta.

—Te dije una minifalda, no una mini minifalda.

—¡Ay, es que es de mi hermana!

—Pues estaría encantado de emplearla a jornada completa a ella también. Así te cubre la espalda.

Ella hizo un gesto mojigato.

—¿Mismo salario?

—Por supuesto, no quisiera fricciones familiares. Aparte de caber en prendas de este tipo, ¿sabe idiomas?

—Cuatro, como yo. El alemán e inglés nivel nativo.

—Perfecto. Hoy en día encontrar jóvenes con tanto talento y

estudios es muy difícil.

—¡Ay, Tony! Me encanta cuando me adulas.

Un grupo de turistas alemanes estaban observando el cartel publicitario, uno de ellos tomaba una foto con el móvil del cartel.

—No te olvides de tu hermana.

—Se lo diré —dijo antes de apresurarse a atender a los extranjeros en perfecto alemán. El grupo se vio encantado de ser atendido en su propio idioma.

Una pareja de policías nacionales se aproximaron a Tony.

—Caballero, ¿es usted el responsable de este espectáculo? —pregunto él.

Sonrió.

—¿Qué espectáculo?

La mujer policía que le acompañaba se cruzó de brazos y señaló con la cabeza a la atractiva azafata.

—Aquella mujer que alegra tanto a los recién llegados.

Tony sacó un documento de su maleta y se lo tendió al hombre. Era un permiso del Ayuntamiento de Málaga. Además, había una autorización firmada por el propio alcalde, alabando el turismo y la labor del empresario urbanístico Tony Combo en promocionar la inversión extranjera en la Costa del Sol.

El policía leyó los papeles con semblante cariacontecido, se lo devolvió y le preguntó en tono imperante:

—¿De dónde viene?

—Agente, no tengo que responder a su pregunta.

—¡Vaya con el caballero! ¿Y eso por qué?

—Porque no me encuentro detenido. Además, noto en su tono cierta intimidación. Si quiere que le responda a sus preguntas lo haré con mucho gusto, pero delante de mi abogado.

La mujer asintió al tiempo que soltaba una risotada.

—Pues entonces, acompáñenos.

—¿Cuál es la incidencia? ¿Qué he hecho para que me quieran llevar detenido? Solo me pueden llevar contra mi voluntad si he cometido un delito. No por una sanción administrativa. No responder a su compañero no es un delito.

—Eso es desobediencia —dijo él.

—Pues no, señor agente. No responder a ninguna de sus preguntas no es desobediencia, a no ser que ya esté detenido.

—Entonces se niega usted.

—Me niego a responderle, pero no me resisto a la autoridad. Si ustedes me detienen, me llevan a comisaría. Vale. No pasa nada. Me meten en un calabozo. No pasa nada. Yo tendría derecho a una llamada. Llamaré a un abogado. Pero cuando llegue, sabrá que ha sido una detención ilegal. Se solicitará un *habeas corpus*, querré que se me

presente ante el juez porque yo no he cometido ningún delito y porque a mí se me ha secuestrado.

—¡Por favor! —dijo el agente, incrédulo, levantando al aire las manos; su compañera le secundo levantando la cabeza, expresando con gesto burlesco su reacción ante tal comentario.

—Sí, agentes. Secuestrado. La palabra correcta sería que ustedes me han secuestrado. Se me ha privado de mi libertad. Se me ha metido en un calabozo y por lo tanto querré ir contra mis secuestradores. —Ambos agentes se miraron; ya no les hacían ninguna gracia los comentarios de aquel pasajero recién llegado—. Y a partir de ese momento tengan por seguro que se dará la vuelta a la tortilla. Ya no seré yo quien tenga un problema sino que serán ustedes quienes lo tengan, porque así lo dictamina el Tribunal Supremo: si un agente de la autoridad te detiene sin causa justificada, te priva de tu libertad y alguien que te priva de tu libertad comete un secuestro, algo que está penado con cárcel. Así, si ustedes persisten en su intimidación, pueden ir a la cárcel.

El policía dio un paso hacia atrás.

—Que tenga un buen día.

Ambos agentes siguieron su camino por la terminal.

Tony guiñó un ojo desde la distancia a su empleada.

—Que me llame tu hermana —musitó al tiempo que levantaba la mano y hacía un gesto con los dedos índice y pulgar, con este último pegado a la oreja.

Ella le lanzó un beso al aire y siguió atendiendo en inglés a una pareja de mediana edad que se había interesado en recibir información del proyecto urbanístico.

8

Jaime Chopra acababa de impartir en el salón de actos un curso en las disciplinas de *mindfulnes* y meditación a un grupo de miembros de la Iglesia saibabista de Marbella.

Se encontraba en su oficina, sentado en su sillón, meditando sobre la pasada conversación con Marquitos.

Desde su acondicionado despacho con anchos ventanales y vistas al mar Mediterráneo, pensaba sobre todo lo hablado de camino al hotel de Bangalore.

Era consciente de que Marquitos tenía bajo su mando a todo un equipo de personas cuyos perfiles personales pudieran denominarse psicopáticos. Ellos eran los torturadores y custodios de la contrainteligencia militar.

La denominada «revolución bolivariana» se sostenía gracias a personajes siniestros como él.

Todos aquellos funcionarios que componían el gobierno venezolano querían prosperar. La mayoría no eran como se hacían llamar ni militares ni policías sino meros delincuentes que no tenían reparo en infligir dolor. Por tanto, había mucha competencia entre ellos. Necesitaban ganarse la confianza de sus superiores y escalar, porque los ascensos equivalían a más dinero.

Pero también, como veían en sus superiores, el ascenso generaba cierta impunidad al crimen. Esta garantía generaba auténticas peleas por obtener puestos de mayor rango.

Por otra parte, mostraban su lado más cobarde: la mayoría de las veces intentaban ocultar sus rostros, ya que no querían ser reconocidos fuera de los muros de los edificios donde practicaban torturas.

Bajo las órdenes de Marquitos, en su departamento se producían descargas eléctricas ocasionando a la víctima graves lesiones en los testículos y una orina llena de sangre; utilizaban gas lacrimógeno, desgarros musculares y espray pimienta, golpes en el estómago mientras se mantenía al prisionero con la cabeza cubierta con una bolsa de plástico, para de esta forma matarlo ahogado por su propio vómito.

También envolvían al prisionero en colchones y le propinaban golpes con bates de beisbol; de este modo cuando les convenía no le dejaban marcas en la piel.

En ocasiones mantenían al prisionero toda la noche escuchando discursos de Hugo Chávez o de Nicolás Maduro, impidiendo que se quedase dormido.

El ejercicio del poder por medio del terror estaba bien

planificado.

Pero la lealtad al régimen no es inquebrantable ante el soborno, y quien pudiera permitírselo con algo de dinero para los mal pagados funcionarios podía recibir un teléfono móvil.

Incluso por un kilo de arroz o un litro de aceite eran fácilmente sobornados los funcionarios. Y cuando se les ordenaba realizar redadas en las celdas, los mismos que entregaron esos teléfonos los arrebataban.

Marquitos era tan corrupto como el simple carcelero abusador que se dejaba vender por una lata de pescado o paquete de arroz blanco, o incluso por aquel militar de alto cargo en el gobierno que cobraba por el narcotráfico, a expensas de Maduro.

Finalmente, Jaime Chopra le había dicho que sí, que se encargaría de recibir el cargamento.

Le cuestionó entonces:

—¿Qué es? ¿Droga? ¿Dinero?

—Catorce maletas. Veinte millones de dólares —contestó aquel loco de Marquitos.

Jaime no tenía duda del carácter corrupto de Marquitos. El dinero que le había pedido ocultar dentro de la sede de Sai Baba en Marbella era dinero de la narcodictadura de Maduro para hacer uso en un futuro próximo enviándolo a algún paraíso fiscal o quién sabe si para blanquearlo en el sector urbanístico de la Costa del Sol.

No dudó un instante de que la proposición por parte del venezolano era la oportunidad que fervientemente había estado esperando durante muchos años.

Jaime era el presidente de la organización Sai Baba en Marbella. Desde su creación había blanqueado dinero que ganaba por sus conferencias a través de la organización religiosa registrada como ONG. Pero el motivo de su acción criminal iba más allá de evitar declarar cantidades de dinero, estafar a la Iglesia saibabista o defraudar a Hacienda.

Jaime ocultaba un secreto.

Giró en redondo en su sillón y estiró el cuello para poder ver a través del ancho ventanal el mar azul al fondo.

Durante años había callado.

Durante años había intentado olvidar el pasado, pero jamás pudo.

Un pasado de abusos sexuales en la India.

Cerró los ojos y escuchó las palabras de Sai Baba.

—Te he dicho que te bajes los pantalones.

Obedeció.

—Ahora, los calzoncillos.

SEGUNDA PARTE

9

La desaparición de la droga en el puerto fue un suceso que no pudo quedar olvidado.

Se abrió una investigación.

Tres inspectores y dos agentes de la Policía Nacional fueron arrestados y mandados a juicio.

La sentencia reveló la existencia de una mafia policial compuesta por una organización piramidal perfectamente jerarquizada que se dedicaba a la importación de droga desde Marruecos.

La consecuencia inmediata de estas primeras detenciones desencadenaría un efecto dominó.

En el círculo de las Fuerzas de Seguridad del Estado se escuchaban ecos del anuncio de nuevas detenciones.

Entre los guardias civiles implicados hubo preocupación.

Aquel ambiente hostil que se percibía en la propia comandancia duró varios días.

Por la noche Pablo Carrasco se reunió en la parte trasera de la casa del teniente.

Desde donde estaban reunidos podían escuchar las risas de los niños jugando en el interior de la casa; la madre los llamaba para ducharse.

Pablo sentía una congoja: siempre había deseado una familia feliz, una mujer guapa, atractiva, enamorada de él, madre coraje, devota y orgullosa de sus hijos.

Escuchaba aquel alegre griterío con amargura. Su vida con su hijo no era alegre ni feliz, pero él se resistía a tirar la toalla: era feliz viendo a su hijo sano con todas sus necesidades cubiertas y viviendo con él.

Desde el robo de la droga, no había dejado de pensar en lo que pudiera hacer una vez recibida toda su parte del dinero. Había incluso pensado mudarse con su hijo a otra ciudad, donde había visto un lugar de enseñanza especial para Carlos. Compraría una casa con jardín, tendrían perros y vivirían allí hasta el fin de sus días.

—Lo siento, pero no habrá más dinero —prorrumpió de manera atajante su compañero—. La han jodido esos policías nacionales. Son unos pringados. Les pincharon los teléfonos y los muy torpes hablaban sin saber que estaban siendo grabados.

—Pero… me he metido en préstamos bancarios. He pedido créditos a los que ahora no podré hacer frente —comentó Pablo, sin poder evitar su nerviosismo.

—Lo siento. He distribuido las ganancias de lo que se ha podido vender hasta ahora. Nos vamos a deshacer de todo el resto de la

mercancía ya.

—Podríamos venderla.

—No, Jorge. No es la primera vez que hacemos frente a una situación de este tipo. Es mejor recular ahora, cuando podemos. Habrá otros golpes. El dinero sigue fluyendo. Es como cerrar un grifo. Lo cerramos ahora para poder abrirlo después. Nos jugamos que nos pille la SAI, el Servicio de Asuntos Internos. A la mínima que empiecen a sospechar de ti, intervienen tu teléfono, escuchan las llamadas, monitorizan tus búsquedas en internet, leen tu correo…

—Apenas uso internet —le interrumpió.

—Pablo, es un ejemplo para darte a conocer hasta dónde se meten. Esa gente de Asuntos Internos quiere ganar méritos para engordar sus estadísticas. Serían capaces de robar tu identidad, tus más íntimos secretos, hasta de grabarte con la cámara de tu móvil y usar el micrófono como dispositivo de escucha. Los conozco.

—¿Entonces? Haz un trato con ellos.

Resopló.

—Ya has visto en las noticias que hay detenidos que son policías nacionales y están involucrados en nuestra red. Ya es tarde. Los de Asuntos Internos están dispuestos a desmantelar nuestras operaciones y detener a cuantas más personas mejor. Con esos tipos no se hacen tratos. Tengo experiencia con ellos. Se van a burdeles de carretera, a discotecas, a clubs de striptease, graban a agentes con prostitutas y luego les sobornan: «Mira lo que tengo aquí. Unas imágenes es las que apareces esnifando cocaína, otras en posturas sexuales muy comprometedoras…». Esas unidades son la hez de la hez. Además, la UDYCO, la Unidad contra las Drogas y el Crimen Organizado, está metiendo sus zarpas. Es el momento para plegar velas. Estoy en esto desde hace mucho tiempo. Hazme caso.

—Pero… tengo a mi hijo, Carlos. Me he gastado un dineral en comprar una nueva silla, importada del extranjero, he realizado reformas en casa para que tenga mejor movilidad, el cuarto de baño lo he rediseñado para su comodidad… La cocina, el salón…, di una cantidad enorme a una agencia inmobiliaria de Badajoz para una casa cerca de una granja-escuela donde hacen terapia con animales para personas con enfermedades como la de mi hijo…

—Lo siento, Pablo. La suerte que tienes es que a ti nadie te conoce fuera de la comandancia. No te has reunido con nadie excepto conmigo, no has mantenido conversaciones telefónicas ni mensajes de textos por el móvil. Solo yo y el otro agente a quien conoces sabemos de tu implicación. Estás limpio. Si el castillo de naipes cae, yo caeré, pero tú no. Yo estoy implicado hasta el cuello. He mantenido contacto con agentes aduaneros, con policías, con narcos, mafiosos… Por eso tengo que deshacerme de la mercancía que queda sin vender, porque

alguno de los detenidos hablará. Yo tengo que proteger también mis intereses. Creo que tú puedes comprender mi situación.

—Pero…

—Aguanta por ahora. Si necesitas dinero, yo puedo prestártelo. Cuando vaya pasando el tiempo daremos otro golpe. Ahora, aguanta.

Pablo comenzó a moverse de manera nerviosa.

—Aguanta, aguanta… —repitió cabizbajo.

—Sí, aguanta. Porque hay que tener mucho cuidado con los de Asuntos Internos. Una vez que saben algo, la más mínima sospecha de ti, no te sueltan. Jamás. Te siguen. Te persiguen. Te investigan. Sabrán lo que compras en el supermercado y con qué frecuencia. Tus movimientos bancarios. Tu móvil, los mensajes, las llamadas, las conversaciones. Con quién te relacionas, quiénes son. Todo. Estarás completamente desnudo, sin intimidad. Te meterán tal presión psicológica que fliparás.

Sus años de servicio como guardia civil creaban el hábito de detectar señales cuando las cosas no iban bien. Arrebatos desmesurados, movimientos en los ojos. Para Pablo el teniente se lo decía todo a las claras.

La cosa no iba bien. No pudo permanecer impasible a lo que veía que se le venía encima. Su triste aspecto se desencajó; pareció aún más hundido que antes.

—El dinero que me queda en metálico me durará unos meses. Luego no podré hacer frente a tanto gasto con mi salario mensual. Necesito extra. ¿Hasta cuándo tendremos que esperar para que el ambiente se calme?

—Un tiempo.

—¿Un tiempo?

—Mira, Pablo. Hoy en día la sociedad no tiene ni idea de lo que es crecer en una zona marginal. He crecido viendo a mis padres pidiendo ayuda constantemente a los servicios sociales. He visto la dignidad de mi padre tirada por los suelos yendo a pedir comida a las puertas traseras de los supermercados, a los almacenes de logística donde siempre había algo que sobraba o una caja rota… En los supermercados chicos que se encargaban de rellenar las estanterías le daban comida a punto de caducar o paquetes que habían devuelto clientes debido a algún problema. Me prometí ganar pasta, mucha pasta, y eso es lo que hago. Un día llegará cuando pida la baja, una jubilación anticipada y arreglado, a vivir y disfrutar de esta vida, joder.

—No me vengas tú ahora a colorearme la vida con una especie de moral para justificarte. Yo también he pasado una infancia de mierda, de desarraigo, de falta de cariño, de miedo, de tristeza. Tardes solo con mi hermana esperando a nuestra madre a que volviera del

trabajo para poder cenar. Me crie sin un padre, sin familiares. Pero no voy fingiendo que hago lo correcto y lo equivocado para disfrutar de lo bueno. Lo que haces tú y toda la gente implicada, incluido yo, no tiene justificación alguna. No hay argumento que lo justifique. Excepto solo la satisfacción de poder obtener cosas materiales que no podemos conseguir con nuestro mísero salario. En mi caso salir adelante con mi hijo. Pero lo tuyo es pura codicia. Joder, tienes una mujer y unos hijos maravillosos. Podrías vivir con la conciencia tranquila y…

—¿Has acabado? Vale ya está. No me des ningún discurso. La diferencia entre tú y yo es que yo no quiero vivir sometido bajo el sistema. Esto es una guerra de todos contra todos. Alguien tiene que enriquecerse: o los políticos o yo. Elijo ser yo.

—Para eso no juramos bandera… —dijo apesadumbrado Pablo.

—Joder, ¿qué quieres? ¿Que nos matemos a trabajar en un KFC? ¿O en un McDonald´s? ¿O barriendo en un centro comercial? Venga ya, hombre. Que le den por culo a la sociedad. A los ciudadanos les importa un comino que nos llevemos un extra aquí y allá. Ellos están satisfechos mientras sigamos limpiando de mierda las calles y yendo a los apartamentos a resolver disputas familiares. Todos nos han puteado, Pablo. Recibimos palos con la inmigración ilegal descontrolada, ocupas respaldados por políticos, delincuencia como nunca en las calles… A ver si te entra en la cabeza. ¿Te acuerdas de Luis Alfonso, que tuvo que ser trasladado al hospital por una luxación en el hombro cuando fuimos a detener a unos marroquíes? No recibió ayuda ni apoyo alguno. Su padre fue guardia civil. Él vivió el amor por los colores del cuerpo desde bien pequeño. Ahora trabaja en Carrefour. Siempre se nos deja indefensos. Por eso, lo que sacamos de los criminales no se lo devolvemos al Estado, nos lo quedamos. Lo merecemos porque nadie mira por nuestros intereses más básicos.

—¿Que son?

—Coño, Pablo. Despierta. La satisfacción de la que hablabas —señaló a su casa—. La posibilidad de dar cosas a mi familia que con la basura de salario mensual que cobro no puedo permitirme. Aseguro la mejor educación que puedo a mis hijos, puedo salir a cenar con mi mujer tres o cuatro veces al mes sin preocuparme si podré acabarlo sin aprietos. Comprarme un par de zapatillas deportivas de marca. Pagar la mensualidad de un gimnasio de puta madre.

Guardaron silencio.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

—Esperar. Ahora no se trata de dinero. —Se inclinó hacia adelante, juntando su frente con la de Pablo, cogiéndole por el cogote. Le susurró—. Precaución y cuidado. Estas son las reglas del juego. Precaución y cuidado.

Dio un rodeo por el paseo marítimo de camino a casa: necesitaba tiempo para aclarar sus ideas. ¿Y si abrían una investigación sobre él? Aquello pintaba absolutamente mal. Significaría una suspensión o incluso el despido.

La gente de Asuntos Internos era lo peor. Como había dicho el teniente se inmiscuían más allá de los límites permitidos. Incluso podían ponerle a él pruebas falsas. ¿Y si tuviera que cambiar el cerrojo de la puerta principal del apartamento por otro más sofisticado?

Esa gente escupía a la lealtad, al compañerismo, al respeto e incluso a la dignidad de las personas. «Solo quieren complacer a sus superiores, y que los políticos y la opinión pública estuviera satisfecha de que las Fuerzas de Seguridad del Estado quedaban limpias». Todo un circo romano.

Sujetó el volante con más fuerza. El sudor le caía por la frente. Se limpió con la mano derecha.

Aparcó pegado a la acera. Paró el motor. Seguía apretando el volante como si aún estuviera conduciendo. La mirada, al frente, perdida.

Recordó las palabras de su madre: «Ante todo tienes que mantener dignidad en la vida. Esto es lo que quiero de ti. Compórtate como un hombre».

No permitiría dejar su cabeza a los de Asuntos Internos en bandeja. No. No lo permitiría.

Entonces cayó en la cuenta: el teniente tenía razón, todo lo que había hecho era para mayor satisfacción de su hijo. Se sintió mejor asintiendo, dando por buena aquella conclusión.

Intentaría ajustarse con lo que tenía, temporalmente. Cogería un trabajo extra.

10

Dawood se encontraba en la terraza leyendo un periódico. Sonó el timbre. Abrió la puerta.

—Bienvenido, Tony. Pasa, pasa.

Le hizo ademán de tomar asiento en un sofá del salón.

—¿Cómo va El Pelícano?

—El dinero está entrando, según Sara. Realmente no tengo mucho que ver con ese lado empresarial.

—Pero si eres el inversor y propietario en la sombra —dijo con sorna.

—Sí, algo así —asintió, sonriendo.

La empresa se había constituido como tapadera. Un negocio legítimo como escaparate a otro ilícito, movimientos de dinero negro.

En más de una ocasión a altas horas de la madrugada, cuando El Pelícano estaba cerrado al público y no había empleados, Dawood acudía al local. En la parte de atrás un camión frigorífico llegaba a una hora fijada con antelación y descargaban cajas de pescado congelado.

Dawood con guantes hasta los codos, sacaba bolsas del interior de las cajas llenas de hielo y las metía dentro de barriles de plástico. Luego, las arrastraba al exterior, donde las introducía dentro de una furgoneta. El pescado se volvía a poner en el interior del camión frigorífico.

La furgoneta iba a las oficinas de Tony Combo, y este hacía desaparecer el dinero, sin dejar rastro alguno.

Tony cogió unos folios que había encima de la mesa de centro.

Hizo una mueca ceñuda hacia Dawood.

—Pero ¿qué estás haciendo? Son letras de canciones.

—Es para la fiesta de vecinos.

—Vaya, por fin te estas sociabilizando. Me alegro.

Dawood sonrió sin alegría.

—Sara me ha dicho que vaya a la reunión de la comunidad de vecinos. Por lo visto van a celebrar una fiesta y quieren proponer canciones para que cantemos.

—Vaya —leyó el título de las canciones que había en los cabeceros de los papeles— Y tú propones, *I Can´t Get No, Satisfaction* de los Rolling Stones y *Always On My Mind* de Elvis. Te auguro mucho éxito.

—Según Sara solo hay una vivienda cuyo propietario es español; el resto son todos de origen alemán o británico.

—No te preocupes en dar explicaciones. No lo había interpretado como un momento de senilidad prematura.

—Muy gracioso. Por cierto, ¿cuándo estará terminada nuestra nueva casa?

Sara y Dawood se habían tenido que mudar a aquella urbanización privada y exclusiva en una de las zonas más prestigiosas y demandadas por la *jet set* de Marbella. El motivo fue el intento de asesinato de unos sicarios al invadir su anterior vivienda.

Como medida de seguridad, Tony les había hecho alquilar el bungaló en aquella urbanización con carácter temporal hasta que una nueva villa se terminara de construir en una zona privilegiada frente al mar.

—Pronto, pronto. De camino hablé con el encargado del proyecto. Pendiente está de algunos aspectos relacionados con la piscina y los baños. Pero todo sigue con el tiempo estipulado desde un principio y no hay retraso. El decorador pronto se pondrá en contacto con Sara para ir confirmando los diseños interiores.

—¿Qué tal en Suiza?

—Todo ha ido perfecto. Ahora dime tú qué ha pasado.

—Me siguió un asesino a sueldo. De los Vorí. Me habló de un tal Konstantín. Por lo visto tiene un yate en Puerto Banús, llamado Ovinnik.

—No hagas nada.

—¿Me voy a quedar aquí hasta que invadan esta casa estando Sara en el interior? Te lo repito una vez más, Tony. La vivienda siempre se ha considerado el lugar más vulnerable para atacar a un objetivo, ya que representa un punto débil. Es un lugar especial y significativo para idear una emboscada o un secuestro porque es ahí donde los malos tarde o temprano saben que te encontraran.

—No sabe nadie que tú vives aquí.

—Me siguió, Tony. Eso quiere decir que me han tenido bajo vigilancia.

—Igual te anticipaste. Igual solo te querían tener controlado, hiciste contacto visual con ese matón, y él se puso nervioso y se vio forzado a tomar acción.

—Ya, *contacto visual*. La próxima vez saldré a la calle con mis gafas de sol de aviador y así evito desenmascarar a posibles sicarios que estén merodeando por los alrededores.

—Si hubieran querido, te habrían atacado en otro lugar y no habrían esperado tanto tiempo. Te quieren controlado. Igual porque prefieren tenerte a su disposición por algún motivo, pero no eliminarte. Mira. Iré a hablar con Konstantín. Daré ese paso adelante.

—¡Qué estás diciendo! ¡Por Dios!

—Estoy diciendo que quiero sacar partido de este suceso. He oído hablar de él en el mundillo de los bajos fondos.

—¿Estás seguro de lo que dices? Te acompaño.

—Ni hablar. Yo debo ser fiel a mi papel como mediador. En el momento en que me puentees entonces sí que puede haber represalias imprevistas.

—De acuerdo, entonces. Saca información de él.

—A esa gente le gusta este tipo de comunicación, valiente, atrevida. Estoy convencido de que querrá algo. Seguro que hasta consigo venderle su yate y hacerle comprar otro más caro. No hagas nada todavía.

—¿Quieres beber algo?

Tony movió la cabeza de un lado a otro.

—Mi médico de cabecera me ha recomendado evitar los abusos.

—Ah, pero no sabía que escucharas a tu médico. Por cierto, ¿desde cuándo beber agua es un abuso?

Le miró y sonrió.

—Veo que te sienta bien sociabilizarte. El humor no lo has perdido.

11

La casa de Pablo Carrasco se convirtió en un caos. Los primeros días consiguió organizarse. Los días transcurrieron y fue descuidando la limpieza. Con las prisas de la mañana se le olvidaba tirar la basura, con el consiguiente olor que se extendía durante todo el día por el apartamento.

A media tarde al volver, se encontraba con tareas domésticas acumuladas; tenía que limpiar el baño, tirar la basura, duchar a Carlos, fregar el suelo, hacer la cena, poner la lavadora, tender, planchar, preparar la comida para el día siguiente…

Su hermana dio un paso adelante al presentarse un día y decirle tajantemente que colaboraría en la casa. Puso orden.

Desde la separación y el posterior divorcio de su hermano, ella ya le ayudaba. Aun teniendo ella un marido y una familia a la que atender, siempre encontraba tiempo para ayudar a Pablo y a su sobrino. Ahora su ayuda sería diaria y constante.

Ella se encargaría de poner orden en la casa hasta que Pablo consiguiera en un futuro una persona que le ayudara en las tareas domésticas.

Esa noche Pablo alimentaba a su hijo llevándole cucharadas a la boca. Cena: lentejas con chorizo y patata. Postre: yogur de frutas y un plátano.

—Toma —dijo ella, poniendo un libro sobre la mesa.

Carlos parecía entusiasmado.

—¿Y este libro? —preguntó Pablo con sorpresa.

—Ayer por la tarde, cuando vino el monitor, me dijo que Carlos no deja de pensar en caballos.

—¿En caballos?

—Así es. Por eso fui a la biblioteca y cogí ese libro.

Al tiempo que su hermana hablaba sin parar mientras limpiaba en el friegaplatos las bandejas del horno, Pablo le daba de comer a su hijo y doblaba las páginas ilustradas.

El marido de su hermana había empezado un nuevo trabajo en un almacén de logística y, según ella, las cosas estaban marchando bien en casa. Sus hijas estaban contentas en el colegio.

Siguió hablando sin parar. Empezó a comentar el último capítulo de un programa de telebasura en donde los participantes sobrevivían desnudos en la selva sin mayor alimentación y ayuda que los que proveía la madre naturaleza. Eso sí, acompañados de un moderno equipo de grabación, que entre toma y toma disfrutaría de un catering y bebidas reconstituyentes.

Mientras hablaba, a su espalda Pablo la imitaba haciendo gestos

graciosos a Carlos, que sonreía.

—Te he inscrito para asistir a una conferencia —dijo su hermana. Cerró el grifo, se secó las manos en el delantal, y del bolsillo de sus pantalones vaqueros sacó un folleto de publicidad, que puso en la mesa frente a su hermano.

—La Asociación Sai Baba de Marbella —leyó Pablo mientras cortaba la comida del plato y se la ponía en la boca de su hijo— organiza el único ciclo de conferencias del acreditado y famoso *coaching* Jaime Chopra, sobre motivación, inteligencia emocional, superación y crecimiento personal. Único evento en Marbella del afamado conferenciante y experto en dinámicas de gran impacto. —Resopló—. Vamos, ¿en serio?

—Muy en serio.

—¿No te habrás gastado dinero?

—Una amiga que trabaja en el Ayuntamiento es quien me lo ha hecho saber. Han incluido este tipo de charlas en un programa social y lo financian por asistir con un familiar a cargo discapacitado.

—No…

—Sí… —replicó en el mismo tono.

—Es decir, vais a ir tú y Carlos.

Ella se puso a horcajadas en una silla, frente a su hermano y su sobrino.

—No. Carlos y tú —dijo señalando a ambos—.Tómatelo como un chantaje. —Se levantó para terminar de limpiar—. Si no vas, no vendré mañana.

Él hizo de nuevo muecas a su espalda.

Ella se giró, le vio y le lanzó un paño de cocina empapado de agua que le dio de lleno en la cara. Carlos rio, Pablo también y ella les secundó.

12

Jaime Chopra no supo cómo reaccionar la primera vez que el dios en la Tierra, al que llamaban Sai Baba, abusó sexualmente de él.

Un suceso traumático lo definen los expertos como un acontecimiento negativo intenso que surge de forma brusca, que resulta inesperado e incontrolable y que, al poner en peligro la integridad física o psicológica de una persona que se muestra incapaz de afrontarlo, tiene consecuencias dramáticas para la víctima, especialmente de terror e indefensión.

Él tenía veinticinco años. Había terminado sus estudios de Ciencias Económicas y Empresariales en la Universidad de Málaga. Había viajado a la India para conocer al dios de sus padres, aquel a quien ellos habían idolatrado durante años y les había visto adorar desde la niñez.

Sus padres se conocieron durante el apogeo del movimiento hippy en la Ibiza de la década de los sesenta. Hombres con pelos largos y mujeres con vestidos de colores vivos y floreados se agrupaban en comunas en el interior de la isla.

Improvisaban conciertos y organizaban eventos como los mercadillos. Defendían el hedonismo, el sexo libre y el consumo de drogas. Alarmaron a mucha gente por entonces.

Había americanos que escaparon de la guerra del Vietnam, europeos hartos del consumismo y españoles que huían de la dictadura franquista.

Pronto el hinduismo y la mística de la India se pusieron de moda.

La India mística se convirtió sobre todo en un producto de consumo adaptado al paladar occidental. Comenzaron los viajes al Himalaya y a Goa, la antigua colonia portuguesa al sur de la India.

Predicadores del budismo y del hinduismo expandieron sus doctrinas por Ibiza atrayendo adeptos.

Aparecieron grupos de Hare Krishna con sus consignas de amor, paz y meditación. El turismo espiritual apenas comenzaba.

La popularidad de los gurús de la India adquirió su máximo apogeo cuando los Beatles visitaron a Maharishi Mahesh Yogi, junto con sus esposas, novias, asistentes y numerosos periodistas y fotógrafos.

En la meditación trascendental, una disciplina derivada de arcanas técnicas de yoga, los músicos británicos pretendían buscar la inspiración.

Sin embargo, a pesar de que Paul McCartney encontrase inspiración para escribir nuevas canciones estando rodeado de la

naturaleza, la realidad acabó siendo muy distinta. Muy distinta. Pero que muy distinta.

Tanto que, al cabo de pocas semanas, los cuatro de Liverpool y sus acólitos dejaron el *ashram* del yogui.

John Lennon era el que más enojado estaba de todos. Se sentía defraudado. Se dio cuenta de que aquel hombre que se vendía como espiritual estaba demasiado preocupado por el dinero, la fama, las celebridades y las mujeres. De hecho, Maharishi Mahesh Yogi les pidió hasta un veinticinco por ciento de sus ingresos musicales. Ni hablar.

La versión que se impuso fue que tomaron la decisión de marcharse por las conductas sexuales inadecuadas del gurú, con insinuaciones y tocamientos inapropiados con varias mujeres del grupo.

Como catarsis, John compuso la canción *Sexy Sadie*, incluida en el *Álbum blanco*. Pero el título original era *Maharishi*, y sus primeros versos: «*Sexy Sadie, what have you done / You made a fool of everyone (Sexy Sadie, ¿qué has hecho?, hiciste quedar a todos como unos tontos…)*». Pero el título de la canción fue modificado a petición de George Harrison.

Sin embargo, pasado el tiempo Maharishi Mahesh Yogi regresó a la primera plana y aquel escándalo quedó olvidado. Su método funcionaba y en la década de los setenta, la meditación trascendental se expandió por todo el mundo.

La imagen del yogui incluso llegó a ser portada de la revista *Time* en 1975. En Occidente la gente estaba obnubilada por el tema místico-espiritual de la India.

Mientras tanto, en Ibiza, el transcurso del tiempo junto al uso abusivo de las drogas fue acabando con muchos de ellos, ya que experimentaron la evolución del LSD a la heroína.

La madre de Jaime se entregó al alcohol, a las drogas y a las fiestas sin medida. Mientras tanto el padre tomó interés por la meditación y la espiritualidad.

Cuando ella quedó embarazada, su padre tomó la decisión de volver a la península, volver a Málaga.

Fue años más tarde cuando Jaime supo la verdadera razón tras de aquella decisión: su padre era conocedor de que su madre había quedado embarazada por otro hombre. No supo decirle quién era su padre biológico, porque en verdad ella había sido promiscua en sus relaciones durante la etapa en Ibiza.

—Pero, al fin y al cabo, qué más da —le dijo su padre en aquella ocasión—. Fue conocer la palabra de Sai Baba y encontrar paz, serenidad. Porque como él nos explica, «El amor puro solo puede emanar de un corazón sumergido en *Shanti*, la paz, porque ella es una atmósfera que todo lo penetra y purifica. *Shanti* no es una convicción

a la que se llega por medio de la lógica; sino por la disciplina de todas las vidas disciplinadas».

—Ve a la India y recibe su bendición —le sugirió a su vez su madre, ya alejada de malos hábitos, de carácter sumiso y tranquilo, como en permanente estado de paz interior.

Cuando Jaime visitó en la India el *ashram* de Sai Baba, era un joven atlético, alto, delgado y atractivo. Tenía un aire al actor francés Alain Delon.

Las chicas le miraban con descaro, esperando un movimiento por su parte para insinuar una relación sexual espontánea. Al fin y al cabo, Sai Baba pregonaba que solo había una religión, la religión del amor. Por lo tanto, había que abrazarla.

Los devotos extranjeros mantenían sus relaciones íntimas de manera discreta en sus habitaciones, pero Jaime las rehuía. Quería obtener la bendición por parte de aquel adorado dios de carne y hueso. Obtener paz interior, sabiduría, conocimiento, abrazar la espiritualidad.

El día menos imprevisto fue elegido entre la multitud para participar en una entrevista privada junto con otros devotos. Sin embargo, cuando él llegó, unos asistentes del dios en la Tierra le hicieron llamar y le indicaron otra habitación más pequeña.

Los demás le echaron una mirada llena de envidia, pero también de admiración: aquel joven extranjero con aires de estrella de cine iba a pasar unos minutos a solas con dios, porque la selección entre tantas personas allí presentes no dejaba de ser una casualidad divina.

En la pequeña habitación no había nadie aparte de él y Sai Baba.

—¿Por qué tengo que permanecer desnudo? —preguntó Jaime, pronunciando su perfecto inglés de la forma más pausada. Sin embargo, no pudo evitar que el timbre de su voz resonara carente de fuerza, tembloroso e inseguro.

El indio de pelo afro y túnica naranja se aproximó con un bote de aceite.

—Hay que lograr *el equilibrio* —contestó en un murmullo; su inglés no era perfecto pero se le entendía—. Para conseguirlo debo de aplicar un masaje sanador en tus genitales.

¿Y quién era Jaime para decirle que no? Al fin y al cabo, era dios en carne y hueso a quien tenía enfrente. Lo que hiciera con su cuerpo sería prudente y necesario para su bienestar, aunque sintiera vergüenza y cierto grado de temor.

Evitarlo no era lo que le vino a la cabeza, al contrario: sumirse, ofrecer su cuerpo por mucho que aquella actitud le causara inseguridad. Tenía que ceder, sacrificar su cuerpo para sanar su alma. Sí, era eso, pensó para sí mismo. ¿No era Sai Baba un dios, un ser puro, asexual? ¿Cómo iba a rechazar una decisión de un ser divino?

Permaneció de pie y dejó que le aplicase el aceite.

Jaime dio un golpe con la palma de la mano sobre la superficie de su escritorio, haciendo temblar todos los objetos que había encima.

Se levantó del asiento.

Caminó por la estancia de una pared a otra.

Volvió a tomar asiento.

Abrió su ordenador portátil y echó un rápido vistazo a las fotos de perfil de los inscritos a su próxima conferencia de *coaching*.

Seleccionó «Profesión». Una por una vio a las personas que asistirían.

En una ocasión supo de un oligarca ruso que, con el fin de ocultar su verdadera identidad, había puesto como profesión «emprendedor de *fitness*». En realidad, era un multimillonario con acciones en numerosos sectores.

Jaime lo investigó a través de una agencia de detectives de confianza.

El ruso quería asistir a su charla como un anónimo participante. Pero Jaime, sabedor de las carencias y debilidades personales del ruso, hizo una serie de comentarios específicos para despertar su atención. Al acabar, este le dijo la verdad sobre su pasado y comentó lo contento y satisfecho que había quedado por esa inyección de entusiasmo, adrenalina y optimismo para enfrentarse a la vida. Le hizo una donación de doscientos mil euros. Contantes y sonantes.

Cuando apareció la ficha de Pablo Carrasco y su hijo, Carlos, puso los codos sobre la mesa.

Al lado de la foto de perfil de Pablo, se leía «guardia civil». Debajo de la foto de su hijo se comentaba su enfermedad.

Con los dedos de ambas manos entrelazados, Jaime se quedó pensativo. En aquella familia había debilidad, escasez, apremio por obtener bienes materiales. Cogió el teléfono móvil y llamó a la agencia de detectives.

Averiguaría más acerca de ese tal Pablo. Estaba convencido de encontrar a la persona con quien llevar a cabo su venganza.

13

Eran una veintena de inquilinos los que vivían repartidos entre los quince bungalós de lujo que componían la urbanización.

Aquella tarde, durante la reunión de vecinos, se confirmó que la fiesta de la comunidad debía ser temática. Tras desestimar la propuesta de superhéroes, se llegó a la conclusión de que fuera con vestimenta hippy y accesorios divertidos como pelucas y otras extravagancias. Luego cada uno de ellos propuso sus canciones.

Ya que todos hablaban inglés y el ambiente era cosmopolita, decidieron que se cantara una canción en ese idioma.

Se metieron en el interior de un cuenco de cristal papelitos con los títulos de las canciones propuestas.

El presidente de la comunidad se llamaba Manolo, un hombre que rozaba los sesenta años, lleno de músculos y cuyo aspecto le hacía parecer diez años menor. Era el único inquilino de la urbanización de origen español. Vivía solo. Siempre iba acompañado de una joven escort que no superaría los veintitantos de edad.

Manolo, el cachas. Bronceado. Tenía unas mandíbulas anchas cargadas de testosterona que le formaban un rostro cuadrado. Parecía un luchador de la WWF. Los músculos inflados de los brazos, los hombros; el ancho y abultado pecho se marcaba a través de la camisa.

El tipo abusaba de los batidos de proteínas y seguramente de esteroides. Su obsesión por el gimnasio no tenía nada que ver con la salud. Era el típico hombre de mediana edad que decide hacer culturismo en un gimnasio con una tabla de ejercicios con la intención de recuperar un físico perdido durante la juventud.

Fue él quien sacó la canción elegida.

Cuando levantó el papel, aprovechó la ocasión para flexionar los músculos, sacar pecho y que todos los presentes lo vieran. Antes de leer el título de la canción ganadora, soltó un guiño a la mujer de un vecino, un beso al aire a su joven acompañante sentada entre el público y sacó a relucir su blanca mandíbula con una amplia sonrisa. A Dawood le exasperaba aquel hombre y su actitud chulesca de gigoló.

—Y la canción es… —imitó el sonido de un tambor, alargando más aún la impaciencia de todos los presentes—. *Goodbye Stranger* de Supertramp.

Todos aplaudieron, pero Manolo hizo una mueca de sorpresa, como diciendo «Qué mierda de canción». «¿Quién coño propuso tal pastiche?».

Una niña de unos doce años mostraba su alegría sonriendo de ilusión y aplaudiendo.

—Mi canción, mi canción —decía en voz alta.

Su madre la abrazó.

Manolo le echó una mirada fría que fue captada por Dawood, sentado una fila por detrás de la madre y la hija.

Se aprobó el presupuesto. Se mencionó a la empresa de iluminación y sonido, así como el catering. El tema de los aperitivos y las bebidas fue muy comentado. Todos eran adultos excepto la niña acompañada de su madre. De este modo se aprobó una marca de vinos, el tipo de cerveza, ciertos licores y otro tipo de bebidas alcohólicas más fuertes, como brandy y whisky.

Unos argumentaron que el espectáculo musical fuera karaoke, así después de la canción elegida todos podrían subirse al escenario y cantar otras canciones. Pero al final se concluyó que se contratase a un grupo musical profesional. Así, después de cantar la canción elegida, el grupo interpretaría la lista de canciones que todos habían propuesto.

Ahora solo faltaba confirmar quiénes iban a cantar la canción de Supertramp.

Manolo, como presidente de la comunidad de vecinos, se impuso en ser el vocalista, ya que dijo que su prominente tono de voz era el más adecuado y que la adolescente fuese parte del coro junto con otra persona más que faltaba elegir al azar.

La niña se quedó triste y lloró en brazos de su madre, quien mencionó que consideraba injusta la decisión, ya que había sido elegida la canción propuesta por su hija.

—La voz debe ser masculina y potente, para dar fuerza a la canción —argumentó Manolo a los vecinos.

Otros inquilinos estuvieron de acuerdo.

—Efectivamente, esto no es la festividad de fin de curso en un colegio —dijo uno.

—Así es, de hecho, ella es la única niña.

La madre se giró, fue una reacción espontánea, como si tuviera necesidad de desfogarse con alguien.

—No hay derecho a que se queden tan tranquilos quitando la ilusión a mi niña —dijo indignada, poniéndose un mechón de pelo moreno detrás de la oreja—. El propósito de este tipo de fiestas es pasar un buen rato.

Dawood se fijó en unas magulladuras en la parte superior de una ceja y un moratón en un pómulo. Había intentado disimular esas marcas con una aplicación excesiva de maquillaje.

—No te preocupes, que no tienen la última palabra.

La señora le miró con más atención y le preguntó:

—Disculpa, tu acento de inglés es distinto. ¿De dónde eres?

El semblante de Dawood no se alteró.

—Mi nombre es Steve —mintió de manera convincente—. Soy australiano, pero nací en Madagascar. Mis padres eran de Bangladesh, y emigraron allí siendo jóvenes. Vivo aquí con mi novia. —Se encogió de hombros—. No ha podido venir debido al trabajo.

—Yo me llamo Fatemah, y mi hija, Mina. Somos de Irán.

—Un placer.

—Bueno, creo que la decisión está tomada. Cualquiera lleva la contraria a ese hombre tan grande. De todos modos, somos minoría y no podemos cambiar la decisión final.

—Todavía hay tiempo. La palabra final no está dada.

Ella esbozó una sonrisa al tiempo que negaba con la cabeza, como dando a entender que estaba confundido, pero que le agradecía el gesto.

Una persona experta en violencia sabe que la gente emite señales. Puede ser una postura, un modo de articular las palabras, modo de caminar o cualquier otro lenguaje corporal. Aquella mujer escondía algo. Sin duda, era víctima de malos tratos. ¿Dónde estaba el marido? No se le veía por ningún lado.

Por este motivo Dawood se sentía como pez en el agua en distintos entornos sociales, sabía cómo tener un comportamiento neutro, sin exteriorizar sentimientos, cómo permanecer en el anonimato cuando se lo propusiera en todos ellos. Para él, constituía básicamente comprender las señales de identificación en las personas.

Levantó la cabeza para echar un último vistazo al musculado Manolo, que se movía entre los vecinos como si fuera una estrella de rock.

El gánster debe leer el movimiento corporal de su objetivo para estar seguro de que no emite señales de alerta por la presencia de un peligro inminente. De lo contrario, reconocería las intenciones del desconocido y este no podría acercarse, no podría matarlo.

Poco después de la reunión de vecinos decidió tener una reunión privada con el presidente de la comunidad.

Sabía dónde encontrar a Manolo, en el gimnasio de la urbanización.

14

En su oficina, Jaime Chopra se encontraba de pie, con las manos en los bolsillos, viendo su reflejo en un espejo de pared.

Estaba vestido de manera elegante. Pantalones de color beige, camisa blanca y chaqueta azul clara con un pañuelo en el bolsillo de la pechera. Su cabello, peinado pulcramente con raya a un lado.

Se acarició el cabello. Su peluquero, un conocido estilista e *influencer* de Marbella, le había recomendado el tono *bronde*, la combinación del color castaño, *brown* en inglés, y rubio. Según él, le pegaba con el tono de su piel. Le daba un aura *cool*, de atracción. Al fin y al cabo, tapaba la decoloración natural que había sufrido su cabello con el paso del tiempo. Si en su juventud era la copia de Alain Delon, ahora en su madurez era el vivo reflejo de George Hamilton.

Jaime se encontraba preparado para salir al salón de eventos, donde el público ya estaba llegando.

En el salón, un miembro de la Iglesia saibabista hablaba desde el escenario. Hacía una introducción edulcorada de la vida de Sai Baba mientras exponía diapositivas en una gran pantalla que iba cambiando conforme hablaba mediante un pequeño mando inalámbrico.

Aquella exposición introductoria antes de la anunciada charla de *coaching* se realizaba desde un escenario con un diseño de escenografía de lo más innovador y moderno, como si fuera un evento TED, la organización sin ánimo de lucro dedicada a difundir ideas en forma de conferencia, acrónimo de tecnología, entretenimiento, diseño.

Leyó en voz alta un texto reflejado en una serie de consecutivas diapositivas que mostraban en cada una de ellas al candor y pacífico avatar hindú Sai Baba, con su pelo afro y vestimenta naranja:

—*Yo he venido a encender la lámpara del amor en vuestros corazones, para hacer que cada día ilumine con renovado brillo. Yo no he venido en nombre de ninguna religión. Yo no he venido en ninguna misión de publicidad para ninguna secta, credo o causa; ni he venido a reclutar seguidores para ninguna doctrina. Yo no tengo planes de atraer discípulos ni devotos a mi causa o a ninguna causa. Yo he venido a hablarles de esta fe unitaria, de este principio espiritual, de este camino de amor, de esta virtud de amor, de este deber de amor, de esta obligación de amar*.

Mientras tanto en su oficina, en una planta superior, Jaime Chopra sacó una caja de un armario. En el interior había numerosas bolsitas de terciopelo y relojes de oro marca Festina de dieciocho quilates.

Cogió un reloj y lo observó, lo dejó y cogió una de las muchas bolsitas. Volcó con cuidado el contenido sobre la palma de su mano: piedras preciosas. Volvió a poner el contenido de vuelta.

Del interior de la caja cogió otra bolsita más grande y pesada y vertió el contenido de nuevo en su palma de la mano: anillos de oro.

Giró la cabeza y quedó pensativo observando un punto muerto.

El pasado tenebroso le vino a la memoria.

Los recuerdos volvieron a embargarle.

Tras aquel primer incidente, el joven Jaime no tuvo duda alguna de que el divino, el Dios, tenía una especial atracción por él.

Sai Baba había quedado prendado del joven español con hermoso rostro de efebo, afeminado, como una estatua de aquellos griegos que inmortalizaron la belleza humana.

Sin embargo, Jaime distaba mucho de sentir lo mismo. El gurú hindú tenía edad para ser su abuelo. «¿No está cometiendo una violación a mi cuerpo?», llegó a pensar en una ocasión.

La segunda vez fue el mismo proceso.

Una vez reunidos todos los cercanos devotos en una sala y hablar de temas espirituales durante un rato, el dedo de Dios se levantaba al aire y recorriendo las cabezas señalaba al elegido, Jaime.

Entonces, los fieles ayudantes de Sai Baba se aproximaban a su lado y le escoltaban a la pequeña habitación donde, a solas y sin testigos, el joven español experimentaba una progresiva degradación psicológica.

La tercera vez, la cuarta, la quinta, la sexta… continuó siendo el mismo proceso.

Sus encuentros privados comenzaron a ser más frecuentes. Su esbelta figura y aire de actor de cine no pasaban desapercibidos entre la multitud. Por eso en seguida se convirtió en el centro de atención de las personas más allegadas al santón.

Para el veinteañero Jaime, aquel dios ya no lo era tanto, era un depredador sexual. Había oído rumores de violaciones a menores en el pasado; de que un norteamericano había sido abusado sexualmente por Sai Baba constantemente durante mucho tiempo siendo un adolescente. Incluso había varios documentales en los que se preguntaban cuánto había de verdad en aquellas acusaciones.

Jaime sufrió una desilusión que tuvo varias etapas lo largo de los días: negación, duda, incredulidad, rechazo, pesar y, por último, indignación.

Él sabía la verdad. Aquel hombre que se hacía pasar por un ser divino era un demonio que debía de estar arrestado y encerrado entre rejas de por vida.

La concepción que tenía sobre su entonces dios se había desmoronado. Había sufrido una experiencia devastadora que lo había transportado de una prometida e inicial *moksha* (liberación) a un

infierno privado.

Pero había una inquietud que le abrumaba a diario. Hasta ahora solo le había tocado con las manos su cuerpo desnudo. ¿Y si fuera más allá de aplicarle masajes con aceite en los genitales? Porque ante sus ojos cada vez era menos divino y más humano.

Y ocurrió.

Un día fue llamado para una reunión privada.

—*Meeting. Meeting* —le dijo un acólito de dios.

En aquella ocasión, cuando estuvo desnudo frente a Sai Baba, este roció las palmas de sus manos de aceite y comenzó a masajearle los genitales. Como había sido costumbre hasta entonces. Pero luego se apartó y se quitó la túnica, mostrándose desnudo frente a Jaime.

El cuerpo de dios tenía una erección.

El cuerpo de dios era antiestético, feo, peludo, arrugado, con barriga.

El cuerpo de dios era desagradable a la vista.

En un acto de frenesí, Sai Baba se abalanzó sobre él y comenzó a besarlo.

Duró varios minutos. Jaime quedó paralizado, conmocionado.

Le obligó a darse la vuelta y agacharse, pero el cuerpo de dios era tan pequeño y débil que no pudo consumar el acto. Tuvo una débil eyaculación.

Compungido, le ordenó que se vistiera.

Dios estaba crispado, malhumorado consigo mismo. Era muy seria la situación, se encontraba decepcionado.

—Si cuentas a alguien algo de lo que sucede en esta habitación, ten por seguro que te quedarás sin pene.

Aquello asustó a Jaime. ¿El ejército de fieles ayudantes le cortaría el miembro como venganza? ¿O se le desprendería el miembro del resto del cuerpo sin más? No le quedó clara su amenaza pronunciada en inglés entrecortado, pero la advertencia quedó grabada en su mente.

Cuando salió de la habitación y cruzó la sala adyacente, esta estaba llena de devotos ansiosos por obtener una entrevista privada con el divino. Había seguidores que tenían asumido que solo podrían ser llamados a una reunión privada después de muchos años de peregrinación al *ashram*.

Aquellos cientos y miles de personas que a diario se agolpaban en la sede de la organización religiosa para escuchar los rezos y doctrinas del supremo, jamás podrían imaginar lo que sucedía en la habitación pequeña.

En vez de denunciar los hechos, en vez de huir corriendo de vuelta a España, decidió, desde su posición privilegiada, investigar a aquel fraude, al dios encarnado de pelo afro.

El ser humano que se llamó a sí mismo el Avatar de Avatares demostró ser un simple sujeto con deseos sexuales por muchachos jóvenes.

Era un hombre que mintió al mundo entero usando el nombre de dios y el amor como herramientas.

Un hombre que usó el conocimiento y la sabiduría de otros como propios y pretendía ser «una luz de guía para la humanidad».

Entonces fue cuando Jaime acabó dándose cuenta de que la Iglesia saibabista era un entramado de intereses, de afán por el poder, por el dinero, la miseria humana jugando nada más ni menos que con la palabra «dios».

—No trates de entender mi divinidad porque no podrás hacerlo —le dijo en una ocasión a Jaime—. Tú, como los demás, tienes limitada la mente. Resígnate a aceptarlo y vivirás mejor.

Como un experto de venta, Sai Baba se atrevía a realizar diagnósticos al aire de predicciones y problemas que cualquier persona corriente independientemente de su sexo y nacionalidad pudiera tener: «Debes visitar al médico y hacerte un chequeo». «¿Por qué estás preocupado? No seas impaciente. Todo llegará en su momento. Continúa tu camino».

Pregonaba soluciones lógicas, vinculadas a la causalidad. Pero que, viniendo de él, eran calificadas de carácter espiritual. «Si no te gusta tu vida, tu rutina, tu estado de ánimo, muévete. No eres un árbol».

El «divino en forma humana» durante sus sesiones de media hora con la multitud y en sus reuniones con grupos selectos, de forma rutinaria decía los mismos comentarios, consejos y preguntas genéricas.

Pero Jaime sabía la verdad. «Tan solo tiene que mantener el halo místico y divino. Sus ayudantes se guardan de que no pierda esa aura de cara al público».

Jaime observó con más atención y pudo percatarse de que Sai Baba jugaba a ser dios. Sacaba anillos y piedras preciosas con absoluta maestría de las mangas de su vestimenta. Pero los devotos creían que hacía aparecer objetos de la nada.

En aquellos eventos públicos simulaba sufrir espasmos que acompañaban a desagradables gestos de arcadas que anteceden al vómito. La gente sorprendida quedaba expectante de lo que pudiera suceder. Entonces, la divinidad se llevaba la mano a la boca y sacaba un huevo de oro, un reloj o un anillo.

Lo que los demás, con esa superstición inquebrantable, interpretaban como esplendores gestos de magia, Jaime lo denominaba maquinaciones burdas para engañar a la gente haciendo uso de trucos de feriante ambulante: los objetos los llevaba escondidos

entre las manos.

Tenía a un grupo de personas que le protegían y cuidaban en diferentes niveles. No más de diez personas, que habían permanecido por décadas con el Sai Baba. Esta gente le cubrían los aspectos más serios y la asistencia más activa. En su mayoría todos eran de nacionalidad india. Este era el grupo que precisamente tenía un control total de los fondos económicos y que respondía solo y directamente a Sai Baba.

Luego había otros grupos que se ocupaban de manejar fideicomisos encargados de mantener viva la imagen de Sai Baba en el extranjero.

Algunos de ellos creían que el santón era verdaderamente poderoso y divino y, por tanto, actuaban con creencias mal guiadas.

Pero otros acólitos conocían la verdad de lo que estaba sucediendo y solamente cumplían con su papel para recibir promociones como lo harían en cualquier otro negocio, empresa, multinacional.

Un día en la cantina, Jaime se atrevió a mencionar lo sucedido a un amigo.

Era norteamericano, el típico seguidor que creía que Sai Baba era la reencarnación del dios Shiva, un devoto que no dudaba en tocar y besar los pies de la divina encarnación con gran fervor.

Le abordó pronunciando el saludo de los devotos, las palabras mágicas, el buenos días de los fieles:

—*Sai Ram.*

—*Sai Ram.*

Respiró hondo y lo soltó de golpe.

—*Swami* (el maestro) me ha puesto aceite en las partes íntimas.

Miró a los lados antes de hablar.

—Esas cosas no se dicen en voz alta, Jaime. Debes guardar en privado, en lo más recóndito de tu ser, tus experiencias con *Swami*. Las enseñanzas que comparta contigo de manera particular guárdatelas, no se comparten.

La reacción del norteamericano fue un bofetón que lo despertó a la realidad.

—¿Qué enseñanzas? Te he dicho que me ha restregado aceite en los testículos, en los huevos, joder.

El norteamericano no pudo esconder su aspecto de sorpresa al escuchar semejantes comentarios. Pero no por el hecho, sino por la actitud del español, por cómo este lo interpretaba.

—¿Y qué? —inquirió él secamente, lanzándole una mirada fulminante—.Serán aceites sanadores. ¿No te das cuenta de que te está protegiendo de males mayores? —Le observó con frialdad, con una mirada que mostraba desagrado—. Tenía más estima por ti, Jaime. De

verdad. No seas ingrato. Agradecido debes de estar por tener *meetings* privados con dios.

El joven español recibió un segundo bofetón que lo despertó de nuevo a la realidad. Si ya la imagen del mito se había desmoronado, ahora se percató de los costosos edificios nuevos que se construían en las dependencias de la organización religiosa.

Un día vio con sorpresa a Sai Baba saliendo de un potente y lujoso Jaguar. Otro día se montaba en un nuevo BMW recién salido en el mercado, de la línea más costosa.

Entonces fue cuando se dio cuenta de que su interés en que todo el mundo supiera que aquel hombre feo, pequeño, peludo y depravado sexual con serios daños psicológicos era un poderoso demonio, disfrazado de santo legítimo, sería una lucha quijotesca que no le llevaría a ningún sitio.

Se dio cuenta de que era imposible que el supuesto ser divino pagase por sus tropelías.

Por este motivo debía aprovechar su actual posición. Sí. Sacaría provecho económico. Sí.

Si Sai Baba estaba interesado solamente en su autoglorificación, nombre y fama. Si era un maestro de la decepción, él también lo sería.

Él volvió a España. Pero antes solicitó la exclusiva representación de la Iglesia saibabista en España. Desde su fundación en Marbella, Jaime Chopra blanqueó dinero y defraudó por doquier.

Durante los siguientes años supo de las denuncias de otros jóvenes que acusaban a Sai Baba de ser un depredador sexual, aireando los casos en los medios de comunicación de Australia, Estados Unidos o de Suecia, de donde las víctimas procedían.

Frente a las acusaciones de abuso sexual los devotos más acérrimos y el grupo más allegado alrededor de Sai Baba solía contrarrestar los cargos de dos maneras.

Uno: simplemente denunciándolo como un ataque antihindú, especialmente porque la mayoría de los que hacían los cargos alegaban que eran extranjeros; por tanto, unos blancos imperialistas que les gustaría ver al indio bajo sus botas.

Dos: argumentando que todo lo que Sai Baba hacía en privado era «una enseñanza».

Y aun cuando el santón hindú estuviera haciendo algo que pareciese inmoral o malo, ellos alegan que lo hacía por un propósito y, por lo tanto, no podía ser cuestionado.

Jaime sacó de la caja el recorte de un periódico en inglés, *The Guardian*: «*Sai Baba, spiritual guru to millions dies at 85*». Dejó el artículo de vuelta.

Fueron más de veinte encuentros privados que tuvo con el dios hindú, en los que le obligó a practicarle sexo oral, presionando su cabeza. Él también tenía que introducir el pene en su boca. Él, dios, lo disfrazaba como «una experiencia energética de prima necesidad».

Cerró la caja y la dejó en su sitio.

Se quedó de nuevo meditabundo.

En una ocasión, tras hacer aparecer de la nada en público una cadena de oro que en realidad sacó del reposabrazos de su enorme sillón, miró al joven español y le sonrió.

Aquella farsa de que podía hipnotizar a una multitud y materializar relojes, cadenas o anillos de la nada realizando movimientos circulares al aire era una patraña comparable a la actitud de los charlatanes de la medicina en el Lejano Oeste americano, que no tenían escrúpulos para anunciar curas milagrosas y vender sus pócimas caseras.

Cuando le echó esa pícara mirada tras aquel momento mágico, Jaime percibió que aquel charlatán, vendedor de humo, le mandaba un mensaje: «Menuda tomadura de pelo. Todo esto no es más que un espectáculo en el que yo juego con la psique de la gente ignorante, inocente, ingenua, tonta, supersticiosa, vacía de conocimiento, carente de lógica y necesitada de ayuda psicológica. Tú lo sabes porque te estás dando cuenta. Y tendrás razón en lo que pienses de mí, pero me lo estoy pasando muy bien, divinamente, valga la redundancia».

Ahora, Jaime Chopra se vengaría.

Era su momento de magia.

Él haría desaparecer el dinero del más acérrimo devoto de Sai Baba, de la narcodictadura de Nicolás Maduro.

Un empleado del *Event Planner* encargado de planificar el evento tocó a la puerta, avisando de que era el momento del inicio de su esperada conferencia.

15

Que a estas alturas de su vida se dedicase a la hipertrofia muscular levantando pesas y llenándose de músculos a base de batidos, hacía pensar en aventuras con mujeres más jóvenes, un intercambio de sexo a cambio de regalos lujosos, como una joya, un fin de semana en una habitación de un hotel de lujo con todo pagado o el pago de la factura en una tienda de ropa cara.

En una ocasión Dawood escuchó a unos vecinos hablando de Manolo. Estaban convencidos de que era la persona más idónea en dirigir la urbanización porque tenía carácter, decían.

No hacía mucho le vieron estallar en una injustificada y abrupta violencia contra un hombre que había sido invitado por un residente a hacer uso de las instalaciones. El argumento era que no había limpiado los mangos de los reposabrazos de una máquina elíptica de cardiovascular.

Según contaron, fue un empleado de mantenimiento que al oír los gritos de socorro acudió corriendo al interior del gimnasio y se encontró al hombre acurrucado en el suelo, intentando protegerse del aluvión de puntapiés que le propinaba Manolo.

—Esta es la única manera de que la gente entienda que debe ser respetuosa con la propiedad de la comunidad —argumentó un vecino —. Al fin y al cabo la mensualidad que pagamos por el mantenimiento es desorbitada.

—Mano dura se necesita. Sí, señor —le secundó el otro— Manolo es el mejor presi que pudiéramos tener.

Dawood entró en el gimnasio.

Aparatos modernos para el levantamiento de peso, diseñados por una empresa líder en el mercado para aislar los músculos del cuerpo que ni siquiera la gente sabía que existían o más bien, muy poca gente.

Lo vio y registró en su cerebro: ventajas, fuerza bruta y experiencia en violencia agresiva y descontrolada; desventajas, falta de autocontrol.

Por mucho músculo hinchado que tuviera, sus debilidades eran mayores que sus fortalezas.

En aquellos momentos Manolo levanta unos ochenta kilos en *press* banca.

Aprovechando la oportunidad Dawood se acercó.

—Te echo una mano —dijo situándose detrás, al pie del banco—. Yo te hago de asistente.

—Hombre, muchas gracias —dijo, aliviado.

Después de una tanda de diez, Dawood le ayudó a colocar de

vuelta la pesada barra en el soporte vertical.

—Qué fuerza tienes. Seguro que eres capaz de levantar más kilos.

Manolo estaba cargado de adrenalina, y tras contar tres y aspirar y suspirar ruidosamente, espetó:

—Voy a poner más peso.

Inmediatamente cogió dos discos de quince kilos y los colocó en cada punta de la barra. Se dejó caer en el banco e hizo varias exhalaciones.

Dawood pudo ver que su ego ya estaba en funcionamiento, quería demostrarle lo fuerte que estaba.

Entonces se echó de espaldas y cogió la barra.

—Uno, dos y tres —dijo.

Dawood le ayudó a levantarla con ambas manos, equilibrando la barra sobre su abultado pecho.

Cuando iba por la segunda tanda, por mucho cargado de esteroides que estuviera, sus músculos temblorosos por el esfuerzo no le iban a permitir conseguir levantar la barra sin ayuda.

Entonces Dawood empujó hacia abajo, depositando la barra en el cuello de Manolo. Él gritó e intento zafarse violentamente hacia los lados, pero el peso era tal que la barra le mantenía completamente inmovilizado.

Los ojos de Manolo se le salían de las órbitas buscando los de Dawood. Sus brazos hinchados de venas se sacudían por el agotamiento. Una vena sobresalió de tal manera en la frente que parecía que fuera a estallar. Iba a morir. Soltaba bufidos por la nariz y con los labios apretados gruñía con todas las fuerzas que le quedaban.

Intentó levantar las piernas, pero Dawood se giró con rapidez, y frente a él, le puso una rodilla encima del pecho, presionando su espalda contra el banco.

—Vas a hacerme un pequeño favor, o tu vida se acabará en un instante… —amenazó Dawood con los dientes apretados al tiempo que mantenía presión a la barra—. Y tu muerte se declarará como un imprevisto accidente debido a tu imprudencia.

Atrapado bajo la barra, él hizo un gesto con la cabeza, dando a entrever que asentía. Sus brazos temblaban con mayor violencia.

—Dejarás cantar a la niña su canción.

Manolo le miró a la cara desde abajo, sorprendido. Parecía expresar su desconcierto, ¿Aquella agresión física era solo por eso? Movió la cabeza con la intención de expresar que sí, que estaba de acuerdo.

Enseguida un olor a excrementos invadió la zona. Se había defecado debido a que el sistema nervioso había irrumpido en sus actividades corporales, como el control del esfínter.

Dawood lo consideró un sí, y soltó la barra.

Manolo cayó al suelo. Empezó a decir algo, y luego tuvo una arcada. Se puso de rodillas y vomitó.

16

Se movía por el escenario con absoluta profesionalidad; sabía cómo cautivar a una audiencia de una manera extraordinaria.

Hablaba a través de un fino y moderno micrófono sujeto alrededor de su cabeza, de tal modo que mantenía libres las manos.

—Debes de hacer las cosas pequeñas como si fueran lo más importante. —Jaime se quedó plantado frente al público y señaló a algún punto—. De otro modo, ¿cómo harás las cosas grandes de manera correcta, eh? ¿De qué os hablé hace un instante? —La gente quedó expectante; entonces señaló a alguien del público— Dígamelo usted. Adelante. Hable sin miedo.

—Del valor —contestó en voz alta la señora, muy segura de sí misma.

—Efectivamente. Y es eso lo que se necesita para enfrentarse a la negatividad, al «No puedo». A luchar contra esos muros que te impiden conseguir tus objetivos. Con valor puedes alcanzar lo que te propongas y echar abajo los muros que te has construido tú mismo por haber negado tus capacidades para afrontar tus metas.

»Con valor consigues vencer al «No puedo» y derrotarlo. Y el valor está dentro de cada uno de vosotros. Tenéis que buscarlo, y cuando lo encontréis os daréis cuenta de lo fuertes que sois. En este mundo tan competitivo hay que ser soldados. Tenéis que pensar en sobrevivir e ir ganando a diario pequeñas batallas para salir victoriosos en la guerra. Tenéis que ser soldados para vencer el dolor y la decepción, pero al mismo tiempo para ayudar a levantarse a aquellos que tenéis alrededor e infundirles esperanza y decirles «No estáis solos».

»Soldados que inspiran. Soldados que sobreviven. Soldados que no temen por su destino porque conservan la esperanza y rezan a Dios para que les ayude a sobrellevar la carga y conseguir el éxito. Soldados de Dios que aspiran a la grandeza, que nunca renuncian a sus sueños porque son tenaces en la adversidad y saben que sus vidas se convertirán en aquello que decidan y así conseguir una vida maravillosa.

»Y yo os digo hoy que todos vosotros podéis levantar la cabeza y mirar al futuro con esperanza porque sois soldados de Dios que siguen adelante y no perecen en la batalla. —De repente se quedó quieto e hizo un gesto mojigato—. Me vienen a la mente las palabras de Sai Baba, como eco de sabiduría, cuando me dijo en la India: «Jaime, recuerda, la vida es una canción, canta. La vida es un juego, juega. La vida es un desafío, peléala. La vida es un sueño, disfruta el día a día. La vida es un sacrificio, persiste en conseguir tus metas. La vida es

amor, disfrútala». —Dejó pasar unos segundos y cambiando de carácter a un tono más expresivo añadió—: Y yo os digo a cada uno de vosotros que podéis ganar la guerra. El único enemigo que existe sois vosotros mismos.

Tras la conferencia que duró casi dos horas ante un público de cerca de cien personas, fueron muchos lo que se le acercaron para que les firmara autógrafos en fotografías de Sai Baba, y en folletos de la organización, además de tomarse fotos con él.

Sin embargo, Jaime no quitaba ojo a Pablo y a su hijo. Hizo un comentario a un coordinador del evento y este se aproximó a ellos.

—El señor Chopra quisiera hablar con usted.

Pablo había quedado impresionado por la habilidad y la capacidad de atracción de aquel conferenciante. Había oído de las charlas TED con oradores muy capaces. Había visto algún vídeo en YouTube que se había hecho viral. Pero nunca había asistido a ninguna conferencia en vivo de *coaching* de ese tipo. Había quedado impresionado.

—Por supuesto —contestó sin más dilación—. Pero necesito que eche un vistazo a mi hijo.

—Claro. Mientras, puede mirar otra conferencia grabada del señor Chopra —dijo mostrando un ipad; se sentó al lado de Carlos y sosteniendo el aparato lo encendió.

Jaime se deshizo lo más rápido posible de la gente, firmando, sonriendo, dejándose tomar selfies.

Al ver a Pablo acercarse, le saludó de manera muy afectuosa y este mostró su satisfacción.

—Me ha encantado su conferencia, señor Chopra.

—Llámame Jaime, y de tú a tú—dijo levantando al aire las palmas de las manos—. Quiero hablar contigo de manera privada. Sentémonos aquí.

Tomaron asiento en un rincón apartado. Mientras, algún que otro miembro del público se acercaba tendiéndole una foto de Sai Baba, y él la firmaba, devolviendo la imagen con una sonrisa.

Jaime habló flojo.

—Te voy a ser franco y directo. Me da igual cuál será tu primera reacción. —Sacó de su bolsillo un teléfono móvil y se lo entregó con disimulo—. Toma. Guárdatelo en el bolsillo.

Pablo, sorprendido, hizo lo que le dijo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me ayudes a apoderarme de veinte millones de dólares.

Pablo se levantó como si un rayo le hubiese impactado en ese mismo instante a la altura de los pies.

—Lo siento, creo que te has confundido —dijo entre dientes.

Miró alrededor, podía ser una trampa, su corazón comenzó a palpitar con fuerza. Le estarían grabando. Entonces, alguien habría hablado. «Igual el teniente. Mierda». Alzó la cabeza y vio a su hijo Carlos distraído con el ipad.

Jaime se levantó también.

—No me he confundido. Sé quién eres. Sé que necesitas dinero, y mucho. Yo te ofrezco un trabajo por el cual recibirás tal cantidad que podrás vivir con tu hijo de la forma más cómoda que jamás hayas podido imaginar.

Pablo estaba helado.

—¿Qué es esto? ¿Un chantaje?

—No. Jamás haría tal cosa. Sé que estás implicado en el escándalo que han aireado los medios de comunicación recientemente sobre la detención de policías en una supuesta trama de crimen organizado. Pero no existen pruebas que te impliquen en ese tipo de actividades.

—No quiero seguir escuchando.

Hizo amago de alejarse, pero Jaime le agarró por el codo y en esta ocasión habló muy rápido.

—Vale. Conozco las actividades en las que has estado implicado. No tienes por qué decir nada. Sé que eres una persona honesta y trabajadora —señaló a Carlos—, y que tu motivación reside en ofrecerle una vida con todas las comodidades posibles.

Pablo siguió dando muestras de estar incómodo. El corazón le palpitaba con fuerza. «¿Me han pillado? Dios mío…».

—Si esto ha sido una trampa planeada por los de Asuntos Internos, dímelo ya.

—¿Asuntos Internos? Estás confundido. Primero, cálmate, respira hondo. Yo no voy a hablar con nadie sobre ti.

—Te has equivocado de persona —dijo, tajante.

—No, no lo he hecho. Tú necesitas ese dinero tanto como yo. Te estoy ofreciendo la posibilidad de ser millonario. Piénsalo despacio y si tomas una decisión, me llamas a través del móvil que te he dado. De lo contrario, tan pronto salgas de aquí eres libre de tirarlo a la papelera y olvidarte de lo que te he dicho.

Dos señoras mayores se acercaron comentando en voz alta que acababan de volver de un viaje a la India, pero que solo habían estado en Nueva Delhi y en Agra.

—El Taj Mahal, ¡qué bello, señor Chopra! —dijo una de ellas poniendo las manos juntas, a la altura del corazón.

—Señor Chopra, ¿qué itinerario deberíamos hacer para visitar el *ashram* de Sai Baba? —preguntó otra.

Aquel momento lo aprovechó Pablo para alejarse. A su espalda escuchó a Jaime cambiar de tono de voz, entablando una alegre y

optimista conversación con aquellas dos mujeres de su público.

17

Sara estaba viendo una revista de decoración.

Llamaron al timbre.

Sara fue a abrir. Vio por la pantalla que transmitía la cámara de seguridad que se trataba de una niña.

—Hola —le saludó al abrir la puerta.

—Hola, me llamo Mina. ¿Está Steve?

Sara sonrió.

—¿Steve? Sí, pasa.

Al entrar en el salón, la invitó a sentarse.

—¿Quieres tomar algo?

—No, muchas gracias. Necesito hablar con Steve.

—Sí, un momento. Voy a llamarle.

Sara fue corriendo al jardín.

Encontró a Dawood poniendo unos clavos en una tabla de madera. Él era un hombre de mucho talento, aunque de escasas aficiones. No solía ir al gimnasio y se entrenaba en casa con pesas rusas, de veinte y veinticuatro kilos. No le gustaba jugar al tenis, al pádel ni al golf. Ir a playa le aburría, excepto si no era para ir a darse un rápido chapuzón y hacer unos largos a media tarde o, en invierno, disfrutar de largos paseos por la orilla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—Una caseta para un perro.

—Si no tenemos perro.

—Bueno, para cuando lo tengamos.

—Ah, no —meneó la cabeza—. De momento no quiero perros.

—Cariño, los japoneses dicen que trabajar la madera relaja y alivia el estrés. —Ella se cruzó de brazos. Él creyó entonces darle una explicación más sincera—. De acuerdo, es para el perro de la señora mayor que vive en el bungaló junto a la piscina. Compré estas maderas de mango en una tienda de bricolaje y pensé… —Vio que Sara no le prestaba atención—. ¿Qué pasa?

—La niña de la que me hablaste te espera en el salón. Me imagino que quiere darte la noticia de que será ella quien cante.

Dawood sonrió. Fue al salón.

—Hola, hola, hola —repitió alegremente nada más verla.

—Hola, Steve —respondió ella, poniéndose en pie.

—¿A qué debo esta agradable visita?

—Mira —le dijo mostrando unos papeles.

Dawood los leyó: era la letra de su canción propuesta.

—¿Sí? –preguntó, haciéndose el despistado.

—Voy a cantar. El presidente ha cambiado de opinión. Se lo dijo

a mi madre.

Dawood le tendió las hojas.

—Me alegro mucho, de verdad. —Miró a Sara con la intención de hacerla participe de su alegre sorpresa.

Ella negó con la cabeza.

—No, esa es tu copia. Quiero que cantes conmigo. Me harás de coro.

Dawood dejó de sonreír. Desde el otro lado de la estancia Sara aguantó la risa.

—Pero si yo no sé cantar —protestó con un tono lastimero.

Sara le granjeó una mirada de tibio reproche.

—No importa —replicó Mina muy contenta—. Eso lo hago yo. Tú me haces de coro. Aquí tienes señalada con fluorescente tu parte: *Goodbye stranger it's been nice / Hope you find your Paradise / Tried to see your point of view / Hope your dreams will all come true / Goodbye Mary, goodbye Jane / Will we ever meet again / Feel no sorrow, feel no shame / Come tomorrow, feel no pain*. Y después estas otras palabras entre paréntesis que las cantas al mismo tiempo que yo canto otras.

Dawood aspiró hondo. No sabía cómo decirle que no iba a cantar.

—La verdad es que…

Sara se adelantó, señalando a Dawood.

—Estoy segura de que escuchando muchas veces la canción sabrás tu parte de memoria y aunque tu voz no suene muy profesional, lo harás magníficamente. —Dawood hizo amago de protestar, pero ella continuó mientras acompañaba a la niña a la puerta—: Mina, gracias por confiar en él. No te defraudará.

—Muchas gracias. Te lo agradezco.

Cuando se encontraron solos en el salón, Dawood arrugó las hojas.

—Quiero irme de esta urbanización cuanto antes. —Alzó la mirada hacia Sara—. ¿Qué pretendes? ¿Dejarme en ridículo? Podrías haberle dicho que cantabas tú con ella.

Ella no dejaba de reír. Aquella situación se le antojaba verdaderamente cómica. Mientras se acercaba a él, comenzó a murmurar el estribillo de la canción. Se agarró a su cuello y comenzó a cantar mientras movía el cuerpo suavemente junto a él.

—*Goodbye stranger it's been nice / Hope you find your Paradise / Tried to see your point of view / Hope your dreams will all come true…*

Cuando Dawood habló su tono fue confiado y medido.

—Vale. Siempre te sales con la tuya. Haré lo que me digas.

Ella sonrió.

Se besaron.

TERCERA PARTE

18

Los investigadores descubrieron un mundo más inquietante tras el robo de droga en el puerto de Málaga.

En las escuchas telefónicas iba apareciendo el nombre de una persona que hacía de correo. Lo identificaron como un taxista.

Cuando fue interrogado declaró que un guardia civil sabía que él vendía cocaína, pero que no le detuvo a cambio de que se hiciera confidente. Esto sin mediar el fiscal de por medio. ¿Quién era ese guardia civil? No sabía su nombre, pero sí que tenía un cargo alto en el cuartel de Marbella.

Este taxista dijo encargarse entre otras cosas de llevar a amigos del tal agente a prostíbulos. Habló de la desaparición de mujeres, una de origen colombiano y otra brasileña.

Poco a poco el entramado fue cayéndose por su propio peso. La familia de un detenido fue amenazada. Los rencores y los medios estallaron, acompañados de coacciones y presiones internas.

Viendo que el barco se hundía, todos los detenidos comenzaron a hablar para salvarse de una pena mayor: colaboración con la justicia lo llamaban.

Los trapicheos salieron a la luz. Contratos públicos se firmaban en discotecas, un sargento favorecía al grupo mafioso de la Benemérita anotándoles horas extras en días festivos que no hacían y luego cobraban. Un sinfín de tipos de actividades delictivas propias de una película de serie B de sobremesa.

Era tan escandaloso que no pudieron evitar el círculo mediático que se produjo en los medios de comunicación.

No se sorprendió cuando por la noche vio en la televisión las noticias hablando de la detención del teniente.

La pierna derecha comenzó a temblarle sin control.

—Mierda. Se ha ido todo a la mierda.

Las palabras del periodista le dejaron helado.

—Un confidente denuncia una organización mafiosa dentro de la Guardia Civil, que a cambio de dinero en metálico aseguraba alijos de droga… La caja de Pandora se ha destapado y Asuntos Internos investiga unas supuestas estafas e intimidación a trabajadores extranjeros, matrimonios amañados con prostitutas para obtener la nacionalidad, con abogados y notarios de por medio… Tráfico de drogas… En el cuartel de la Guardia Civil en Marbella, un teniente coronel implicado… Además, la comandancia de Málaga barrunta sospechas de actuaciones irregulares por parte de su comandante…

Se levantó. Apagó el televisor, tiró el mando al sofá y puso las manos sobre su cabeza.

¿Qué iba a hacer ahora?

Saltaron todas las alarmas. Aquella noticia le daba malas vibraciones. Estaba totalmente claro: todo se había ido a la mierda. Ya no habría posibilidad de vivir con Carlos en un lugar mejor.

Fue al cuarto de su hijo. Estaba durmiendo.

Vuelta a la sala de estar. Terror. Pánico. Confusión total. ¿Qué paso debería dar? Miró por la ventana. El cielo estaba gris, se preveían lluvias para toda la semana.

El salario normal que obtenía al mes no se acercaba ni por asomo a la cantidad de dinero que sus compañeros de la Guardia Civil conseguían trapicheando con drogas o realizando actos delictivos. Su salario era un escupitajo a la cara. Y si seguía pensando, llegaba una vez más a la conclusión de que ni a sus superiores, ni a la sociedad, ni a los políticos les importaba un rábano.

No. No se arrepentía de lo que había hecho con el teniente. Estaba seguro de que él no le delataría. No mencionaría su participación. Era consciente de que con los contactos que tenía en el bolsillo, el teniente sabría cómo salir airoso de aquella situación.

Pero ¿y él? Ahora que ya no habría posibilidad de conseguir dinero de una manera rápida y eficaz, ¿qué haría?

Había mentido a su hermana. Le había dicho que estaba trabajando de jefe de seguridad en la empresa privada de un conocido y cobraba cuatro veces más que el salario que recibía de guardia civil.

Recordó su niñez. Vivian en un pequeño apartamento de protección oficial. Los muebles eran muy austeros, desgastados y limitados. Pablo estaba con su hermana sentado frente al televisor como ahora, como hacía escasos minutos, excepto que el televisor de entonces era una caja cuadrada y no una pantalla plana. Veían dibujos animados de la Warner Bros cuando su madre llegó a casa.

Recordó cómo la encontró. Más ajada. Más cansada. Ese día fue cuando se dio cuenta de lo fuerte que era su madre. A su padre nunca lo vio. Tras dejar embarazada a su madre él desapareció. «Se fue a por cigarrillos», como solían decir.

Ella educó sola a sus hijos. Iba por la vida matándose a trabajar.

Cogía todas las horas extras que podía para que a sus hijos no les faltara nada. Sus arrugas iban siendo cada vez más profundas y numerosas en el rostro ya envejecido. La espalda cada vez más encorvada.

En una ocasión se encontraba tan mal de dinero que acudió al párroco de la iglesia vecina.

Después de escuchar su súplica el sacerdote católico solo le dijo «Vete con Dios». ¡Vete con Dios! Ni siquiera la recomendación de una persona, institución u organización a la que acudir. ¡Miserable! ¡Desgraciado!

A su madre la consideraba la persona más buena en el mundo. Además era muy devota de la Iglesia católica. No era justo el desprecio que sufrió.

Años más tarde le contó a Pablo aquel episodio, ya que había leído en la hoja parroquial que aquel antiguo sacerdote de la iglesia del barrio había sido nombrado obispo.

Desde entonces él no puso un pie en la iglesia.

—Mamá, voy a estudiar para ser guardia civil —le dijo un día.

Ella farfulló algo como respuesta de camino a la cocina para preparar la comida. El alzhéimer la fue debilitando poco a poco en una primera fase, y en un momento dado, de manera rápida hasta desencadenar su muerte.

Su matrimonio fue civil. Cuando nació su hijo y fueron apareciendo los problemas en su crecimiento, maldijo su mala suerte. Maldijo a Dios, a la Iglesia católica y a todo lo que representaba. No se lo merecía. «Maldito seas, Dios».

Tan solo hacía unos días que había estado soñando con abandonar aquel piso en la periferia de Marbella, venderlo y vivir con todas las comodidades posibles con su hijo Carlos en otro lugar. Las reformas en el apartamento se habían llevado a cabo. Había pedido créditos.

No iba a llegar a fin de mes. Caía en picado y no habría red que lo sostuviera del batacazo que se iba a pegar.

Pero no podía permitir que en la caída al vacío su hijo fuera arrastrado con él.

No, no lo permitiría. Tenía voluntad. Al contrario que su madre, que se mató a trabajar pero que nunca pensó en salirse de lo establecido, él tenía aún el derecho de elegir. Él elegiría salir de aquella situación.

Se tranquilizó. Sacó de un cajón el aparato móvil que le había dado Jaime Chopra. Lo dejó encima de la mesa. «La vida se reduce a un número de momentos claves y este es uno de ellos», se dijo a sí mismo.

No iba a haber vuelta atrás. Su compromiso estaría al cien por cien.

No iban a ir a por él.

No caería.

Triunfaría.

Viviría una vida mejor con Carlos.

Cogió el teléfono móvil. Lo apretó con rabia con la mano.

Marcó.

Su vida tomó una nueva dirección.

19

Sara y Dawood estaban acurrucados en el sofá disfrutando de una película.

El jefe de la banda, el carismático Butch Cassidy, protagonizado por Paul Newman, invitaba a montarse en el manillar de la bicicleta a una joven Katharine Ross.

Comenzaba a sonar la canción cantada por B. J. Thomas, *Raindrops Keep Falling on My Head*.

—Voy a coger más palomitas —dijo Dawood poniéndose de pie, sosteniendo un ancho cuenco.

De repente, se quedó quieto e hizo un gesto a Sara levantando una mano.

—Baja el volumen —susurró.

Algo sucedía en el bungaló de al lado.

—¿Hablan en árabe?

—Persa.

—¿Qué sucede? ¿Pelean?

Dawood puso el índice en el labio y prestó atención.

—«Me haces daño», dice Fatemah. «Eres una puta», dice un hombre.

—¿Quién le dice eso?

—Supongo que su marido.

Se oyeron una serie de golpes, gritos y lloros.

Dawood continuó traduciendo las frases sueltas. Fatemah decía que no había hecho nada, pero él seguía acusándola de haber ido fuera sin cubrirse la cabeza en alguna ocasión y de vestir con ropa ajustada. La acusaba de intimar con un hombre. Ella argumentaba que solo había intercambiado unas breves palabras con él. Enseguida quedó en silencio.

—Bueno, quizá hayan llegado a una reconciliación —comentó Sara—. No comprendo cómo tantas mujeres árabes permiten que sus hombres las maltraten.

—No son árabes. Son persas.

—Bueno, pues persas. Deberían saber cómo devolverles los golpes. Hacer algo al respecto, es lo que quiero decir.

—Creo que han ido a otra habitación.

Pasaron unos minutos. Dawood mostraba su disgusto.

—¿Crees que debemos llamar a la policía?

—Si llamamos a la policía, me pedirán mis datos.

—Llamo yo.

—No. Deja a la policía a un lado.

Sara se repantingó en el sofá, sentándose de rodillas.

—Ah, no. Tú no puedes derribar una puerta y entrar en casa de un vecino. Ni hablar. No te lo permito. Entonces sí que tenemos a la policía a las malas contra nosotros.

—Si continúa golpeándola no me voy a quedar sin hacer nada. —Al cabo de un instante, añadió—: Quizá mañana podrías hablar tú con ella y mirar a ver de qué forma podemos ayudarla.

—Por supuesto. Lo haré.

Pasó media hora.

Continuaron viendo la película acurrucados en el sofá frente al televisor.

Volvieron a oírse los gritos al otro lado de la pared. A las claras, a esa mujer la estaban maltratando físicamente.

Apagaron el volumen. Sara y Dawood se miraron mientras oían ruidos sordos, lloros y gimoteos.

—Uf, esto se está yendo de las manos —dijo Sara—. ¿Llamo a Manolo, el presidente de la comunidad?

—¿A ese musculitos blandengue? Ni hablar. —Se puso de pie y se dirigió a la puerta—. Tú quédate aquí.

—Dawood, lleva cuidado.

Salió por la puerta, cruzó el patio, dio la vuelta a la casa. Desde el exterior se oían los gimoteos y golpes. Sin duda la estaba golpeando con brutalidad.

Llamó a la puerta.

Hubo un silencio sepulcral.

Pero Dawood escuchó al hombre decir algo para que él no pudiera oírlo.

La mirilla se oscureció; sin duda, alguien miraba desde el interior.

La puerta se abrió de golpe.

Era un tipo grande con barba bien cuidada, con camisa blanca de marca, remangado hasta los codos, con antebrazos peludos, reloj prominente de oro en la muñeca, anillos de oro y brillantes en los dedos, tirantes y pantalones de pinzas. Un millonario iraní, sin duda.

—*Salam Aleikum* —dijo Dawood.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres tú? —preguntó en tono amenazante.

Dawood no esperó, le empujó hacia el interior. Una vez dentro cerró la puerta a su espalda.

El hombre abrió los ojos como platos, sorprendido por aquella rápida reacción. Levantó el puño para golpearle, pero Dawood interceptó su brazo en el aire y con la otra mano le dio de lleno en la cara, tirándolo al suelo.

Se acercó a él y comenzó a pegarle patadas. El hombre sollozaba como un miedoso. Sin duda se avergonzaba de que otro hombre

reaccionara ante la violencia que él había estado infligiendo a una mujer. Pedía que parase. Suplicó.

Cuando Dawood dejó de golpearle, le ordenó que cogiera las llaves del coche y su cartera y se marchase a un hotel a pasar la noche.

—Y no vuelvas a golpearla. ¿Me oyes? —le amenazó Dawood. El hombre asintió—. Los hombres honorables honran a sus mujeres. El profeta dijo «Los mejores entre vosotros son los que tratan bien a sus mujeres».

—¿Quién eres? —preguntó tembloroso. El labio lo tenía roto. El pómulo izquierdo se había vuelto de un color violeta y daba muestras de que no tardaría en hincharse.

—Soy el rey del crimen organizado. El mismísimo diablo. La encarnación del mal. La próxima vez que te atrevas a levantar la mano contra Fatemah, piensa en tu madre. ¿Lo entiendes?

El hombre humillado cogió la chaqueta del perchero. Asintió cabizbajo un par de veces y salió por la puerta.

Cuando Dawood se acercó a Fatemah, Mina salió corriendo de una habitación y se abrazó a su madre. Ambas sollozaron.

Se oyó desde el exterior el coche arrancar y alejarse.

—No dejes que nunca jamás vuelva a hacerte daño.

La mujer sollozaba, levantó la mano para encontrar la de Dawood. Él le cogió de la mano y notó la fuerza con la que ella le apretaba.

Sara entró. Echó un vistazo a las heridas.

—Tienes una ceja rota. Tenemos que ir a un médico —dijo dando a entender por su fuerte tono que no admitía réplicas. Dirigiéndose a Dawood, le ordenó—: Tú te quedas aquí con Mina hasta que volvamos.

La niña por un momento se sintió recelosa.

—Mina, quédate aquí —le dijo su madre, dándole un cariñoso beso en la frente—. Vendré enseguida.

—¿Qué te parece si mientras practicamos la canción? —preguntó Dawood alegremente.

La niña dejó de sollozar. Levantó la mirada. Sonrió y asintió.

20

La calle estaba mal iluminada por el brillo indiferente de una farola engalanada con un prominente cartel que publicitaba servicios sexuales.

No eran los bajos fondos de la ciudad de Marbella, pero tampoco era un barrio de clase alta.

Allí habitaba una clientela de mal vivir. Miembros de un grupo de moteros, del crimen organizado, un sitio de estas características. Un lugar sin publicidad en las agencias inmobiliarias pero sí en la sección de sucesos de los periódicos digitales.

Un hombre fumaba un cigarrillo de liar apoyado en la entrada de un siniestro bar, cuyos clientes habían desaparecido hacía algún tiempo.

Ataviado con una gorra del Málaga Club de Fútbol, Pablo Carrasco se acercó y disimuladamente le entregó un sobre.

El hombre dio una profunda calada al cigarrillo, expulsó el humo y miró de reojo el interior. Metió una mano en un bolsillo y le dio unas llaves.

Al dar la vuelta al edificio, Pablo vio la furgoneta Peugeot de color blanco. Abrió la puerta del conductor, arrancó y desapareció de aquel barrio con rapidez.

Aquella madrugada en el aeropuerto de Málaga los controladores aéreos fueron informados de la llegada de un jet privado, correo diplomático del gobierno de Venezuela.

Cuatro miembros de una empresa de seguridad privada contratados para la ocasión por Jaime Chopra estaban desplegados en sus respectivos puestos.

Enrique Cabello bajó por las escalinatas con tal estilo como si fuera un jefe de Estado. En la pista le recibió Jaime con un caluroso abrazo.

—Me alegro mucho de volver a verte, Enrique.

—El gusto es mío.

El español era consciente de la altanería y chulería del venezolano; se mostraba según el ambiente donde se encontrase de un carácter u otro, pero siempre con la arrogancia que le caracterizaba.

Jaime había coincidido con él en alguna ocasión en la India, con motivo de un aniversario por la muerte de Sai Baba. Pertenecían a un reducido grupo de delegados extranjeros VIP.

Se estrecharon la mano como si fueran personas de negocios sellando un acuerdo empresarial.

Jaime señaló el equipaje que unos mozos iban sacando e iban colocando sobre un remolque bajo la atenta mirada del grupo de seguridad.

El derecho internacional proclama en uno de sus artículos la inviolabilidad de la correspondencia oficial de la misión diplomática, dicta la prohibición de abrir o retener la valija diplomática y determina las personas de las que puede ir acompañada.

—Tan pronto pasemos inmigración, iremos al parking privado donde ya tengo a una persona esperando la recogida de las maletas.

—Bravo.

Ambos caminaron por la pista, entrando en el hangar. Hablaron por el camino de cosas intranscendentes, del clima de la Costa del Sol y de la comodidad del hotel donde tenía la reserva.

Caminaron por el interior del edificio a través de un corto laberinto de pasillos con suelo de mármol y ventanales de cristal.

Llegaron a un puesto de inmigración. El oficial miró el pasaporte diplomático, lo escaneó e inmediatamente se lo devolvió, sin más demora.

Entraron a un pasillo enmoquetado y se sentaron en una sala VIP acondicionada con ventanales de cristal desde donde se podía apreciar el movimiento en la pista de aterrizaje.

Jaime le preguntó si quería un zumo de naranja o agua mineral. Enrique dijo que no; parecía intranquilo.

—Enrique, he realizado las pesquisas necesarias para que no haya ningún tipo de problema. —Miró su reloj de pulsera—. En cinco minutos nos dirigiremos a la zona de recogida del equipaje, que seguirá custodiado por el personal de seguridad privado que he contratado.

El venezolano asintió con un murmullo.

—Muy bien.

—El dólar parece estar en auge —comentó Jaime por decir algo.

—Lo está —dijo Enrique, tamborileando los dedos de una mano en el reposabrazos.

El viaje había sido muy largo. Resultaba agradable estar sentado en un sofá y en una sala despejada tras haber estado sobrecargado durante tantas horas de vuelo por el aroma de agua de colonia de los asistentes de vuelo.

—Tengo pensado visitar muy pronto la Republica Dominicana e igual voy a Caracas —se atrevió a decir Jaime con una sonrisa.

—Entonces aprovecha y vienes a Miami. Mi casa es tu casa. —Miró el reloj—. Supongo que ya habrán puesto a buen recaudo el equipaje.

—Que no te quepa duda. Vamos —dijo Jaime levantándose de un salto, mostrando excesivo entusiasmo.

Ambos se dirigieron a una terminal de llegadas exclusiva para vuelos privados.

Jaime le señaló el equipaje apiñado en un rincón y custodiado por el equipo de seguridad. Dio instrucciones a tres maleteros con sus chalecos amarillos y estos fueron poniendo el equipaje en una serie de carros.

Todos fueron al exterior; una zona poco frecuentada por el público, reservada para llegadas y salidas de políticos y VIPS.

Una furgoneta estaba esperando.

Pablo salió del asiento del conductor, dio la vuelta al vehículo y abrió la puerta lateral corredera.

Tras colocar las catorce maletas en el interior del vehículo, Jaime firmó unos papeles y despidió al servicio de seguridad. Dio generosas propinas a los maleteros.

—Ajá —farfulló Jaime—. Todo está listo. El dinero irá ahora mismo de camino a la sede de Sai Baba.

A pesar de su nerviosismo, Enrique esbozó una sonrisa y ofreció de nuevo su mano al español.

Entonces se levantaron las sospechas.

Pablo cerró la puerta, y al girarse hizo contacto visual con el venezolano.

Fue un gesto distraído, pero Enrique, perspicaz y conocedor de la naturaleza humana y la psicología, detectó algo en aquel hombre que hizo que se le helara la sangre.

Miró a Jaime a los ojos y este comprendió que se habían activado las alarmas en el venezolano. Hizo una señal con la cabeza a Pablo para que continuara con rapidez.

—Jaime, si ese dinero desaparece, soy hombre muerto —pronunció en voz alta; su semblante había cambiado de manera radical, atenazado por el pánico.

La furgoneta arrancó.

—Tranquilo, hombre. Es un conductor de confianza. Él llevará las maletas al edificio de la sede de Sai Baba, donde estarán a buen recaudo. Tengo mi coche allí —dijo levantando el brazo, indicando el fondo del parking—. Yo te llevo a tu hotel.

Un sentimiento de terror invadió al venezolano. Empujó a Jaime y salió corriendo detrás de la furgoneta.

Pablo miró por el espejo retrovisor.

—¿Pero qué hace este loco? —se dijo a sí mismo. Aceleró.

Enrique cruzó la calzada gritando «No, no». Saltó una mediana. Pero la furgoneta ya había girado y, tomando velocidad, enfilaba por la carretera alejándose de la terminal.

—¡Enrique! —gritó Jaime desde la distancia.

Fue demasiado tarde.

Un vehículo de mantenimiento del aeropuerto le golpeó con tal brutalidad que salió despedido por el aire y su cuerpo cayó contra el asfalto.

Jaime corrió hacia él.

El operario salió de su vehículo sujetando su móvil en la oreja, pidiendo una ambulancia.

Un vehículo de la policía no tardó en llegar al lugar del siniestro.

Jaime habló a los agentes del carácter nervioso del viajero. Les dijo que deseaba ir a la otra terminal para comprar algo o acudir al servicio o por algún otro motivo que desconocía, ya que el que se pusiera a cruzar la calzada de aquel modo le había sorprendido. Omitió hablar de la furgoneta.

El operario del aeropuerto dijo que tal vez vio un taxi vacío y quería llamar la atención del conductor. Argumentó que no lo vio ya que hacía ese itinerario infinidad de veces y jamás a un viajero se le había ocurrido cruzar la calzada de aquel modo.

Jaime asintió y dio a entender que podía ser una posibilidad válida que aquella persona intentara llamar la atención de un taxista. Quedó a disposición de cualquier ayuda que pudieran necesitar las autoridades y, tras dar sus datos, se marchó enseguida, compungido y muy preocupado.

Aquel accidente no se vería como tal desde el otro extremo del mundo, sino que sería interpretado como un asesinato para apoderarse del dinero.

Se preguntó cuánto tiempo tendría hasta que Marquitos decidiera actuar.

21

Tony Combo conducía su deportivo de alta gama por las inmediaciones de Puerto Banús, daba vueltas intentando encontrar un lugar donde aparcar.

Recibió una llamada telefónica. Era su secretaria.

—Dime.

—El señor Chopra necesita hablar contigo.

—Uf, qué pesado. Lleva tiempo detrás de mí para comprar un solar. Dale un par de direcciones y que vaya él a ver el terreno. Una vez que tenga algo en claro, que nos contacte de nuevo.

—Estaba muy agitado.

—Ese hombre me da malas vibraciones. Todo ese mundo del *mindfulness* y demás lavacerebros me da mala espina. —Encontró un lugar donde aparcar—. Por fin.

—Tony, creo que es otra cosa de la que quiere hablar contigo. Me ha dicho que es muy urgente y personal.

—El muy pillo seguro que me quiere vender alguna oferta para su Iglesia de zombis pirados. ¿Has visto la imagen de su gurú? Por Dios, parece que siendo niño metió los dedos en el enchufe. Parece la versión india del negro de Boney M, el que lucía poses en los años setenta rodeado de unas jamaicanas mediocres que interpretaban canciones pegadizas y sin sustancia musical alguna.

En la otra línea la secretaria suspiró.

—Tony, llámale. Estaba muy nervioso por algo. Le he prometido que lo harías.

—De acuerdo, de acuerdo.

Salió del coche con prisa, cerró con llave y caminó con aire decidido por la acera admirando las embarcaciones en el puerto deportivo de gran lujo que se podían ver desde lo lejos.

—Caballero —le llamaron a su espalda.

Tony se dio la vuelta.

Dos agentes de la Policía Local, hombre y mujer, le miraron de arriba abajo; sin duda, el pantalón amarillo, la camisa violeta, la corbata verde y la chaqueta azul oscuro despertaban curiosidad.

—Dígame, ¿en qué puedo ser de ayuda? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Su DNI —respondió el agente.

—¿Por qué?

—Enséñeme su DNI —dijo de nuevo subiendo el tono de su voz.

—Quisiera saber el motivo.

—¿Se niega? —preguntó el agente aproximándose.

—No, en absoluto —contestó Tony sacando del bolsillo su

billetera y extrayendo el documento—. Mire, aquí lo tiene. —El agente fue a cogerlo, pero Tony no se lo dio—. Puede verlo, pero no cogerlo.

Aquello no le gustó.

—No me lo pone usted fácil, caballero —dijo. Abrió una libreta y comenzó a escribir.

—Bien, usted haga lo que crea más oportuno.

—Le voy a sancionar.

—Bien. Con esa propuesta de sanción, cuando me llegue a casa, yo la recurriré.

El agente cerró la libreta.

—Vamos a ver, caballero. No quiero ponerle ninguna sanción, pero no me lo pone usted nada fácil con su actitud.

Tony miró alrededor. Había transeúntes que les observaban desde la distancia mientras pasaban de largo pensando que aquel ciudadano con vestimenta estrafalaria estaba metido en un problema con los aireados agentes de la autoridad.

—Es que no comprendo en primer lugar por qué me cuestiona.

La agente tomó la palabra por primera vez.

—¿Adónde se dirige?

—No tengo por qué decírselo.

—Sí, sí, caballero —replicó ella—. Tiene que contestar usted a mis preguntas o le tendremos que llevar a comisaria.

Tony sonrió.

—¿Le hace gracia lo que le dice mi compañera? —preguntó el agente.

Ambos agentes se cruzaron de brazos y se acercaron aún más a Tony.

—Mire, esto se lo dirá usted a alguien que no conozca las leyes y si no quieren tener ustedes dos un problema con las leyes, ¿saben lo que deben hacer? Actuar correctamente. No voy a permitir que ustedes intenten prevaricar conmigo. Ni mucho menos coaccionarme. No voy a permitir que me quieran aplicar ustedes algo que no es correcto porque a lo más mínimo os llevo ante el juez. Y si en primera instancia no me dieran la razón, no me preocuparía, me voy a segunda. Y si en segunda instancia tampoco, os llevaré al Supremo y como allí me den la razón, a partir de entonces van a tener ustedes un serio problema porque van a ir a prisión.

—A prisión, ¿eh? —dijo la mujer policía esbozando una sonrisa de incredulidad; sin embargo, su compañero estaba alarmado.

—Señora agente, solo quiero reivindicar que vivo en España, un país libre donde tenemos leyes para todos. Tanto obligaciones y deberes por mi parte, que creo que las cumplo muy bien, a día de hoy no tengo ningún problema con la justicia porque actúo como ciudadano de bien ante la ley, como obligaciones y deberes que tenéis

vosotros. E igual que tenéis muchos privilegios, en el momento de que una sola actuación la llevéis mal, como un abuso de poder, tendréis consecuencias mayores.

—Tan solo le he hecho una pregunta que usted se niega a responder —le amonestó ella.

—Yo solo tengo que contestar a las preguntas de un agente de la autoridad solo y en aquel caso en que esté detenido, si no yo no tengo por qué estar contestando preguntas. En el momento en que estuviera respondiendo significaría que estaría yo impuesto, y vivimos en un país libre. Por mucho que esto pueda parecer un país bananero por estos políticos que tenemos. Me da igual de qué bando, rojos o azules, es que me importa un comino. Yo soy un ciudadano libre que no tengo miedo ni a un solo policía ni a un solo juez. No tengo miedo a nadie en esta vida porque yo todas las cosas que hago las hago bien. Y como las hago bien, no tengo miedo a nada. Y si algún día hago algo malo y soy cogido en el acto, pagaré las consecuencias.

El agente dio unos pasos atrás. La agente hizo lo mismo.

—Que tenga un buen día —dijo marchándose junto a su compañera.

Tony miró al cielo y resopló.

En el salón del yate Ovinnik un empleado le indicó que esperara sentado.

Tony giró la cabeza y vio a dos hombres dando vueltas por la cubierta. El lugar estaba muy bien vigilado. Antes de acceder a la embarcación fue cacheado y le pasaron un aparato detector de metales.

Konstantín apareció con bañador y camisa de manga corta abierta hasta mitad del pecho, donde colgaba una cadena de oro. Era alto y delgado. El pelo lo tenía blanco y cortado a cepillo.

En la mano traía una caja.

Era un capo del crimen ruso. Se había criado en Georgia, pero se asentó en la Rusia natal de su padre. Su organización criminal se había convertido a lo largo de los años en una de las fuerzas más peligrosas del hampa rusa contemporánea.

Era un hombre al que no le gustaba hacer aliados cuando podía hacer súbditos. Le traían sin cuidado las costumbres entre los miembros de la Vor v zakone, los pactos entre sus miembros y los equilibrios que habían ayudado en mantener la paz en Rusia durante años. Por este motivo era odiado y mucho entre los propios criminales.

Había desarrollado sus actividades no solo con violencia y carácter agresivo, sino seduciendo a sus compañeros de exilio

georgianos. Ascendió con rapidez a la misma velocidad que se creó enemigos.

Además, demostró una habilidad particular para engendrar odio y disputas entre capos, para exacerbar y explotar sospechas y rivalidades entre líderes del hampa.

Aquella actitud acabó pasándole factura. Ya no era el joven aguerrido de entonces y había tenido que huir al sur de España. Se había gastado parte del botín que pertenecía a un poderoso socio, por operaciones conjuntas de lavado de dinero y contrabando de inmigrantes ilegales.

Le había prometido a su socio hacerle el pago con prontitud, pero se demoraba. Y a pesar de que pesaba sobre él una orden de detención y extradición internacional de la Interpol, desde Marbella controlaba toda una red de operaciones entre la diáspora criminal asentada en España con el fin de recaudar fondos.

—Hola. Bienvenido —aquella voz parecía agradable, incluso inocente. Su mirada estaba muerta, no reflejaba nada.

Aspecto gris, demacrado. Tenía la cara tan ajada que sus arrugas gestuales cortaban las mejillas como si fueran profundas cicatrices, lo mismo que en la frente.

Tony hizo amago de levantarse y estrecharle la mano, pero el ruso con un brusco gesto le hizo sentar y a su vez se dejó caer en un sofá.

—Gracias —contestó Tony. Recorrió con la mirada el interior de la embarcación—. Precioso yate.

Él ignoró el comentario. Abrió la caja. Sacó una jeringuilla de un solo uso. Se colocó la aguja en el brazo. Se aseguró que la vena estaba bien cogida. Presionó. La sangre subió por la cánula. Esperó.

—Me siento como Dios —dijo con los ojos cerrados—. Joder, qué chute.

Luego se metió una raya por la nariz. Se quedó a gusto, fue placentero. Aun no siendo lo mismo que el método intravenoso, sentía una sensación agradable.

Tony esperó. Aquel hombre con ese nivel de intoxicación podía tener cualquier arrebato de violencia imprevista.

—¿Quieres un poco? —preguntó Konstantín. Movió el pulgar como si apretara el émbolo de una jeringa.

Sobresaltado por la pregunta, se llevó las manos al pecho como gesto de deferencia.

—No, pero te agradezco la invitación —contestó. Dejó escapar una risa nerviosa.

Konstantín sonrió. Levantó las manos al aire y las dejó caer, acomodándose en el sofá. Miró fijamente a Tony.

—La verdad es que tienes agallas para venir aquí —dijo de

nuevo, al fin—. Hay un proverbio ruso que dice «Eres de los que van a la fiesta aunque no te inviten». Me alegro, porque me gusta reunirme con personas que tienen cierto carácter aguerrido.

—Si vengo a reunirme contigo es porque la persona que represento tiene buena fe.

Konstantín soltó una risa amarga, repantigándose en el ancho asiento.

—¿Fe? —le señaló con el índice—. Ese tipo es un imprudente. Mi hombre no le iba hacer daño alguno. Solo lo estaba vigilando.

—Debió de hacer algo…, un movimiento inapropiado que hizo despertar el instinto de supervivencia de mi cliente.

—*¿Instinto de supervivencia*? *¿Mi cliente*? ¿Vienes aquí a reírte a mi cara con tus comentarios?

Tony se enderezó.

—No, no, quizá el modo en el que me he expresado ha dado pie a una mala interpretación, pero mi finalidad es darte a conocer que lo sucedido ha sido un accidente.

—¿Llamas *accidente* a matar con dos manos a un hombre? Tú no ves lo serio que es esto. Ahora hay un cadáver de una persona y se investiga su origen, su procedencia y el resultado puede llegar hasta aquí, salpicándome a mí la mierda que ha creado *tu cliente*.

—Quizá no debiera haber intimidado con su presencia…, ya sabes, una provocación puede llevar a una consecuencia…

Konstantín levantó la mano.

—Hay gente muy poderosa detrás de ese cliente tuyo. Me imagino que lo sabrás. Yo he querido tenerlo vigilado, hasta ahora. Puedo hacerle mucho daño. Conozco cómo se llama su chica, Sara. Y el local que dirige, El Pelícano —sonrió viendo que sus palabras habían causado el impacto deseado—. No lo haré a cambio de un trabajo.

—Si me dices que cometa un asesinato por encargo, te diré que él no lo aceptará. Por eso tengo una proposición que hacerte yo mismo.

Konstantín rio. Le parecía divertido aquel tipo tan pintoresco.

—¿Tú? ¿Una proposición a mí?

—Hasta ahora te has dedicado a la prostitución, a las drogas. Yo te propongo invertir en la industria de la construcción. Recibirás pingües beneficios. Dinero limpio. Además, te propongo que cualquier cantidad que quieras blanquear me lo hagas saber. Por una modesta comisión, lo limpio y te lo hago llegar legal.

—Conozco muy bien tus actividades a través de tus proyectos inmobiliarios.

—Mi especialidad es la organización de negocios sostenibles y legales.

—Ya, y yo soy agente de bolsa —dijo el mafioso. Se sacó una papelina de un bolsillo, se hizo otra raya en la mesa de cristal y esnifó. Echó la cabeza hacia atrás. Hizo ademán de ofrecer a Tony, pero este esbozó una sonrisa y negó con la cabeza—. A veces los hechos suceden de manera escalonada, imprevistos. Tengo la suerte de que hayas venido a verme. Porque podemos resolver todo este asunto.

Tony sabía que debía de evitar hablar demasiado, así pues, asintió, satisfecho de que hubiera un entendimiento mutuo para que dejaran en paz a Dawood. Le intrigaba lo que iría a decir.

—Soy todo oídos, Konstantín.

—Un socio de Venezuela me tenía que hacer entrega de cierta cantidad de dinero en metálico.

—¿Cuánto? —se apresuró a preguntar Tony.

—Siete millones de dólares

—¿Y?

—Ha desaparecido.

—¿El socio?

—No. El dinero.

—No entiendo. ¿Por alguna transferencia bancaria de un paraíso fiscal a otro?

—En el aeropuerto de Málaga. Llegó en vuelo privado la supuesta mula. Evidentemente tenían pensado guardar el dinero en metálico a buen recaudo en algún sitio de Marbella hasta hacerme la entrega. Pero nada más llegar, las maletas con el dinero desaparecieron.

—Qué cosa más oportuna. ¿Pero quién trajo el dinero? ¿Tu socio?

—No, una persona suya de confianza. Bajo valija diplomática.

—¿Él también ha desaparecido?

—Él ha sido atropellado nada más salir del aeropuerto.

—Desde luego, qué inoportuno. Quieren blanquear aquí su dinero, eludir por supuesto los impuestos y dedicarse a la extorsión, a los sobornos y poco faltará para los asesinatos a la carta.

Konstantín no prestó atención a su comentario.

—He intentado contactar con el emisario. No me contesta porque no querrá decirme dónde pensaba esconder el dinero. Porque con esa información encontraría yo a las personas de aquí que tenían conocimiento de la información.

—Evidentemente tu socio venezolano no quiere decírtelo para que tú no encuentres el dinero y te lo quedes.

Tampoco hizo caso de este último comentario.

—Existe una expresión del hampa rusa que dice *utyuzhit firmu*. Literalmente significa «planchar la firma» y se refiere a timar «planchar» a los extranjeros «firma». No tengo que hacerte saber lo

mucho que me enfada ser víctima del engaño de un corrupto miembro del gobierno de Venezuela. Según mis contactos, no traía siete millones de dólares sino veinte.

—¿Y qué se supone que mi cliente debe hacer?

—Tu cliente encontrará el dinero. Porque tiene que estar escondido en algún lugar.

—Ya veo la situación. Una tercera persona se ha llevado el dinero. Pero donde hay demanda con el tiempo alguien hará la oferta correspondiente. ¿Qué pasará cuando tu socio venezolano envié aquí a alguien? Si no está ya de camino.

Se encogió de hombros.

—Eso será problema de tu cliente. Ese dinero que ha desaparecido era una pieza clave para la buena marcha de mi organización. Ahora que ha desaparecido quiero que se encuentre.

—Pero no te contentarás con los siete millones sino con todo, con los veinte. ¿Qué parte se lleva mi cliente?

Konstantín lanzó una risotada. Hizo una pausa retórica.

—Si tu cliente encuentra el dinero y me lo trae aquí, nadie de la *Vor v zakone* ni ningún gánster georgiano o sicario ruso le tocará.

—Es decir, el precio que le pones por considerarse libre son veinte millones de dólares.

Konstantín sonrió. Tenía la presencia como el gánster estereotipado de una película de acción hollywoodiense.

—Veo que nos entendemos. No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Cuando Tony volvió a su coche y abrió la puerta, recibió una llamada en su teléfono móvil. «Número desconocido». Sería alguien que pretendía hablar a través de un teléfono de prepago para no ser detectado por las autoridades ni quedar la llamada registrada.

Por un momento dudó.

«Somos piezas de un engranaje cósmico formado por extraños y a veces antojadizos actos. Las casualidades son verdaderamente caprichosas», se dijo a sí mismo Toni antes de coger la llamada.

Jaime Chopra estaba al otro lado de la línea. De forma atropellada le hizo saber lo sucedido y le pedía ayuda.

22

Se había instalado un escenario en la zona común de la urbanización.

Había luces de colores y globos. También colgantes decorativos con motivos florales y de círculos de colores por las paredes y en las farolas del jardín.

En los laterales había mesas en las que el equipo de catering estaba colocando vasos, copas y bandejas de aperitivos. Frente al escenario la gente estaba sentada en cómodas sillas sobre el césped. Siguiendo la temática hippy todos iban vestidos de manera estrafalaria y llamativa.

En un lateral apartado Mina y Dawood junto con los miembros del grupo de música ultimaban algún aspecto de la canción; todos tenían una copia de la letra. Un componente del grupo señaló en qué partes tocarían tal o cual instrumento.

Mina iba vestida con falda floreada, peluca lisa pelirroja y vistosos collares. Dawood, con gafas de sol de cristal rojo, una enorme peluca negra estilo afro, camisa ajustada, pantalones de campana y zapatos de tacón alto.

Mientras tanto, Manolo, con peluca rubia lisa y vestido con traje de colores psicodélicos, cuya chaqueta apretada resaltaba su enorme pecho musculado, hablaba con un micro en una mano sobre el tiempo transcurrido desde los inicios de la construcción de la urbanización y los primeros inquilinos. Parecía encontrarse en su salsa.

Desde el público, alguno se reía, otro soltaba un comentario jocoso. Había buen ambiente.

Sara, vestida con un elegante traje decolores vivos , desde su asiento intentaba ver cómo se desenvolvía Dawood.

La madre de Mina estaba sentada a su lado.

—De nuevo tengo que agradeceros vuestra ayuda —comentó Fatemah.

—No lo menciones. Hemos hecho lo que debíamos como vecinos y ciudadanos responsables.

—Debió de entrarle pánico a mi marido, porque esta mañana temprano un empleado del hotel vino a recoger sus pertenencias. Por lo visto él se marcha a Teherán.

—Me alegraría saber que no volverá. Siento decirlo. Pero si no hay reconciliación posible, de verdad, la mejor manera de seguir tu vida, educando a tu hija, es lejos de un hombre como él.

—Pero ahí no acaba todo. A mediodía recibí una llamada de una empresa que se dedica a tramitar visados, informándome de que he recibido la aprobación de una *green card* para residir en los Estados

Unidos. Me pedía que le mandara mi pasaporte y el de mi hija, sin demora.

—Qué sorpresa. Cuánto me alegro.

—La sorpresa fue mía porque que nunca lo había solicitado. Mi hermana vive en Boston. Ella se ha llevado una alegría inmensa cuando se lo he dicho. Pero no tenía nada que ver.

—A lo mejor lo hizo tu marido hace algún tiempo.

Fatemah no quitaba ojo a Sara.

—Ni hablar. Él nunca haría tal cosa. ¿Sabes quién pienso que ha sido?

—Mira, Fatemah. No lo digas. Deja las cosas discurrir. Somos amigas y vecinas…

Ella le interrumpió. Le cogió de la mano.

—Sara, no me des ninguna explicación. Tan solo quiero saber que sé quiénes son mis benefactores. Nunca estaremos tan agradecidos mi hija y yo por todo lo que habéis hecho por nosotras.

Manolo dejó de hablar. Anunció a los cantantes. Luego al grupo musical, que se hacía llamar *The AristoCats:* su aspecto estrafalario distaba mucho de asemejarse a los inocentes personajes de aquellos dibujos animados; llevaban camisetas de Ramones, Led Zeppelin y de Black Sabbath.

El logo del grupo musical estaba estampado en una enorme pancarta, la cabeza de un gato a semejanza de la bandera del pirata Henry Avery: una calavera blanca de perfil con un pañuelo y un pendiente, por encima de un aspa de dos tibias cruzadas blancas, en un fondo rojo.

Subieron en fila al escenario.

El público les aplaudió.

Formaron un círculo y todos ellos se chocaron las manos como si fueran un equipo de fútbol a punto de salir al campo.

Mina hizo una señal a Manolo y este anunció el título de la canción. Otro fuerte aplauso y vítores desde el público.

Mina y Dawood, cada uno con un micrófono, se situaron en medio del escenario. Detrás, la banda comenzó a tocar los primeros compases de la canción *Goodbye Stranger*.

Dawood sonrió a la niña, y esta, conteniendo su nerviosismo, comenzó.

It was an early morning yesterday
I was up before the dawn
And I really have enjoyed my stay
But I must be moving on

Todos quedaron sorprendidos de la maravillosa voz de la niña.

Mientras cantaba, Mina iba tomando más confianza y su voz iba sonando de una manera aún más extraordinaria. Los miembros del

grupo musical se miraron entre ellos. No habían podido adivinar el sorprendente timbre y ritmo de la niña.

Like a king without a castle
Like a queen without a throne
I'm an early morning lover
And I must be moving on [...]

—Qué voz más preciosa tiene —comentó Sara a la madre.

—Gracias. Desde pequeña ha recibido clases de canto. La música es su pasión.

Dawood levantó el micrófono a la altura de la boca y comenzó a cantar su parte:

Goodbye stranger it's been nice
Hope you find your paradise
Tried to see your point of view
Hope your dreams will all come true
Goodbye Mary, goodbye Jane
Will we ever meet again
Feel no sorrow, feel no shame
Come tomorrow, feel no pain

Un lagrimeo de ojos comenzó a surgir en Sara de lo emocionada que estaba escuchando a Dawood: con un ligero movimiento de caderas, al ritmo de la canción, se movía al tiempo que cantaba.

—Tu novio desde luego no lo hace nada mal —comentó la madre de Mina.

Siguiendo la letra de la canción, Mina y Dawood cantaron al unísono los siguientes estribillos.

A Sara le dolían los músculos faciales de estar tanto tiempo sonriendo. Daba la impresión de que Dawood disfrutaba del momento. Más tarde Sara, entre risas descontroladas, confesó que cantando en el escenario parecía patéticamente bello, atractivo y perfecto, y que había sido un espectáculo maravilloso e inolvidable.

Al acabar arrancó un estruendoso aplauso de todos los presentes. Se pusieron de pie hasta los miembros del grupo musical aplaudiendo a la pareja de cantantes. Dawood intentaba restar importancia a su participación señalando a Mina y aplaudiendo a su lado. La niña sonreía y daba las gracias.

Minutos después todos disfrutaban de la canción *Never gonna give you up* de Barry White que interpretaba el grupo musical mientras se conversaba, se degustaban los exquisitos aperitivos y se bebía.

Todos charlaban o bailoteaban al son de la música en vivo. Fatemah hablaba distendidamente sobre recetas de cocina con dos mujeres de la empresa de catering interesadas en la comida iraní. Mina bailaba entre risas con una señora mayor. Algunas mujeres se movían un poco lánguidamente en medio del jardín, otras con sus

parejas hablaban acaloradamente sobre cotilleos de famosos en los cómodos asientos dispuestos sobre el césped, otras comían los deliciosos canapés a la vez que discutían sobre asuntos triviales y otras bebían de sus copas mientras intentaban bailar.

Dawood se encontraba con Sara y otro vecino de la urbanización enfrascados en una conversación sobre el cuidado de los bonsáis.

El vecino se consideraba un especialista tras haber vivido en Japón más de veinte años. A Dawood le llenaba de curiosidad y se le veía entusiasmado queriendo saber más sobre los métodos de riego, la poda, el tipo de abono y por qué hay que trasplantarlos cada dos o tres años.

Tony Combo hizo aparición. Le hizo una señal a su amigo desde lejos para que fuera a su encuentro.

—Pero, hombre, ven y prueba los canapés —dijo Dawood al aproximarse.

Tony parecía pensativo, preocupado por algo.

—Déjate de canapés en estos momentos. Tenemos que hablar.

Estaban reunidos en el salón. Tony se movía de un lado a otro mientras hablaba. Dawood estaba sentado, cruzado de piernas, escuchando con atención.

—¿Conoces bien a ese tal Jaime Chopra?

—Desde hace años. Es un adicto a la buena vida. El terreno donde tiene construida la sede de esa secta hindú se lo vendí yo. Ahora andaba detrás de mí para comprar un solar. Él ha trapicheado mucho. Teniendo a esa organización hindú en el Registro de Entidades Religiosas del Ministerio de Justicia ha metido dinero negro y lo ha sacado limpio. De momento el juego le ha salido bien. Pero más pronto que tarde Hacienda le echará el guante.

—¿Y eso?

—Tiene empresas fantasmas donde emite facturas a velocidad de metralleta. Un fraude con facturas colosal. Importes destinados a cuentas bancarias omitiendo el destinatario, repartos a accionistas que nadie conoce de supuestos dividendos. Nada de actas de socios. Por supuesto nada que le señale como beneficiario de los pagos. Desde luego se ha dedicado a un lavado físico y espiritual. Pero de ahí a veinte millones de dólares, el tipo se ha pasado.

—Aquí la cuestión no es la cantidad de dinero sino a quién se lo ha robado.

—Están muy nerviosos.

—¿Están? ¿Quieres decir que tiene un cómplice?

Tony le explicó quién era Pablo Carrasco, según Jaime le había comentado, y el motivo familiar que le había impulsado para ser

partícipe de aquel robo.

—¿Y qué se supone que pinto yo en esto?

—Los amigos deben de ayudarse de vez en cuando, ¿no crees?

Dawood lo miró impasible.

—Venga ya, Tony. En mi experiencia he aprendido que eso que llamas ayuda significa deuda. Es decir, las deudas son parte del juego. También una amenaza implícita.

—Se trata de un trabajo prioritario, sumamente importante.

Dawood se encogió de hombros.

—No soy investigador privado, Tony.

—Si consideramos los pros y los contras…

—Tu conclusión es muy simplista.

La sonrisa de Tony fue amarga.

—Tú puedes resolver que Konstantín te deje en paz. Jaime Chopra tiene veinte millones. De esa cantidad cogemos siete millones que tú entregas a Konstantín, la cantidad que él esperaba. Y el resto nos lo quedamos todos nosotros.

—Vamos, Tony. Tú no te puedes creer que él se vaya a quedar satisfecho con siete millones cuando sabe que los venezolanos habían traído veinte, y una tercera persona les ha engañado apoderándose de todo el dinero.

—De acuerdo —claudicó Tony, y se quedó pensativo.

—Vayamos al grano —sentenció Dawood, frunció la boca como si se preparara para una dolorosa confesión—. He aprendido de ti que los negocios que funcionan con dinero en efectivo están llamando la atención con luces de neón a la policía: «Aquí opera la mafia». Y como siempre me has dicho, por eso hay que diversificar.

—¿Qué tienes en mente?

—El objetivo es el dinero. Los venezolanos lo quieren. Konstantín también.

—Y Jaime, Pablo, yo y tú.

—Así es. Entonces, ¿por qué no metemos de inmediato el dinero en un lugar seguro para ganar tiempo?

Dawood era propietario de una serie de empresas instaladas en paraísos fiscales. No había datos personales en ordenadores, solo una serie de números y claves en las cajas de seguridad de bancos. Sí había nombres de empresas vinculadas porque así se debía de hacer, pero estas no eran más que meras tapaderas.

—¿Y? Konstantín espera que tú le des los veinte millones. Retrasarte es una señal de aviso para que envíe a un par de matones a por ti, preguntándote dónde está el dinero. Porque igual piensa que le quieres engañar llevándote todo el dinero. Te he comentado mi entrevista con ese loco. Conoce a Sara y El Pelícano. Por otro lado, los venezolanos saben quién tiene el dinero. Van a ir a por Jaime Chopra

de un momento a otro, por eso me ha pedido ayuda a cambio de dividir el dinero a partes iguales.

—Entonces, primero: escondemos el dinero a buen recaudo. Segundo: vamos a por Konstantín, para eliminarlo de la ecuación, y luego hacemos frente a quien venga por parte de los venezolanos.

—Podríamos citarlo en un lugar intermedio, donde acude a comer o un lugar a donde va con cierta regularidad. En esos puntos débiles es donde él puede ser más vulnerable.

—Sí, supongo que igual podemos arrogarlo de un edificio y hacer que parezca un suicidio —dijo Dawood, con sorna.

—Habrá que atarlo antes.

—No.

—¿Por qué no?

—Si lo atas, dejas marcas en el cuerpo.

—Claro, él se opondría.

—Tony, ¿quién no se va a oponer a que lo aten para evidentemente hacerle daño, incluso matarle?

—Sí, tienes razón. En ese caso, si luchara por su vida habría que matarlo antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de atarlo.

Dawood guardó silencio un momento antes de hablar.

—Vamos a ver, ¿por qué insistes en querer atarlo?

—Es verdad. No tiene sentido. Pues lo drogamos y lo tiramos al mar o desde lo alto de un edificio.

—Una vez recuperado el cuerpo en el mar, un forense notaría que esa cantidad habría sido suministrada por un tercero. Por lo tanto, levantaría sospechas de que fuera un acto de suicidio. Y de todos modos ha sido un comentario estúpido por mi parte lo de tirarlo desde lo alto de un edificio. Porque los resultados del impacto en un cadáver no son los mismos que en un cuerpo con vida.

—Ya está. Con alcohol. Lo emborrachas.

—¿Cómo nos las vamos a ingeniar para meter una cantidad enorme de alcohol en el corpachón de ese hombre? Necesitaríamos un compadreo con él, hablar largo y tendido de cierto tema. Y una vez que estuviera completamente ebrio, se desplomaría en público o a ojos de sus guardaespaldas, a los que yo tendría que hacer frente.

—Le clavas una jeringuilla con suficiente alcohol para…

Dawood levantó el brazo.

—No. Un pinchazo dejaría una marca aunque fuera insignificante en la piel.

—Vale.

—Tony, vamos a dejarnos de tonterías. Recuperemos la cordura y actuemos con sensatez. Konstantín es un psicópata. Se mueve con

sumo cuidado. Es un profesional. Es una persona de quien se puede esperar que cometa pocos errores. No es fácil de atrapar así por las bravas.

—De acuerdo, ¿quieres sensatez? Entonces veo dos posibilidades. La primera es que no hagas nada. La segunda es que dejes España y empieces en otra parte. Y así, te quitas de encima a la mafia rusa.

—¿Ycuál sugieres?

—Desde el aspecto de seguridad, aunque pueda resultar dolorosa, la segunda oportunidad te brinda salud, longevidad y mayor oportunidad.

—¿Y si decido quedarme?

—No tienes por qué leer a Marco Aurelio para comprender que las acciones que realizaste en el pasado generan que todo sea diferente en el futuro.

—No, desde luego que no. Y si le das demasiadas vueltas te vuelves loco.

—¿Entonces?

—Me quedo.

—Vale, pero ahora surge una cuestión.

—Sorpréndeme, aunque me lo imagino. Uno, el dinero. Dos, esas dos personas. ¿Verdad?

—Tendrán que venir aquí con el dinero a resguardarse.

—¿Aquí? —inquirió Dawood, señalando el suelo.

—¿Dónde si no? No pueden huir con el dinero en metálico a ningún sitio. En la sede de la secta hindú, sería donde primero miraría quien enviaran los venezolanos para buscar el dinero. Por otra parte, Konstantín jamás se pensaría que tú tendrías el dinero tan pronto.

Sara entró en el salón.

—Hola, chicos —dijo haciendo una mueca; ya sabía ella que algo no muy agradable estaría sucediendo—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Quisiera informarte de la llegada de dos invitados con cierto número de maletas algo desproporcionado —contestó Dawood

—Y debo de entender que el contenido y el motivo en cierta medida es peligroso, ¿no es eso?

Dawood miró a Tony. Ambos asintieron.

CUARTA PARTE

23

Se encontraban en la parte trasera de la organización Sai Baba.

Jaime atendía una llamada en su móvil.

Pablo estaba nervioso, no dejaba de caminar de un lugar a otro, sin dejar de pensar la implicación que pudiera haber en relacionarle con la muerte de aquel hombre. Aunque las cámaras hubieran captado el número de matrícula de la furgoneta, esta estaba trucada, incluso ya la había cambiado por otra.

Jaime colgó la llamada.

—Nos vamos.

—¿Dónde?

—Mi contacto me dice que vayamos a la dirección de un amigo que nos sacará de esta.

Pablo levantó la mano.

—Un momento —señaló hacia el exterior, donde la furgoneta estaba aparcada—. Ahí tenemos veinte millones de dólares a repartir entre tú y yo. Ahora me dices que hay más personas implicadas.

—Pablo, escucha.

—¿Cómo que escucha? Me correspondía la mitad. Ahora me dices que mi parte va a ser menor porque has metido a más gente. Todo por tu culpa.

A diferencia de Pablo, Jaime guardaba la calma.

—¿Mi culpa? ¿Por qué dices eso? Fue un accidente. El venezolano intuyó algo al verte y salió corriendo detrás de ti.

Pablo hizo un gesto de pegar una patada a algo en el suelo.

—Ahora, ¿cuántas somos las personas implicadas?

—Comprende que lo más importante es la seguridad y conseguir llevarnos el dinero. La persona que yo he contactado es la más adecuada para sacarnos de esta situación. Evidentemente, no me importa cuánto se lleve sino…

—¿Cuánto?

—Lo dividiremos equitativamente entre cuatro.

Pablo resopló ruidosamente.

—Lo dejo —soltó de sopetón angustiado—. Quédate con el dinero. Quédate con mi parte. Me voy con mi hijo. Si acabo en la cárcel, no podré vivir con él mucho tiempo. La vida no perdona. Y yo quiero envejecer junto a él.

Jaime le dio una palmada en la espalda. No era un gesto común en él, ya que odiaba el contacto físico con otra persona.

—El dinero que tenemos es la llave para conseguir la felicidad de tu hijo y la tuya. Le vas a dar todo tipo de facilidades. Le vas a hacer feliz porque él vive dependiente. Esa dependencia es costosa. ¿Vas a

pasarte tus años de madurez lamentándote porque no le puedes financiar esto o lo otro? Puedes hacer que la vida de tu hijo sea lo más placentera posible, lo más cómoda. Con este dinero puedes conseguir que obtenga oportunidades.

—Analizando la situación de ese modo, tienes toda la razón.

—Esta es una sociedad sin reglas, Pablo. Lo de si es moral o ético lo que hemos hecho, olvídalo. Esos pensamientos se elaboran en la cabeza de las personas. Aquí se alcanzan objetivos personales actuando. Ahí está la única y verdadera regla: no puedes crear cambios si decides no actuar.

»Mira la sociedad española de hoy en día. Los políticos roban todo lo que pueden, los empresarios intentan evadir los altos impuestos con los que les oprime el gobierno, la clase trabajadora sufre para llegar a fin de mes. Y la gente no se manifiesta contra la galopante corrupción y privación de derechos por leyes más propias de un país bananero. Les suben la factura de la luz, el gobierno podría quitar un veinte por ciento de impuestos, no lo hace y nadie sale frente a los ayuntamientos a protestar. Hay una oleada de inmigrantes ilegales deambulando por las calles, aparecen nuevas formas de delincuencia más violenta. Parece que la inseguridad y la impunidad no le importan a nadie. Porque la política es el arte de servirse de los hombres haciéndoles creer que se les sirve a ellos. Es sintomático, la ciudadanía no hace más que vivir complacida, vivir como espectadores. Son perdedores. Yo me niego a seguir siendo un espectador pasivo de mi propio destino.

Pablo miró alrededor. Fotografías enormes de Sai Baba con su pelo afro. Luego puso la mirada fija en la pared. Pensó en su madre. Ella vivió oprimida parte de su vida. Le devolvió la mirada a Jaime.

—De acuerdo. Pero quiero saber cómo se llama tu amigo y el amigo de tu amigo.

—Mi amigo es Tony Combo.

—¿Quién? ¿El promotor urbanístico? ¿Ese que no deja de construir villas y chalets de lujo por la Costa del Sol?

—Ese mismo.

—¿Y su amigo?

—No lo sé. Según él es un cliente suyo con grandes cualidades. Eso me ha dicho.

—¿Como cuál? ¿Hacer desaparecer a personas y dinero?

Jaime se aproximó levantando ambas manos al aire.

—Por lo pronto nos garantiza seguridad que ahora no tenemos y cuanto más tiempo estemos sin tomar acción, más posibilidades hay de que nos cojan y nunca disfrutemos del dinero. Así pues, por favor, pon a tu hijo a salvo, bajo el cuidado de alguien de confianza hasta que podamos resolver esta situación.

—¿A salvo? —inquirió Pablo, airado.

—Sí, con algún familiar hasta que se resuelva esta situación. Con tu hermana.

—*Con tu hermana* —repitió sarcásticamente—. Me has investigado bien, ¿eh?

—¿Qué te pensabas? ¿Voy a apoderarme de veinte millones con una persona de quien no sé nada?

Pablo sacó su móvil. Llamó a su hermana. En aquellos momentos ella estaba leyendo a su sobrino un libro ilustrado de caballos mientras le iba mostrando las viñetas.

Le explicó que tenía que llevar a Carlos a su casa, y tenerlo con ella hasta que él fuera a recogerlo. Ante la batería de preguntas de su hermana, él dijo que estaba muy ocupado en la desarticulación de una banda criminal y que su superior le había advertido que mientras durase la operación pudieran cometer represalias gente asociada a esa banda.

—Pero ¿cómo saben esos criminales dónde vives?

—Pues porque son gente conocida por nosotros. No es la primera vez que detenemos a un importante miembro de su banda —resopló —. Pero esta vez es más serio, y por eso te pido que te lleves a Carlos a tu casa, ya.

—¿Tú estás bien?

—Claro que estoy bien. Mira, estoy pensando en asociarme con mi amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que de este modo seré yo dueño de la mitad del negocio de seguridad privada. Estoy valorándolo.

—Antes de tomar una decisión tienes que pensarlo muy bien.

—Sin embargo, quizá tenga que pasar un tiempo en una academia. Será solo unos días. Tengo que obtener más conocimientos sobre las nuevas tecnologías. Te dan una serie de clases teóricas y luego se hacen prácticas…, ya sabes…, cosas de seguridad y protección.

—¿Me lo dices en serio o hay algo que me estás ocultando?

—Lo digo absolutamente en serio. Para nada te estoy mintiendo.

—¿Dónde irás a dormir esta noche? ¿Has cenado?

—Pasaremos la noche en un hotel porque estamos a las afueras. Quizá mañana regrese y te llamo por teléfono, ¿de acuerdo? Lo de la academia igual es muy apresurado.

—Inesperado querrás decir. Yo me alegro mucho, pero podrías haber avisado antes.

—Tengo que colgar. Dale un beso de mi parte a Carlos. Chao.

Jaime levantó el pulgar al aire.

—Bien hecho. Ahora. Siguiente paso, nos vamos a…

—A la casa del amigo de tu amigo —le interrumpió.

24

A través de un contacto de Tony Combo, reservaron para Sara una suite en un hotel de cinco estrellas.

—Te lo pido de corazón, vete —repuso Dawood ante la insistencia de ella en quedarse—. En un lugar donde hay cámaras de seguridad estarás a salvo.

—Por favor, dime que todo esto es una broma.

—No lo es —replicó de manera compasiva—. Y por eso te pido perdón de todo corazón.

—Pero ¿hasta cuándo?

—Hasta que se resuelva —respondió en tono solemne.

Los dos fueron a la parte delantera de la casa, donde un taxi había llegado.

Sara titubeó.

—Estoy segura de que tienes ciertos recursos a tu alcance. Ten cuidado. Te estaré esperando.

Dawood sonrió, pero no dijo nada. Hizo un gesto al conductor, este salió, cogió la maleta y la puso en el maletero.

—Llama a El Pelicano, dices que te has tomado un par de días libres, y que continúe la actividad con normalidad.

Sara le besó.

—Ten cuidado.

—No te preocupes.

—¿Cómo que no me preocupe? De verdad, tu ego es desmedido.

Dawood sonrió.

—Lo que tengo es un ego descomunal y una ambición de estar junto a ti infinita.

—No es el momento de bromas.

—Todo acabará bien. Disfruta de la comodidad del hotel, relájate. Iré a buscarte cuando todo esto acabe. Iremos a cenar a un nuevo restaurante de pescado que he leído en una guía turística que han abierto cerca de Puerto Banús.

—Te quiero.

—Yo a ti también.

Cuando el taxi se marchó del lugar, escondido en el interior de un vehículo un hombre se irguió en el asiento y marcó en la pantalla táctil de su teléfono móvil.

La llamada interrumpió a Konstantín una partida de cartas en el interior de su yate. Se levantó y desde un rincón contestó.

—Dame noticias.

—La chica se ha marchado en taxi. En el interior de la vivienda están Tony y el indio. ¿Qué hago? ¿La sigo a ella?

Konstantín se quedó pensativo un instante.

—No —dijo al fin—. Llama al grupo, que estén preparados. Han mandado a la chica a un lugar seguro porque algo traman. Esos dos han planeado quedarse el dinero ellos solos. Mantente alerta. Cualquier otra novedad, me llamas.

Al cabo de un rato el vigilante vio por el espejo retrovisor dos vehículos todo terreno con las lunas tintadas. Aparcaron a pocos metros de distancia junto a la acera y apagaron las luces. Recibió un mensaje en su móvil. Sonrió. Estaban listos para atacar en cualquier momento. Esperaban órdenes.

Otra llamada interrumpió la partida de cartas.

Konstantín sonrió al ver el número.

—Creo que se te ha perdido algo —dijo nada más contestar.

—Las noticias viajan rápido —añadió Marquitos.

—Sí, pero llamas al número equivocado. Esto no es el departamento de objetos perdidos. Se suponía que tenías que hacerme entrega de una cantidad que veo que ya no tienes. ¿Todo esto no será un truco por tu parte?

—¿Quieres decir que he hecho desaparecer el dinero y matar a una persona de confianza? Pero ¿por quién me tomas? Sabes muy bien que yo no me quedaría con tu dinero.

—Yo no confío en ti, *hermano*. Lo único que sé es que no tengo el dinero que tendría que tener ahora mismo.

—¿Y si has sido tú quien me la está jugando?

—Eres un pedacito de mierda Marquitos, además de un mentiroso. Te dejaré con la miel en la boca. Por lo pronto te diré que en ese avión no traías siete millones sino veinte.

—Si te tuviera aquí te metería en una cárcel acusado de abuso a menores. Ten por seguro que allí los inquilinos odian a los pedófilos. Incluso la escoria de la mafia rusa y georgiana tiene otra más despreciable.

Konstantín colgó abruptamente y sonrió.

25

En el mismo avión que utilizó Enrique Cabello, un asesino llamado Orlando había llegado a Málaga.

Vestía vaqueros, una chaqueta deportiva de Adidas y zapatillas de deporte blancas de suela lisa.

Si se podía ver el alma en los ojos de una persona, Orlando no tenía. Era un sicario deportista, un amante de la violencia, un agresivo compulsivo. Físicamente era lo más parecido al personaje Luca Brasi de *El padrino*.

Alquiló un coche en el aeropuerto.

Cuando estuvo sentado frente al volante, accionó su teléfono móvil. Buscó una dirección en Google Maps.

Llegó a un edificio de muchos apartamentos. Una vez en el portal abrió un buzón con una ganzúa. Tiró al suelo toda la publicidad acumulada y sacó del fondo unas llaves.

Subió al apartamento. Entró. En el interior se fue hacia la cocina. Miró debajo del fregadero. Nada. Observó el frigorífico. El electrométrico estaba apagado. Con los nudillos golpeó los laterales. En un lateral el sonido era distinto. Encontró lo que andaba buscando. Estaba seguro.

Busco por los cajones de la encimera. Sacó un cuchillo de cocina. Fue desmontando el lateral del frigorífico. Quitó la enorme chapa. Una serie de armas como fusiles y pistolas estaban sujetas en el interior. Fue sacando todo.

Luego abrió la puerta del frigorífico. Pasó las manos por el interior. Desmontó los laterales. De ahí sacó la munición.

Su móvil emitió un sonido. Un nuevo mensaje recibido. En la pantalla apareció la foto de Jaime Chopra y una dirección.

Buscó la ubicación de nuevo en el móvil. A veinte minutos de distancia estaba del destino.

Se apresuró. Metió la munición, dos pistolas Glock, un silenciador y un subfusil en una bolsa grande de basura que encontró en el fregadero.

Limpió con un paño de cocina todo lo que había tocado. Cerró la puerta. Volvió a dejar las llaves en el interior del buzón. Salió del edificio.

Encontró la dirección.

Salió del coche.

Llevaba dentro de la chaqueta deportiva una pistola con silenciador.

La casa era un bungaló adosado, pequeño y estrecho, de tres plantas. Pertenecía a un tipo de construcción de casas unifamiliares

sin garaje ni zona comunitaria. Los edificios parecían clonados entre sí.

El exterior era completamente blanco, y si no fuera por los números pintados en dos azulejos adosados en la entrada, sería difícil diferenciar unos de otros.

Llamó al timbre.

Una mujer con un delantal puesto abrió la puerta.

—¿Sí? Dígame.

—Soy Guillermo, compañero de trabajo de…

—¿De Paco?

Posiblemente el objetivo utilizara un alias. Orlando sabía que en su profesión la gente usaba todo tipo de seudónimos y nombres falsos. Asintió.

—Sí, de Paco ¿Está en casa?

—Pues ahora mismo creo que está en el baño, dándose una ducha.

Orlando se quedó de pie, esperando a que dijera algo más. La señora vio que llevaba guantes.

—Vengo de trabajar —argumentó él, al notar la atención—. Muevo maletas y me salen callos.

Ella pareció algo sorprendida. Orlando pensó que había dicho algo incoherente, despertando la curiosidad en la mujer.

—Pase, pase. Puede esperar dentro.

Orlando entró sonriendo y cerró la puerta tras de sí.

El salón era muy estrecho. La cocina era al estilo americano, así lo denominaban.

Un niño dibujaba sobre la mesa. Levantó la cabeza y sonrió al visitante. Recibió de vuelta una amplia sonrisa por parte de aquel hombre grande, feo y siniestro.

—¿Quiere beber algo? —preguntó la mujer abriendo el frigorífico y sacando una lata de cerveza—. Ahora mismo estaba preparando la comida.

—Muchas gracias. Algo frío me sentará bien.

—¿De dónde es usted? —preguntó tendiéndole la cerveza y un vaso.

—De Venezuela, señora.

Orlando prestó atención. Por la cañería del techo podía escuchar el discurrir del agua circulando desde la planta superior. Dejó la cerveza y el vaso sobre la mesa, al lado del chico. Se bajó la cremallera de la chaqueta y sacó la pistola.

Fue tan rápido que no dio tiempo a ninguno de los dos de gritar .

Pasó por encima del cuerpo de la mujer y subió buscando el sonido del agua procedente de la ducha.

Cuando retiró la cortina de plástico de la ducha hacia un lateral,

apuntó al hombre desnudo con la pistola.

—Por favor, no dispare —imploró.

Aquel tipo no correspondía con la imagen de la fotografía que había recibido. ¿Y si se habría hecho una operación quirúrgica? Orlando sabía que en su profesión era muy común entre prófugos de la justicia y gente del hampa.

—¿Dónde tienes las maletas?

—No sé de qué me hablas.

Con el cañón de la pistola le rompió la nariz.

El hombre sangraba profusamente.

—¿Dónde tienes las maletas?

—Dentro del ropero tengo maletas, pero…

—Bien, eso es todo lo que quiero de ti.

Cerró rápidamente la cortina, como si eso fuera a protegerle. Las balas traspasaron el fino plástico. Los brazos, la cabeza y el torso quedaron envueltos en la cortina y colgando del borde de la bañera.

Orlando se aproximó al cuerpo, presionó el silenciador sobre su cabello húmedo y disparó una última bala.

No, no se había equivocado. Le había dicho dónde tenía las maletas. Trabajo resuelto. Las metería en el coche, iría al aeropuerto, utilizaría los documentos que certificaban que el equipaje era valija diplomática, las metería en el avión privado y vuelta a Venezuela.

Se apresuró en ir al dormitorio. Abrió de un golpe el armario, empujó las perchas metálicas hacia los lados, y abajo, en el interior, vio una serie de maletas. No eran catorce. ¿Las habría escondido en otro lugar? Las sacó. Eran pesadas.

Al abrirlas vio que solo contenían muestras de azulejos. Según lo que pudo leer en los folletos y en tarjetas de visita que había en el interior, aquel hombre que acababa de matar era un comercial de una empresa de cerámica.

Fue hacia la ventana y se dio cuenta de su error. La señal mencionada en el GPS era la vivienda de enfrente. Al salir con rapidez del vehículo se había desorientado, y al ver luz en el interior de aquella casa había supuesto que era la de su objetivo.

Antes de salir de la vivienda, cogió la cerveza, se la bebió de un trago, estrujó la lata y la lanzó a la cocina.

Cruzó la calzada y sin más demora efectuó una serie de disparos en la cerradura de la puerta y con una fuerte patada entró.

Permaneció quieto un instante en la oscuridad. Allí no había nadie. Se maldijo.

Su teléfono móvil emitió un sonido. Encendió el aparato y vio de nuevo la fotografía de Jaime Chopra.

Miró la nueva dirección que acompañaba a la fotografía de perfil, la sede de Sai Baba. Se guardó la pistola y salió de la vivienda.

Unos minutos más tarde se encontraba en la sede de la organización Sai Baba.

Desactivó el sistema de alarmas. Rompió una ventana y accedió al interior. El lugar estaba en penumbra y reinaba el silencio. Allí no había nadie.

Fue al departamento de administración y rebuscó por estanterías y cajones. Nada. No había cajas fuertes ni escondites secretos. Ninguna pista sobre las maletas.

Fue al despacho de Jaime Chopra. Buscó posibles escondites, debajo de una alfombra, detrás de una estantería, algún fondo falso. Nada.

Sacó el teléfono móvil y llamó a Marquitos. Le informó de que la residencia de Jaime Chopra estaba vacía, que había desaparecido y que en la sede Sai Baba no estaba el dinero ni Jaime Chopra.

—Ahora te mando un mensaje con un nuevo objetivo —contestó Marquitos.

Una vez que colgó la llamada, recibió la fotografía de Konstantín, acompañada de una dirección, un yate en Puerto Banús.

Esta vez cumpliría su misión.

26

Manolo paseaba a su perro chihuahua cuando desde la distancia vio una furgoneta llegar de repente a la casa de Steve.

Se colocó detrás de un matorral, sacó su móvil y comenzó a grabar.

—Actividades sospechosas están sucediendo en la vivienda de Steve —musitó al micrófono del aparato móvil. Desde que le agredió físicamente en el gimnasio, se la tenía jurada. Quizá ahora le pillaría *in fraganti* haciendo alguna actividad delictiva. «Quién sabe, igual le pone los cuernos a su novia, y con pruebas le chantajeo para que se largue de la urbanización». Sonrió teniendo estos pensamientos.

Pablo condujo la furgoneta hasta la rampa del garaje.

Dawood salió por la puerta principal. Con el mando a distancia abrió la puerta metálica. Pablo volvió a arrancar y aparcó en el interior; se cerró la puerta del garaje.

En la distancia, desde el interior del vehículo, agazapado, el vigilante no perdía detalle con sus pequeños binoculares digitales de visión nocturna. Había visto al conductor; sentado a su lado identificó a Jaime Chopra. Levantó un móvil y marcó un número.

—Es la furgoneta del aeropuerto, no hay duda.

—Entrad —ordenó Konstantín—. No os demoréis.

—Sí, jefe —respondió con una mueca de maniático.

La excitación. El subidón que se alcanzaba matando a una persona. Se arrebataba con los ojos inyectados en sangre.

Se puso un pasamontañas. Salió del vehículo. Era rechoncho y de baja estatura. Tenía una manera muy característica de mover los hombros de un lado a otro cuando caminaba. Era la proximidad de la muerte.

Hizo señales con una pequeña linterna.

Un grupo de seis personas también con pasamontañas se le unieron. Cuando fueron a avanzar, todos al unísono levantaron sus armas al escuchar un ladrido: había un hombre enorme en un lateral del jardín con un diminuto perro.

Manolo, petrificado de miedo, les estaba grabando con el móvil al tiempo que intentaba torpemente hacer callar a su perro.

El líder del grupo hizo un gesto. En pocos segundos le habían roto el móvil, la nariz de un culetazo y metido en el interior del maletero del coche con el perro.

Manolo sintió que se le humedecía el cuerpo. El chihuahua le había orinado encima.

Tony Combo se había presentado e introducido a Pablo y a Jaime. Comenzaba a comentarle sobre el plan de actuación cuando Dawood le hizo un gesto indicándole que guardara silencio.

Había oído unos ladridos que denotaban peligro por su tono. Solo dos personas en la urbanización tenían perro. Una señora mayor y Manolo. Ninguno de los dos jamás coincidía paseándolos. Observó el exterior desde la oscuridad del salón. Vio a varias personas armadas meter a Manolo en el maletero. Se dio la vuelta.

—Quiero que vayáis al garaje y os quedéis ahí.

—Yo me quedo, puedo ser de ayuda —sugirió Pablo.

—Ni hablar. No tienes ni idea de quiénes son. Os vais los tres abajo y cerráis la puerta.

Tony cogió por los codos a ambos.

—Venga, él sabe lo que hace.

Jaime pensó que le sonaba aquel hombre. ¿Quién era? Desprendía una especie de aura. Fuerza. Tranquilidad. Tenía algo. Un dominio sobre sí mismo espectacular. Entonces se desprendió de Tony y se acercó a Dawood.

Dawood le devolvió la mirada, dándose cuenta del escrutinio y análisis que estaba haciendo de él. Entonces Jaime dio un respingo.

—Un momento —dijo en voz alta señalando a Dawood—. Yo sé quién eres.

Dawood alzó la cabeza, mirando al techo un instante como diciendo «Ya estamos». Resopló. Al bajar la cabeza hizo una mueca como si se estuviera viendo frente a un espejo.

—Ahora no es el momento.

—Tú eres el famoso gánster.

Tony levantaba las manos.

Pablo no salía de su asombro.

—¿De qué hablas?

Jaime volvió a señalar a Dawood.

—Él es un conocido criminal indio en busca y captura por las agencias de inteligencia extranjeras, así como por la Interpol. Un capo de la economía sumergida. Se puede saber de él escribiendo su nombre en Google. Aunque en internet aparece con bigote.

—Dejemos las zarandajas de presunta integridad periodística digital y concentrémonos en lo que nos atañe ahora mismo —sugirió Tony.

—No puede ser. Nunca he oído hablar de él, ¿estás seguro? —preguntó Pablo con un dejo de incredulidad.

—Sí, señor —respondió Jaime—. Debe de tener una veintena de empresas en muchos países distintos. Hasta unidades de crimen económico andan tras él.

Un nervioso Tony tuvo que intervenir.

—Mencionemos que él es un presunto criminal y dejamos el tema, ¿queréis?

Pablo intervino.

——Un momento, ¿y se supone que él nos va a sacar de esta situación?

Tony se encaró.

—¡Eh, escuchadme! No se puede dar un diagnóstico sobre una enfermedad sin ser médico. Presentar como culpable a quien no ha sido condenado por un juez es simplemente una forma de mentir.

Dawood volvió a mirar desde un rincón de la ventana. Los hombres armados se acercaban. Contó cinco, seis, siete. Eran siete. Tendrían experiencia e iban armados. El peligro acechaba. Se giró.

—Si no desaparecéis ahora mismo, os meteré yo en el garaje a patadas —amenazó con tono grave, señalando hacia la puerta.

Los tres obedecieron con rapidez. Bajaron las escaleras que conducían al garaje.

—Tony, vete confirmando las gestiones para recoger el dinero según lo que hemos hablado –le espetó Dawood a su espalda.

—¿Nos lo vais a explicar? —inquirió Jaime mirando a Dawood desde el fondo del garaje. Volviendo la mirada a Tony, que escribía mensajes en su teléfono móvil, preguntó airado—: ¿Tenéis ya un plan sobre qué hacer con el dinero?

Dawood cerró de sopetón la puerta con llave. Bajó los plomos de la casa, que todavía encendían las luces de la entrada. Corrió a abrir la puerta principal. Si venían con malas intenciones era mejor dejarles entrar por las buenas a que causasen un ruido mayor en toda la urbanización rompiendo la puerta.

De un cajón sacó un bulto envuelto en un trapo. Lo abrió y levantó un revólver Smith & Wesson Special del 38. Olía a aceite. El número de serie estaba quemado con ácido para evitar el rastreo. Comprobó que estaba cargado de balas. Conocía esa arma como la palma de su mano.

Sopesó lo que pudiera ocurrir si los asesinos portaban armas sofisticadas. A la derecha, tenía a Fatemah y a su hija, que se habían marchado al aeropuerto, tras estar un rato en la fiesta, para coger el último vuelo del día a Madrid. Tenían una reunión en la embajada de Estados Unidos para finalizar los trámites de sus visados.

A la izquierda, tenía un cascarrabias amigo de Manolo. Estaba seguro de que al comenzar el tiroteo llamaría al 112. Pero para evitar que un proyectil pudiera traspasar los muros o cualquier tipo de explosión hiriera a su vecino, decidió situarse cerca del lado que daba a la vivienda de los iraníes, donde no había nadie en esos momentos.

Giró el cilindro del revólver y se situó de pie en una esquina junto a la pared. Perfil bajo, posición de combate. «Venga, adelante.

Sed bienvenidos».

Los siete encapuchados fueron entrando uno detrás de otro yendo cada uno por distinto lugar.

Dawood vio a uno aproximándose. Se adelantó y le dio una patada en la entrepierna. Una vez que las lentas neuronas pasaran el mensaje al cerebro del tipo, le dio un rodillazo en plena cara, cayendo al suelo hacia atrás. Dawood levantó la pistola y le metió un tiro en la cabeza.

El sonido del disparo alarmó a los tres escondidos en el garaje. Sonó otro segundo disparo. Luego un tercero.

Un cuarto encapuchado estaba agazapado con un subfusil listo para disparar. Sintió una brisa en su cuello un segundo antes de que el frío cañón del revólver le presionara la nuca.

—Suelta el arma y quítate el pasamontañas —ordenó Dawood entre dientes. El hombre obedeció—. Ahora camina hacia adelante.

Cuando el tipo dio una serie de pasos por el interior de la vivienda, un quinto y un sexto hombre vieron una figura con la cabeza descubierta. Suponiendo que era el objetivo, abrieron fuego antes de que pudiera alzar la voz. Lo acribillaron a balazos.

Desde un lateral, Dawood los vio y abrió fuego a su vez, dando en la cabeza de cada uno de ellos.

Solo quedaba un asesino vivo en la vivienda. En el tambor del revólver, dos balas más.

El tipo apareció desde la cocina. Se detuvo bruscamente y abrió fuego. Dawood se agachó, evitando la lluvia de balas. Se levantó de repente y disparó. La bala alcanzó el hombro del encapuchado haciéndole girar como un trompo. Dawood dio unos pasos hacia adelante y le volvió a disparar: la bala le impactó en la cabeza, arrancándole gran parte del cráneo.

Limpió el arma con el faldón de su camisa y la dejó sobre el cuerpo muerto de uno de los asesinos. Accionó el sistema de extinción de incendios. Previsor de lo que pudiera ocurrir en un futuro, al mudarse a aquella nueva vivienda había añadido un líquido especial en el depósito de agua de los rociadores automáticos. De este modo no solo se borrarían las huellas que hubieran dejado Sara o él en cualquier rincón de la vivienda, sino que imposibilitaría cualquier lector electrónico en detectarlas.

Se apresuró a abrir la puerta de acceso al garaje.

—Nos vamos, ya —dijo de forma tajante mientras bajaba. Los tres estaban empapados de agua. Se le quedaron mirando. Él se frotó las manos—. Bien, ¿y las llaves de la furgoneta?

—Dios mío, ¿qué ha sucedido ahí arriba? —preguntó Pablo, asustado.

—Han muerto siete personas —contestó Dawood con parsimonia

y sin atisbo de perturbación. Los tres se quedaron en sepulcral silencio mientras los rociadores del techo seguían tirando agua. Dawood dio un paso adelante, alargó un brazo en dirección a Jaime con la palma de la mano abierta—. Venga, las llaves. No tenemos tiempo. La policía no tardará en llegar.

Jaime le tendió las llaves.

Todos subieron al interior.

Dawood abrió la puerta corrediza con el mando a distancia, arrancó la furgoneta y salieron al exterior.

Alarmada por el ruido, una patrulla de la Policía Nacional acababa de llegar a la zona. Al advertir el inusual vehículo en aquella lujosa urbanización, les dio el alto. Dawood aceleró.

Se inició la persecución.

27

La música resonaba con fuerza en el interior del yate, varado a poca distancia de Puerto Banús.

En el exterior su grupo de seguridad privada caminaba por los costados de la embarcación, pendiente de cualquier anomalía que pudiera suponer poner en peligro al jefe.

Sin que pudieran oponer resistencia, uno a uno fueron cayendo por las balas disparadas con un silenciador.

Konstantín estaba sentado en un sofá, con una copa en la mano, viendo como dos jóvenes contoneaban las caderas frente a él. Bailaban al ritmo de la música electrónica. Se soltaron el sujetador. Cuando se inclinaron para quitarse la parte inferior, en el campo visual de Konstantín apareció Orlando.

Uno, dos, las mujeres cayeron al suelo. Luego apuntó al mafioso.

—Eres un tipo con clase —le espetó Orlando—. Me pregunto por qué siempre los tontos tienen suerte en la vida.

Konstantín le mirada fijamente. Tenía un arma escondida debajo de un cojín. Esperaba el momento adecuado.

—Tú eres grande y fuerte, pero estoy seguro de que no podrías conmigo en una lucha justa.

Orlando sonrió. Le pareció gracioso el desafío. Aquel hombre era alto, pero delgado, y aunque fibroso no tenía comparación alguna con sus abultados músculos. Además, él era experto en artes marciales y con densa experiencia en matar. Aquel rival era un chiste.

—Está bien, ¿quieres jugar? —preguntó Orlando, tirando la pistola por la ventana. Entonces, sacó un cuchillo—. Te daré a cambio una muerte lenta. Primero te rajaré el estómago. Te abriré en canal como a un pescado. —Sonrió—. Luego te cortaré esas enormes orejas que tienes y te las meteré en la boca. Vamos, levántate y demuéstrame qué tienes.

—Una estupenda Glock —respondió sacando de repente el arma con rapidez. Le disparó en la rodilla y se cayó al suelo como un penitente—. Ahora es el momento de que escuches en vida tus dos últimas palabras, *Adiós, amigo*.

La bala impactó en el ojo izquierdo. El ancho cuerpo de Orlando cayó al suelo hacia atrás, con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Le metió dos tiros más.

Subió corriendo arriba. Vio a sus hombres tirados sobre cubierta. Bajó una pequeña embarcación adherida al yate. Se subió y se dirigió hacia el puerto. Era momento de huir de España.

28

Habían despistado al coche de policía. Pero vendrían más.

—Ahí, ahí —dijo Tony señalando un autobús de línea parado junto a la acera; tenía el motor en marcha y en el interior había dos personas. En la parte superior unas letras iluminadas «SIN SERVICIO».

Dawood aparcó con rapidez justo pegado a la parte delantera.

—Rápido. Vamos —ordenó Dawood. Cuando saltó a la acera se encontró con la atractiva azafata empleada de Tony Combo, vestida como si se fuera de fiesta.

Todos se quedaron por un instante admirando su exuberante y voluptuoso cuerpo, con tacones altos y unas largas piernas cubiertas por unas medias negras que se podían apreciar debido a su cortísima falda.

—¿Cómo estás, guapa? —preguntó Tony.

—Ella es mi hermana —dijo sin perder la sonrisa, señalando al conductor. Otra chica que parecía el clon de ella saludó efusivamente desde el interior del autobús.

—Ciertamente, cualidades tiene.

Dawood sacaba las maletas.

—Moveos —ordenó a Pablo y a Jaime—. Id poniendo todas las maletas en el interior del autobús.

—Rápido, rápido —dijo Tony, levantando una maleta y llevándola al autobús.

Las dos chicas iban colocando una a una las maletas en el interior que les iban dando en la puerta.

Cuando terminaron, Tony subió con ellas; impávido y alegre.

—A la furgoneta —ordenó Dawood a Pablo y a Jaime, sorprendidos por todo lo que estaba sucediendo.

Cuando el autobús emprendió la marcha, dos vehículos de la policía aparecieron al otro lado de la calle. Dawood arrancó y comenzó de nuevo la persecución.

Llegaron a las inmediaciones de Puerto Banús.

Como habían planeado, Dawood frenó en el paseo marítimo. Pablo y Jaime se bajaron y se dirigieron a un puesto de manteros, fingiendo que se interesaban por ropa de marca falsa.

Dawood aceleró, enfilando al puerto.

Con una velocidad a su máxima potencia, se dirigió hacia el final del puerto, evitando atropellar a los transeúntes.

Al final del espigón, golpeó varias papeleras, dio a una farola, impactó a gran velocidad contra el bordillo y salió por encima del muro de contención.

Konstantín, que llegaba desesperado a tierra con la intención de

huir del país lo antes posible, no pudo esquivar lo que vio que se le venía encima.

Las últimas estrofas de *Il Mondo* cantadas por Jimmy Fontana y más de dos mil kilos se cayeron sobre el cuerpo del mafioso Vorí, machacando su pequeña embarcación.

A escasos metros del suceso, una pareja de hombres mayores pescaba con sus cañas desde un muro de cemento de contención.

—Se acabó la calma chicha —dijo uno.

—Creo que es hora del aperitivo —sugirió su compañero.

Los pescadores dejaron las cañas a un lado. Uno abrió una nevera, sacó dos cervezas y una fiambrera. El otro sacó un bote de aceitunas y un plato de jamón y queso.

Dawood escaló con rapidez el muro. No había tiempo que perder. Agentes de la policía corrían por las pasarelas opuestas del puerto. Señalaban la furgoneta hundiéndose sobre la barca.

—Hola, amigos —saludó sonriendo—. Que aproveche.

—Si gusta, caballero… —dijo un pescador, ofreciéndole un plato con trozos de queso curado.

—Gracias, señor —contestó Dawood, cogiendo un trozo. Alejándose con rapidez, añadió—: Una noche estupenda.

—Y entretenida —añadió el otro a sus espaldas; una amplia sonrisa surcó su rostro arrugado.

Chapoteando llegó a la entrada del paseo marítimo.

—Aquí, aquí —le llamó Jaime desde el asiento de pasajeros de un coche deportivo.

Dawood corrió y se metió dentro.

Tony, sentado al volante, arrancó.

El chillido de sirenas sonaba a la entrada y las inmediaciones de Puerto Banús. Una muchedumbre angustiada y curiosa se congregaba en los muelles y desde el muro de contención grababa y tomaban fotos con los móviles de la furgoneta hundiéndose sobre la barca.

Dawood entró en la habitación del hotel.

Sara le espera de pie, desencajada viendo su desastroso aspecto. La ropa aún la tenía húmeda.

—Bueno, ¿qué te apetece cenar esta noche? —preguntó ella.

—A decir verdad, cualquier cosa que me sirvan la quiero bien hecha.

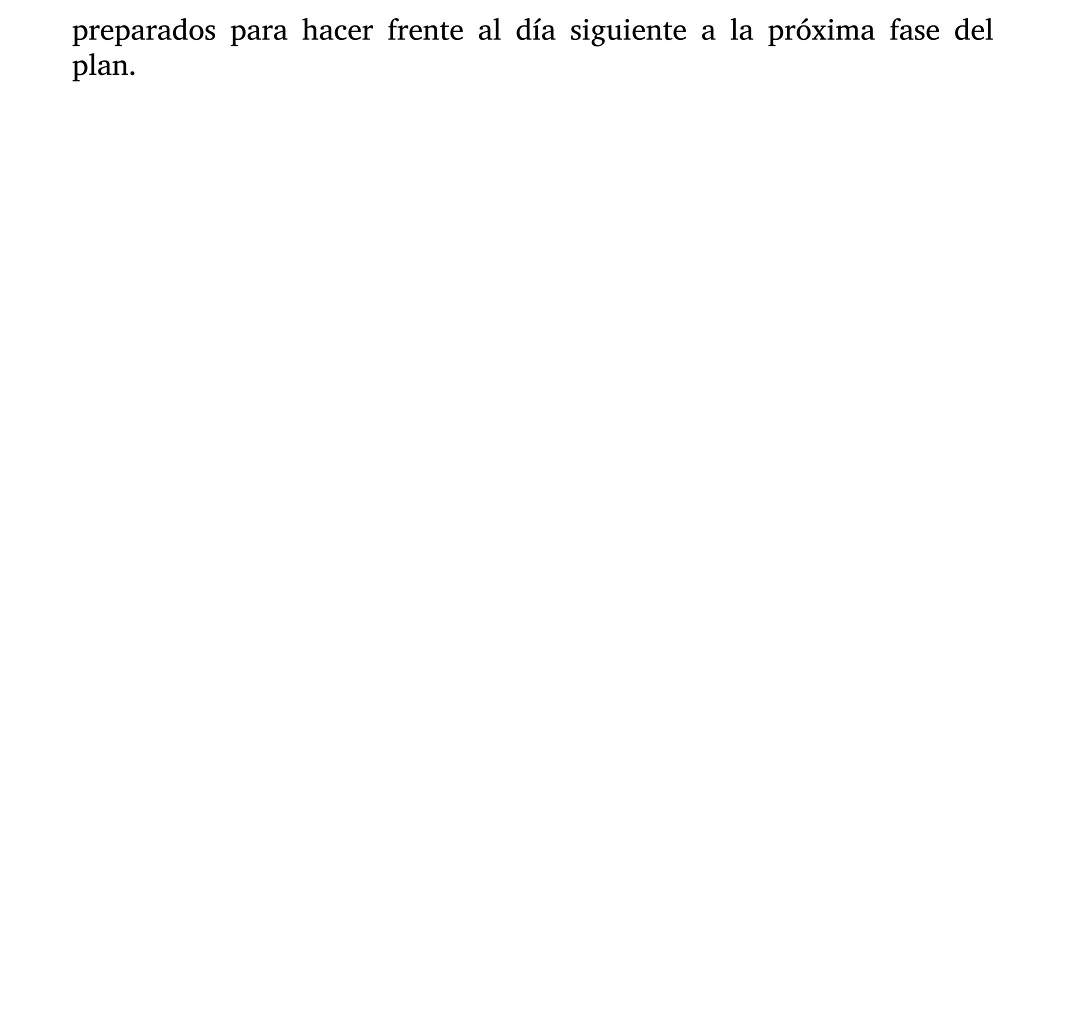
Sara rompió a reír.

—Considérate afortunado.

—Qué suerte la mía.

Para cuando una grúa sacaba el vehículo del agua y hallaban el cadáver de Konstantín, Dawood, Tony, Pablo y Jaime estaban

preparados para hacer frente al día siguiente a la próxima fase del plan.



29

Pablo se levantó con un sudor frio. Apenas había conciliado el sueño tres o cuatro horas.

No avisó a su hermana de que había vuelto de viaje.

Se duchó, se afeitó y después se vistió de paisano. Con el uniforme de costumbre cuidadosamente doblado dentro de una bolsa se fue hacia su habitual comandancia.

Durante las últimas horas había pensado mucho en el teniente y en cómo su mujer habría hecho frente a su nueva situación.

El teniente era un hombre de recursos y muchos contactos. Honorable a su manera. Estaba convencido de que jamás le delataría. Era un hombre que mantenía su palabra, respetaba lo prometido. Aun habiéndose corrompido por el dinero, era una persona con unos valores humanos hacia los compañeros muy arraigados. No le cabía duda de que hasta daría su vida por proteger a un compañero guardia civil.

Se presentó en la comandancia como si fuera un día normal.

Notaba el olor a sudor que desprendía su cuerpo. Era una reacción que él mismo había detectado en personas a las que, estando uniformado de guardia civil, había detenido o interrogado haciendo patrulla. «No puedo permitir que todo se vaya a la mierda. No».

Entró en el cuartel. Un compañero en la puerta le indicó que le esperaban en un despacho de la segunda planta.

—¿Quién? ¿El nuevo teniente?

—No, los de Asuntos Internos.

—¿Cómo pinta la situación?

—El jefe del grupo es un individuo de mucho cuidado. Un listillo. Ya han hablado con la mayoría de todos nosotros. Están en plan de querer pillar a alguien. Ya sabes…, coger a uno, abrirle expediente, lincharlo como escarmiento para mayor satisfacción de sus superiores.

Cuando se cambió de ropa en los vestuarios por el reglamentario uniforme, subió al segundo piso.

Llamó a la puerta.

—Adelante.

En el interior había cuatro personas. Una era mujer. Tenían varios archivadores y expedientes sobre las mesas, y había vasos de plástico de café y botellines de agua mineral por todos los lados.

En un rincón había una pequeña pero moderna cámara digital sobre un trípode. Pablo se fijó en que estaba apagada. De momento sería una primera toma de contacto, pensó. No sabían nada de su implicación en ningún caso.

Un hombre alargó la mano, los demás le saludaron con la cabeza; otro levantando la palma de la mano al aire con un discreto «Hola».

—Bienvenido —le dijo, indicándole que tomara asiento.

Todos iban de paisano. En la cabeza de Pablo resonaban palabras: «Asuntos Internos». Es decir, «los compañeros que se dedicaban a pillar a compañeros para meterlos entre rejas». Es decir, «la policía de la policía». Es decir, «traidores». Conclusión: la preocupación más estresante de un miembro del Cuerpo de Seguridad del Estado.

Pablo tomó asiento.

Aún no habían empezado y ya quería marcharse. Su pierna derecha comenzó a moverse de manera espontánea, se dio cuenta de que la movía de arriba abajo como si de un tic nervioso se tratara y se controló. No debía exteriorizar sus sentimientos.

Observó que todos actuaban como si él fuera un candidato a un empleo y ellos miembros de recursos humanos. Pero ¿qué se creían? ¿Que él era ingenuo? ¿Que no tenía un mínimo de conocimiento sobre el comportamiento humano?

Era el típico truco de interrogatorio sin querer parecerlo. Se sintió como si estuviera asistiendo a una entrevista de trabajo para un puesto ejecutivo en una corporación empresarial. El que le había saludado sin duda no era la persona que lideraba el grupo, al contrario. «Será el tipo del lateral que pretende estar ocupado leyendo un informe». «Qué falsos».

Pablo le miró a los ojos.

—Díganme, ¿en qué puedo servirles de ayuda?

Aquella pregunta y actitud les pilló a todos de sorpresa.

Pablo notó como el tipo del lateral había esbozado una sonrisa.

Se los había ganado. Aunque la persona que le había dado la bienvenida no perdía su aire marcial, como un militar estirado. Le daba la impresión de que era asquerosamente calculador porque irradiaba experiencia. Se afeitaba la cabeza seguramente pensando que así disimularía su prematura calvicie.

Pablo se había fijado en la tranquilidad de aquel hombre, en sus movimientos serenos. Debía de ser precavido en sus respuestas.

—Dejemos las formalidades. Hablemos de tú a tú. Tan solo queremos unos minutos de tu tiempo —había un atisbo de camarería en la voz de aquel agente de Asuntos Internos que a Pablo le pareció totalmente falso.

«Cómo huele a manipulador», pensó.

—Lo que sea necesario —dijo, con un deje de resignación.

—Quisiera que nos contases brevemente si tienes constancia de algún tipo de irregularidad o actitud que pudiera ser considerada

como inapropiada dentro de estas instalaciones o de su personal, aquí dentro y fuera.

—La verdad es que no.

Guardó silencio. Apoyó ambos antebrazos sobre la superficie de la mesa, inclinándose hacia adelante. Fue directamente al grano.

—Mira, Pablo. La situación es esta. Conocemos a los policías malos. Están por todos los lados, en cuarteles, comandancias, comisarías… Si hay algo que uno aprende en este oficio a lo largo de los años es que las intenciones de nuestros compañeros a veces pueden ser infinitamente retorcidas.

Él lo consideró un ataque personal, ante todo amaba a la Guardia Civil y todo lo que representaba. Notó la tensión en los músculos. Sin embargo, de nuevo evitó exteriorizar sus sentimientos.

—Eso no está bien.

—¿Qué no está bien?

—No ha sido nada amable. Hablar de ese modo. Generalizar.

El agente echó el cuerpo hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo de la silla.

—Verás, no eres sospechosos de nada. Estamos recopilando toda la información posible que podamos recabar sobre el robo de una ingente cantidad de droga que sucedió hace unos días en el puerto de Málaga. Existen ciertas probabilidades de que tú hayas visto o, al menos, hayas podido oír algo.

—La verdad es que no.

—No quiero una declaración por tu parte. Entiende que esto solo es una conversación entre colegas. La investigación que realizamos consiste siempre entre un ochenta y un noventa por ciento de trabajo de despacho en escritorio, con ordenadores. El resto es puro trabajo de campo. Lo que ahora mismo hacemos, mantener conversaciones con el entorno. Lo que digas aquí no tendrá repercusión judicial. Quiero decir…

—Quieres decir que si menciono el nombre de algún compañero no se sabrá que he sido yo quien lo señaló.

—Efectivamente. Así es. Dime, ¿cómo es el ambiente aquí entre vosotros? ¿Existe alguna fricción? Puede que incluso alguien haya tenido querencia por un exceso de fuerza contra un ciudadano o un inmigrante y personas como tú no aprueben tal comportamiento. Alguna persona obsesionada con chaladuras conspiranoicas.

A Pablo le vino a la cabeza que aquel tipo era lo más parecido a un personaje amargado de una serie de novelas policiacas contemporáneas de mucho éxito. Hacía poco habían anunciado la realización de una serie de televisión basada en estos libros.

—Mmm, no. Que yo sepa nadie está aquí trabajando con rencor hacia un compañero. No hay enemistades. Hay buen rollo. Ya me

entiendes. Nos llevamos todos bien.

—Hemos averiguado que las videocámaras de vigilancia CCTV que siempre han estado en perfecto y continuo funcionamiento en el puerto se encontraron apagadas minutos antes del robo. Esto nos ha hecho pensar que estuvo muy bien planificado y que hubo gente conocedora de las tecnologías. ¿Conoces a algún compañero que pudiera tener conocimiento en técnicas de sabotaje o haya estudiado un curso sobre el tema o sea avanzado en tecnologías informáticas?

—No.

—Vale. Ahora quisiera preguntarte si tienes constancia de algún compañero que lea muchos libros, al que le guste la lectura.

Pablo sonrió. No sabía que contestar. «¿Esta gente está de broma?». «¿Adónde quería llegar?». Una pregunta absolutamente imprevista. El silencio resonaba en la estancia.

—¿Qué tipo de libros?

—Por ejemplo, manuales de supervivencia urbana o de técnicas de sabotaje.

Tomó una profunda inspiración antes de contestar.

—Creía que me dirías sobre el tipo de periódicos que solemos leer. Tenemos el *As*, el *Marca*, el *Sport*…

La mujer, que hasta entonces había permanecido expectante, observadora, tomó por primera vez la palabra. No parecía muy contenta. Le interrumpió.

—Lecturas sobre cómo pelear con un cinturón o cómo romper una botella, como se ve en las películas, pero del modo correcto. Qué hacer si alguien nos sigue. Técnicas de conducción defensiva. Cómo hacer un torniquete correctamente. Cómo usar un arma de fuego, un cuchillo o un paraguas para defendernos. Cómo abrir cerraduras y puertas o cómo bloquear una puerta durante un ataque. Qué comida guardar y cómo cocinar con métodos improvisados.

Pablo la observó mientras hablaba. Volviendo su atención al hombre de las preguntas, contestó.

—No. No tengo conocimiento de que haya alguien que lea ese tipo de literatura.

La última palabra causó su efecto, sonrieron.

—Comprendo que pese un cierto honor entre compañeros —siguió diciendo el tipo—, pero conviene separar la fruta podrida del cesto para que el resto no sea afectado. Habrás sabido dónde ha acabado el teniente de esta comandancia, me entiendes, ¿verdad? Te repito que lo que nos digas será bajo un compromiso de confidencialidad.

Pablo arrugó la frente. Una cosa era ser una persona corrompida, incluso pudiera ser un guardia civil caído en desgracia, pero otra distinta era ser un chivato, un traidor a sus compañeros. El

compañerismo y el honor como guardia civil jamás lo perdería.

—¿Hemos terminado? La verdad es que tengo cosas pendientes que hacer antes del almuerzo.

—Te noto algo tenso. Antes has mostrado predisposición y ahora de repente te quieres marchar ¿Estás nervioso por algo? ¿Es por el teniente? ¿Tenías una relación cercana con él?

Su intuición le decía que debía cambiar de actitud; de lo contrario, intentarían mostrar que tenía algo que ocultar.

Pablo suspiró antes de contestar. Se recompuso.

—Creo que se me ha podido malinterpretar. Quería decir que si ya no hay más preguntas a las que queréis que conteste, debo irme a realizar mi trabajo. —Se levantó—. Y mi relación con el teniente ha sido únicamente profesional. Bastante ocupado estoy cuando termino mi turno.

—¿Tienes prisa por irte? —preguntó la mujer.

Aquello era una impertinencia, pero Pablo no era tonto y sabía que pretendía desestabilizarle y que reaccionara de tal manera que podrían analizarle.

De nuevo hubo silencio. Pablo analizaba el modo en el que debía contestar.

—Si requerís mi presencia otra vez, estaré encantado de responder a cualquiera de vuestras preguntas. Pero tengo unos informes pendientes que terminar hoy.

—Vamos a estar aquí unos días; así pues, creo que nos volveremos a ver. Seguramente, mañana.

Pablo alzó las manos.

—Estoy a vuestra disposición, para todo el tiempo que me necesitéis.

Al mediodía, a la hora del almuerzo, Pablo salió del edificio. Desde el interior de un Mini Cooper aparcado a escasos metros, Dawood sacó el brazo por la ventana. Pablo subió y Dawood arrancó.

—Estoy nervioso. Muy nervioso.

—Es normal —dijo Dawood.

—Me volverán a llamar. No darán conmigo y entonces, ¿qué? Declarado en busca y captura.

—Para entonces ya estarás lejos y bajo otra identidad.

—Si todo sale bien.

Dawood le observó y volvió su atención a la carretera.

—Todo saldrá bien.

30

Jaime Chopra miró el reloj. Estaba impaciente. Se relajó.

Se encontraba sentado en un banco en la comisaría de policía. Lo sucedido la víspera en Puerto Banús copaba las noticias del día. Lo había oído comentar a la gente que esperaba en la sala y que leía las noticias virales a través de sus móviles. «Tras una larga persecución de película por las calles de Marbella, un mafioso asesino murió tras caer la furgoneta que conducía sobre una barca».

Horas antes, al volver a su vivienda, se la había encontrado precintada, debido al destrozo de la puerta delantera. El impacto de los proyectiles era evidente. En la vivienda de enfrente se había cometido un crimen. Había muchos agentes de la policía.

Al identificarse como propietario de la casa allanada, le habían comunicado que debía pernoctar en un hotel o la vivienda de un familiar y personarse a la mañana siguiente en comisaría.

Una vez que se presentó al agente que hacía guardia en la entrada del edificio, este le indicó dónde dirigirse. En el interior otro agente le comunicó que era demasiado pronto pero le dijo dónde podía esperar.

Durante su tiempo de espera había visto desfilar a personas de todo el espectro social. Madres con hijos, gitanos, borrachos, inmigrantes legales, ilegales pillados cometiendo robos en gasolineras y tiendas de Marbella, proxenetas, maltratadores, mujeres que insistían en denunciar falsamente a sus parejas.

Pero sobre todo a jóvenes. Uno tenía el pelo teñido de rojo. Otro de rubio. Llevaban *piercings* en las cejas y en la nariz. Otros con grandes y espesas rastras con camisetas que ponían eslóganes anticapitalistas y símbolos que ensalzaban el comunismo. Con una extraña chulería contestaban a los agentes de la autoridad.

Jaime se preguntó: pero ¿adónde va hoy en día la nueva generación de jóvenes? Decían ser de la ultraizquierda, anticapitalistas. Habían sido detenidos de madrugada en un parque público con enormes cantidades de hachís. Habían pasado las últimas horas en el calabozo. Se creían tener derecho de romper las reglas del juego. La Policía Nacional estaba ahí para impedírselo.

Por fin, un oficial salió de un despacho y le hizo llamar.

En la habitación había dos agentes con uniformes de la Policía Nacional.

Jaime escaneó sus expresiones y rostros. Pensativos y comedidos. Los dos irradiaban buena voluntad, consideración. No le pareció que tuvieran una actitud engañosa. En resumen, iba a recibir preguntas directas.

—Tome asiento.

—Gracias.

—Le agradecemos que haya venido y esté dispuesto a contestar a nuestras preguntas.

—No creo que se hayan llevado nada de mi casa, pero lo ocurrido a los vecinos de enfrente, ha sido verdaderamente horrible.

—Así es, pero no queremos preguntarle sobre eso.

—¿Ah, no?

—Usted fue testigo de un accidente en el aeropuerto de Málaga —dijo el otro agente.

—Hemos hablado con las personas que acudieron al lugar —añadió su compañero—. El empleado del aeropuerto confirmó que la muerte del ciudadano venezolano había sido un accidente. Pero aun así queremos hacer ciertas preguntas sobre el motivo que pudo propiciar aquella reacción tan extraña.

Nada de cháchara. Nada de comentarios irrelevantes para analizar a la persona cuestionada. Había un estilo directo. Sin medias tintas. Sin trivialidades. Una auténtica mentalidad policiaca.

—Sí, un trágico accidente. Lo vi con mis propios ojos. De hecho, corrí en su auxilio y estuve allí hasta que la ambulancia se lo llevó. Respondí a las preguntas de la policía en ese momento.

—Ya. Lo he leído en el informe de mis compañeros. Pero aquí es diferente.

—Adelante. Dígame qué quieren de mí. Me tienen a su disposición.

—Se trata de hacer las preguntas correctas, sin presuponer las respuestas.

—¿Adónde quieren llegar?

—Mi compañero y yo queremos que los testigos no fabulen, y recuerden la verdad.

—Mire, si pretende que diga algo y esto me comprometa judicialmente, tendré que llamar a un abogado.

El investigador intentó que pareciera la situación controlada.

—Esta es una reunión informal. No hay necesidad de involucrar a un abogado porque se trata solo de un detalle que queremos resolver y que le atañe directamente a usted.

—¿A mí? Yo no tengo relación alguna con la víctima.

El agente sacó un folleto de la organización Sai Baba de Marbella.

—Este folleto lo llevaba la víctima en el bolsillo.

Jaime sonrió.

—Ya sé por dónde quiere ir. Aunque tuviera ese folleto en el bolsillo porque yo se lo hubiera dado, no prueba una relación personal entre él y yo, mucho menos para relacionarme con su muerte, que ha

sido a las claras, y así lo atestigua el operario del aeropuerto que lo mató por accidente, una muerte fortuita. Nada más.

—¿Mantuvo conversación con él?

—No me acuerdo. Quizá intercambiáramos un saludo, y le diera un folleto de la organización que presido.

—Según hemos visionado en las cámaras de seguridad, se paró ante usted.

—Ahora que lo dice… —fingió que recordaba algún detalle—, me preguntó qué era lo que tenía yo en la mano.

—Entonces le arrancó este folleto de las manos —dijo mostrando el folleto—, y salió corriendo detrás de una furgoneta.

—Vaya, pues sí. Sí, eso es. Me arrancó de las manos el folleto y, sin mediar palabra, se echó a la carrera.

—¿Qué había en el interior de las maletas? ¿Droga?

—No sé de qué me está hablando. ¿Cómo iba saberlo yo?

—Porque usted fue al aeropuerto a recogerlo.

—No, yo estaba allí esperando a un miembro de la organización religiosa que presido. Viajaba desde la India. Por eso yo llevaba en la mano el folleto, para que me reconociera.

—E iba a salir por aquella puerta de salidas en particular. ¿Por qué no en la puerta de salida que toma todo viajero cuando llega al aeropuerto de Málaga?

—Lamentablemente, me equivoqué de puerta.

—¿Por qué miente?

—No miento.

—Lo está haciendo. —Movió la mano como si tratara de espantar una mosca—. Hay imágenes de usted caminando por el interior de la terminal junto con Enrique Cabello. Incluso sentados amigablemente en la sala de espera VIP.

Jaime guardó silencio. No sabía qué decir. Cavilaba.

—¿Cómo se llama la persona que fue usted a recoger? —preguntó el otro agente.

—Swami Venkateshram. Sin embargo, en su pasaporte tendrá otro nombre algo distinto.

—Explíquese.

—Normalmente los hindúes, especialmente del sur del país, están registrados oficialmente con nombres muy extensos. En documentos oficiales figuran así, pero luego los acortan.

El investigador escribió algo en su cuaderno. Sonrió socarronamente.

—Averiguaremos la llegada esa misma noche de pasajeros de origen indio. Y contactaremos con la embajada de España en Nueva Delhi para averiguar a quiénes han facilitado visados.

Jaime no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Por favor, háganlo. Pero el viajero no llegó. Por lo visto me llamó desde Ámsterdam informando de que había perdido el enlace.

—Y ese indio, ¿volvió a coger el vuelo del día siguiente a Málaga? ¿Ha vuelto usted al aeropuerto para recogerlo?

—Se volvió a la India. Por lo visto en inmigración vieron que su visado Schengen, presentaba ciertas anomalías. Su agente de viajes en la India debió de cometer algún error.

—¿Dónde están las maletas que trajo en avión el venezolano?

Jaime meneó la cabeza de mala gana, gesticulando con una mueca que indicaba su sorpresa por la pregunta.

—La verdad, no sé de qué me habla. Es como si me preguntara el resultado de la liga de fútbol.

—Puede que no siga el fútbol, pero sí que sabe de qué le estoy hablando. Se le ve a usted en las cámaras dando instrucciones al personal de una empresa de seguridad privada. A unos empleados que vamos a cuestionar, también. Como también vamos a investigar a fondo su organización religiosa.

—Mire. Quizá estaría ayudando a ese pasajero que se encontraba algo perdido tras su llegada a España en un vuelo muy largo. Por eso me han visto en las imágenes de las cámaras de seguridad hablando con él.

—Anoche encontraron la furgoneta en aguas de Puerto Banús.

—¿Qué furgoneta?

—Cómo que qué furgoneta… Detrás de la que salió corriendo el venezolano como un energúmeno una vez que le arrebató a usted el folleto.

—Ah, esa. Pues es una buena noticia. ¿Y el conductor?

—Ahogado. Impactó contra una embarcación que varaba sin rumbo. El golpe fue tan brutal que falleció en el acto. Por lo visto era un conocido mafioso del crimen organizado.

—Particularmente —añadió su compañero— de la cultura criminal de los Vorí.

—Desconozco el crimen organizado. Pero si requieren alguna cosa más por mi parte, por favor, háganmelo saber.

—Se puede marchar. Pero quiero que se presente aquí en comisaría todos los días.

—¿Qué quiere decir? ¿Significa que soy sospechoso?

—Quiero decir que hay lagunas en este caso. Su implicación está muy clara pero no así las pruebas que unan los lazos sueltos que justifiquen su detención.

Jaime sopesó cuidadosamente su respuesta.

—Creo que para entonces me habré reunido con mi abogado.

—Si eso le tranquiliza, hágalo. Pero no debe alejarse demasiado. Si tiene que marcharse fuera de la ciudad por motivo laboral o

familiar de extrema urgencia, antes de irse debe dejarnos la dirección del sitio donde se va a alojar.

Cuando Jaime salió de la comisaria un coche circulaba despacio por la calzada a su misma altura.

Pablo le hizo una señal desde la ventana y abrió la puerta de atrás. Jaime se subió de un salto, dejándose caer en el asiento trasero.

Dawood se incorporó al tráfico.

—Tengo que pasar por mi despacho —anunció Jaime.

—Dijimos que nada de equipaje —contestó Dawood mirando por el espejo retrovisor interior—. Hay que dejar todo atrás. Además, según lo planeado, esta noche un equipo de confianza irá a limpiar vuestras viviendas de todo tipo de material electrónico, como ordenadores.

—Es importante. No quiero llevarme nada, solo destruirlo.

Dawood resopló.

—Está bien. Pero tiene que ser rápido.

31

Jaime salió del coche y se dirigió a la entrada.

Desde el interior del vehículo Dawood le observaba con impaciencia. No le gustaba aquel imprevisto. Hasta ahora todo había salido según lo acordado.

Jaime tecleó la contraseña y la puerta se accionó. Cruzó el salón de conferencias.

—Mira quién está aquí —dijo una voz desde la oscuridad.

La mirada de Jaime, desenfocada. Miraba de un sitio a otro. Sorprendido.

—¿Quién es? ¿Quién eres?

Marquitos salió de la oscuridad. Sonreía. En la mano tenía un arma. Jaime no era ningún experto, pero a toda vista tenía un silenciador.

—Tus amigos de fuera no oirán cómo te mato. —Cambió la expresión de la cara. La sonrisa había desaparecido—. ¿Qué? ¿Te marchas del país con mi dinero?

Aquello más que una acusación era una constatación fatídica.

—Yo…

—Entra en tu despacho.

Una vez dentro Jaime vio la caja con sus recuerdos personales de Sai Baba encima del escritorio y todo su contenido esparcido sobre la superficie. Los cajones estaban abiertos. Los libros de las estanterías en el suelo sobre la alfombra oriental.

—Mis amigos se van a alarmar si no vuelvo enseguida —dijo nervioso.

Marquitos respondió con tranquilidad:

—Ya me encargaré yo de ellos cuando haya acabado contigo. —Con el cañón de la pistola empujó los valiosos objetos—. Sé muy bien cómo te ganaste la confianza del santón hindú.

—No tengo nada que ocultar —dijo entre dientes; se debatía entre saltar sobre él y golpearle. El corazón comenzaba a palpitarle con tal intensidad que sentía arder el pecho. Dio unos pasos hacia adelante.

Marquitos parecía como si tuviera todo el tiempo del mundo y saboreara cada momento.

—¿Qué quieres, maricón? —Soltó una risita—. Te acercas y te meto una bala en el estómago. Una muerte lenta es lo que te mereces.

—Vete a la mierda.

Marquitos disparó. La bala se incrustó en el armario a pocos centímetros de Jaime.

—La próxima no fallaré. Mete todo esto en la caja.

Jaime comenzó a meter con prisa todos los objetos de valor en el interior.

—Puedes llevarte todo. Vale una fortuna. Yo no lo quiero —dijo Jaime entre dientes, con rabia contenida. Parecía estar a punto de explotar a llorar. Le lagrimeaban los ojos y le caía saliva por la comisura de los labios.

—Ya. Veo su valor. ¿Cuántas veces tuviste que satisfacer a Sai Baba, eh?

Jaime le tiró un puñado de relojes. Marquitos se apartó y soltó una carcajada. Le divertía cómo reaccionaba.

—Eres un desgraciado.

—¿Cuántas veces fuiste a esa habitación pequeña, eh? —volvió a preguntar una y otra vez entre risas—. ¿Qué tal fue el sexo con dios, eh? Vas a morir avergonzado, ¡maricón!

Jaime se tapó la cara con las manos. Se retorció. Parecía que entraba en trance. Las imágenes le invadían, le ofuscaban la mente. Cayó de rodillas al suelo. Le rechinaron los dientes. Soltó un ahogado grito entre sollozos. Todo el cuerpo le gritaba. Explotó a llorar descontroladamente.

El venezolano vio esa actitud desmedida.

—¿Dónde está el dinero? —gritó Marquitos acercando la pistola a la altura de su cabeza—. ¿Lo tienen tus amigos de ahí fuera? —Jaime lloraba a más no poder. Ahora Marquitos parecía inquieto. Le puso el cañón en la cabeza para matarlo.

Un disparo. La bala destrozó el cráneo de Marquitos. El cuerpo cayó de bruces sobre los objetos extendidos por el escritorio.

Jaime se quitó las manos del rostro. Abrió los ojos. Dawood estaba de pie con una pistola; detrás estaba Pablo.

—Ahora sabéis por qué quise quitarles el dinero. El santón de Nicolás Maduro y esa cohorte a su alrededor abusó sexualmente de mí cuando era joven. Quise vengarme del indio creando esta sede en España y sacarles dinero. ¡Cuánto más, mejor! —gritó entre dientes—. Durante años he ido desviando mucho dinero, blanqueando. Pero cuando este hombre del gobierno de la narcodictadura de Venezuela me habló de veinte millones para guardar aquí en la sede de Sai Baba, pensé que era el momento de aprovecharme de mi posición, apoderarme del dinero y dejar todo atrás.

Dawood se acercó.

—Hay un proverbio indio que dice: «Cuando naces, todos los de alrededor sonríen y tú lloras; vive la vida de tal forma que, al morir, todos los de alrededor lloren y tú sonrías». —Le sujetó por el codo y con ayuda de Pablo le levantaron del suelo—. Coge lo que tengas que llevarte y vámonos.

—El dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional —murmuró

mirando la caja sobre la mesa.

—Eso es —asintió Dawood—. Mortificarse con un trauma del pasado solo depende de ti; cuanto antes lo superes, antes podrás avanzar.

Jaime comenzó a poner todos los objetos en el interior de la caja. Dawood apartó el cuerpo de Marquitos y entre los tres terminaron de recoger aquellos objetos valiosos.

Minutos después desde el interior del coche veían a Jaime Chopra de pie sobre unas rocas frente al mar Mediterráneo.

—Bueno, pongamos un poco de música —dijo Dawood dando un suspiro—. «Gane cinco mil euros a la semana. Es algo muy poderoso, fácil y que podemos hacer en minutos. ¿Quiere ser millonario? Llame ahora mismo al número...» —Apagó la radio—. Si fuera tan fácil ganar dinero, todo el mundo lo haría, y si ese método existiera, muy posiblemente no estaría anunciado, ya que cuando un modelo de negocio está saturado deja de ser rentable.

Desde el asiento de pasajeros Pablo se inclinó hacia adelante. Parecía algo cohibido.

—Quiero agradecerte lo que has hecho por Jaime, y… por mí también.

Dawood le miró por el espejo retrovisor. Frunció el ceño.

—Manteneos según el plan. De esta forma me sentiré agradecido.

Ambos observaron a Jaime frente al mar. El día se había puesto nuboso, gris.

—Creo que echaré de menos el mar, la playa…

Dawood volvió a mirarle por el espejo.

—La felicidad aparece cuando lo que piensas, lo que dices y lo que haces están en armonía. —Dawood hizo una pausa—. Estoy convencido de que allá donde vayas te sentirás satisfecho y muy feliz.

—Gracias —dijo Pablo con una sincera sonrisa.

—Así es, amigo. De hecho, ser optimista no le hace daño a nadie. Siempre puedes llorar luego.

Pablo rio.

A pocos metros del agua Jaime abrió la caja, cogió un puñado y comenzó a tirar al mar los objetos. Luego lanzó a lo lejos la caja vacía.

Minutos después Dawood aparcó en las inmediaciones del aeropuerto, fuera del objetivo de las cámaras de seguridad. Miró al cielo. Presagiaba lluvia.

—Menos mal que no soy yo el que viaja. Odio los aviones. A pesar de que haya turbulencias, os deseo un buen vuelo.

Jaime y Pablo salieron del coche. Iban disfrazados de pilotos. Dawood se despidió de ellos con un fuerte apretón de manos y un abrazo.

Cruzaron una terminal. Pasaron los controles mostrando unas

identificaciones falsas, adquiridas por Tony Combo a través de sus contactos. Accedieron a un hangar privado. Allí, una aeronave Beechcraft les esperaba.

32

Pusieron en busca y captura a Jaime Chopra.

Se destapó su entramado de lavado de dinero a través de la sede Sai Baba en Marbella: fraudes, flujos económicos sin declarar desorbitados e injustificados, falsedad contable, evasión fiscal a través de filiales *offshore* y sociedades anónimas, sustracción de créditos públicos, etcétera. Se emprendieron acciones para la detección y la confiscación de su patrimonio.

Desde la sede central de Sai Baba en la comarca de Puttaparti, expidieron un comunicado oficial desvinculándose de las actividades del español aludiendo que este quería formar una organización religiosa independiente. Le pusieron a su vez una denuncia en la India y otra en la embajada de España en Nueva Delhi.

Una fría mañana de invierno apareció el cuerpo de un hombre en la playa de La Fontanilla, junto al puerto deportivo de Marbella. Carecía de mandíbula y tenía las yemas de los dedos cercenadas. Se encontró en el interior de su monedero dinero en metálico y una estampa de Sai Baba.

De este modo las pesquisas sobre el paradero de Jaime Chopra y la investigación tocaron a su fin, y se declaró que ese cuerpo destrozado pertenecía al fugitivo en busca y captura.

Los investigadores policiales dedujeron que había sido víctima de la mafia, debido a las implicaciones en el entramado de lavado de dinero.

Las sospechas que tenían los de Asuntos Internos acerca de la posible implicación de Pablo Carrasco en la red criminal no dieron ningún resultado.

Al día siguiente de su desaparición, agentes de la Guardia Civil visitaron a su hermana. Le dieron el pésame. Algunos de ellos habían sido compañeros de Pablo desde sus inicios como guardia civil.

Le informaron de que en el tramo entre la carretera entre Burguillos y Castilblanco de los Arroyos, en la provincia de Sevilla, se salió de la carretera chocando contra un camión cisterna. Se encontraron dos cuerpos calcinados y una silla de ruedas. Tras la autopsia y la investigación se dedujo que eran padre e hijo.

¿Por qué habría emprendido aquel viaje tan repentino con su hijo Carlos? Su hermana respondió que, en su afán de buscar lo mejor para su hijo, querría visitar una escuela en el campo para personas con discapacidad. Era un nuevo método, decía. Durante los últimos días lo había visto tenso, apagado, con mucha presión psicológica tras la

noticia de los escándalos de corrupción en el cuartel y el arresto de compañeros. Por ese motivo, en un arrebato, con ansias de querer evadirse, no les habría informado como tampoco al colegio de su hijo.

¿Qué hacía el camión cisterna lleno de combustible aparcado en esa zona? Nunca se pudo saber. ¿Quién era el conductor? ¿Quién lo aparcó allí? ¿Dónde estaba el conductor? Nunca se supo.

Una negligencia, se decretó.

Sin embargo, se llegó a la conclusión irrefutable de que el conductor se dio a la fuga porque el combustible que transportaba era de contrabando. Tras la investigación, la Guardia Civil encontró partes de la carrocería del vehículo cuya procedencia eran sin duda alguna de Marruecos.

Caso finiquitado.

Unos días después la hermana de Pablo recibió un mensaje desde un número desconocido. Lo acompañaba una fotografía. Cliqueó y se llevó una mano a la boca para sofocar el grito que estuvo a punto de proferir: Carlos estaba subido encima de un caballo. Pablo, de pie a su lado. El paisaje era muy verde. El cielo era gris, taponado por nubes. Padre e hijo sonreían como si fueran las personas más felices del mundo. Lloró de alegría.

Meses antes, el avión privado Beechcraft había aterrizado en una ciudad escocesa. Jaime se despidió de Pablo. De ahí cogió un vuelo con destino a Brasil, donde se sometió a una operación de cirugía estética.

Con un nuevo rostro tomaría otro vuelo para Canadá. Allí viviría el resto de sus días, entre viajes por países americanos. Se convertiría en un exitoso escritor de libros de autoayuda, de reflexiones personales y sobre cómo alcanzar la felicidad.

Con el nuevo nombre e identidad que había adoptado fue además un exitoso conferenciante sobre gestión del cambio, motivación, resiliencia y bienestar personal. Se casó con su secretaria y tuvo una vida feliz.

Pablo Carrasco aterrizó en un pequeño aeródromo de Irlanda. Allí le esperaba un vehículo privado con un conductor cuya orden era llevar al pasajero a un edificio de apartamentos en la ciudad de Waterford, en la costa sureste del país.

Permaneció cuatro días prácticamente dentro del pequeño apartamento. Salía para dar vueltas al parque público que tenía enfrente y comprar comida en el supermercado.

Una tarde volvía de comprar en el supermercado cuando el

mismo conductor y vehículo que le había traído le esperaba en la puerta del edificio.

Una hora más tarde se encontraba en una granja escuela de caballos. Su hijo Carlos permanecía en su silla de ruedas junto a una monitora pelirroja, algo rechoncha y llena de pecas.

La piel se le puso de gallina. ¿Cómo había llegado su hijo hasta allí? Entonces creyó de verdad en las palabras que le había dicho aquel indio llamado Dawood.

No solo acabó enamorado del lugar sino de la simpática y alegre monitora de su hijo. Un año después formaban una familia feliz.

Le costó su tiempo hablar inglés con fluidez, pero lo consiguió. Invirtió parte de su dinero en la granja escuela. Se convirtió en un experto en la cría de caballos.

Tanto Jaime como Pablo y su hijo recibieron una nueva documentación e identidad.

Tony Combo se encargó de abrirles cuentas bancarias en paraísos fiscales, con cantidades en absoluto desdeñables. Gozaron de impunidad para aventurarse a emprender actividades económicas lícitas.

Dawood rechazó quedarse con su parte. Pidió a Tony que abriese también cuentas bancarias a nombre de Fatemah y de Mina, y les transfirió el dinero.

Fatemah y su hija Mina se asentaron en Boston, Massachusetts. Ella abrió una tienda de bolsos y complementos de cuero procedentes de Irán. Una fábrica de la ciudad de Mashad le proveía de los artículos. Los diseños eran modernos y vanguardistas. Por eso tuvo mucho éxito en Estados Unidos. Abrió dos tiendas más. Su hija Mina estudió en un conservatorio y acabó accediendo a la universidad.

Mientras tanto, en la Costa del Sol proliferaban guetos de inmigrantes ilegales que llegaban a las costas del sur de España a bordo de pateras previamente remolcadas por mafias organizadas disfrazadas de ONG, gracias al paraguas que les brindaban las corruptas instituciones humanitarias que vivían del tráfico de personas y del apoyo a la diversidad que proclamaban los políticos de extrema izquierda con intereses espurios.

El dinero llovía a raudales para quienes seguían las doctrinas de los políticos en cuanto a la inmigración descontrolada.

Algunos analistas argumentaban con estadísticas que los españoles estaban en extinción por puro peso poblacional. Mientras que una pareja de españoles paseaba al perro, una mujer musulmana

caminaba por la calle con cuatro, cinco o más hijos. Se vaticinaba que la cultura española iría a desaparecer porque los propios españoles no la defendían. El islam comenzaba a enseñarse en los colegios y se ridiculizaban los festejos y tradiciones españolas: se imponían los intereses de grupos musulmanes, a los que no había que ofender.

Los menores inmigrantes ilegales comenzaron a formar grupos, a organizarse en bandas. Empezaron la delincuencia y las peleas por la hegemonía de tal o cual territorio. Se unieron y pelearon con bandas latinas y de Europa del Este.

Eran una bomba de relojería. Un peligro social. Se juntaban en parques públicos, donde orinaban y defecaban sin pudor alguno, se sentaban sobre los respaldos de los bancos, se drogaban y atracaban a atemorizados jóvenes españoles robándoles dinero y teléfonos móviles.

Recibían una prestación económica por parte del Estado español y deambulaban por las calles delinquiendo, ya que la mayoría no quería ni buscaba un puesto de trabajo y ni mucho menos adaptarse a la sociedad y la cultura española.

Muchos jóvenes ilegales de Argelia y Marruecos eran adictos al pegamento que inhalaban y vendían drogas que traían en pateras más inmigrantes. Andalucía constituía la puerta de entrada a Europa para el tráfico de hachís y seguía siendo la meta para las mafias de tráfico de personas.

El reconocimiento de este peligro en auge por parte de las autoridades hizo que se fijase como una prioridad urgente su erradicación. Muchos de esos inmigrantes ilegales optaron por viajar a Francia y a Bélgica.

La gente de fuera pensaba que Marbella era un lugar apacible, cómodo, agradable, feliz. Pero si se rascaba un poco la superficie, allí solo había corrupción y crimen por doquier. Sobre todo, en las altas esferas de la sociedad, disfrazado de vergonzoso lujo, vanidad y narcisismo en las riquezas de los oligarcas rusos y en las ocultas de jeques árabes.

En Venezuela, donde la extrema izquierda estaba en auge, el gobierno de la narcodictadura seguía desconfiando de la libertad de prensa, el imperio de la ley y en la democracia.

El siniestro deceso en España del tarotista y personaje televisivo Enrique Cabello se interpretó en Caracas como un desgraciado accidente ocurrido en circunstancias previsibles, debido a que en una concurrida carretera cruzó la calzada fuera de la zona marcada en el asfalto para peatones.

El gobierno venezolano se desentendió de las pocas preguntas que el gobierno español le hizo. No le constaba que el conocido

presentador televisivo viajara a Málaga. Aun así, poseía inmunidad diplomática.

Tampoco hubo explicaciones acerca de la muerte de Orlando ni de Marquitos. De nuevo la embajada de Venezuela en Madrid pasó por alto la situación alegando la inseguridad en las zonas turísticas españolas con el incremento de la mafia y del crimen organizado. Pronto todo aquello quedó en el olvido.

La mayoría de los venezolanos hacía ya tiempo que habían perdido la fe en los ideales fantasiosos del socialismo bolivariano, de sus llamadas revoluciones populares y si podían huían del país buscando la felicidad y bienestar en otro lugar.

Sin embargo, el dictador Nicolás Maduro con su ego desmedido seguiría invocando todas las mañanas el canto devocional *Sai Ram, Sai Ram*, el mantra que impuso Sai Baba entre sus devotos. Pero el país, en vez de estar más iluminado, cada vez se encontraba más apagado.

Manolo y su chihuahua fueron rescatados del maletero de un vehículo utilizado por los sicarios que asaltaron el bungaló de un inquilino llamado Steve. «Steve ¿qué más?». A pesar de las acusaciones que vertió el presidente de la comunidad de vecinos, jamás se pudo hallar al presunto inquilino ni a su pareja. No existía contrato de alquiler ni agencia inmobiliaria que hubiera alquilado aquella vivienda. Los recibos de la luz, de gas, de agua y de internet iban a nombre de una sociedad de importación-exportación que no existía.

Se dedujo que Konstantín había residido en la urbanización bajo el nombre de Steve. Había sido él quien huyó con la furgoneta, ya que su cuerpo fue hallado en el agua tras morir aplastado contra una barca. La masacre cometida en el interior del bungaló y en el yate se entendió como un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Se cerró el caso.

Un vecino mostró a la policía un vídeo grabado con un móvil durante la fiesta de la comunidad de vecinos. En el escenario se veía a una niña y a un adulto vestidos de hippies cantando, pero los rostros no eran claros. Por entonces, preguntaron a Fatemah y a su hija, pero ellas no supieron decir más que ese hombre parecía ser un invitado a la fiesta, alegre y educado.

Los investigadores tomaron a Manolo por una persona rencorosa. Un vecino comentó a la policía que le gustaba siempre ser el centro de atención. Además, su pasado violento le precedía. No tomaron en serio sus argumentos y sugerencias conspiranoicas sobre el supuesto Steve con agentes secretos internacionales, comandos paramilitares y cárteles de la droga.

La masacre cometida en el interior del bungaló se entendió como un ajuste de cuentas entre bandas rivales. Se cerró el caso.

Tony Combo siguió trajinando con las inversiones de Dawood y llevando a cabo proyectos urbanísticos. No había freno en la escalada de corrupción en torno a colectivos profesionales como banqueros, notarios, registradores, funcionarios públicos, etcétera.

Esta perversión se vio espoleada por la ineficacia para combatir la corrupción, ya que no se encontraba entre las prioridades de la sociedad civil, los organismos o los políticos. La criminal estaba infiltrada en las instituciones en tal medida que había corrompido las estructuras oficiales y a sus responsables. Y no se veía que en un plazo corto de tiempo pudiera cambiar.

Sara siguió dirigiendo con mucho éxito El Pelícano. La temporada de verano ya había tocado a su fin, pero eventos y fiestas privadas seguían celebrándose.

Ella y Dawood estrenaron nueva casa.

La vida con Sara le producía bienestar, le tranquilizaba y se daba cuenta de que solo estando junto a ella en la proximidad del mar podría soportar su condenada vida a seguir viviendo en el anonimato y desterrado para siempre de la India.

Era de noche. Salieron al jardín. Se sentaron acurrucados con una manta alrededor de un cuenco de ochenta centímetros de diámetro de óxido natural convertido en brasero, que en época veraniega se transformaba en barbacoa.

Se notaba que el otoño estaba llegando. Había una especie de humedad en el aire. Por las noches ya comenzaba a refrescar.

Contemplaron en silencio el fuego. Sara levantó la mirada, sonrió, arrugando la nariz con complicidad; tendió la mano para coger la suya y así sentirlo más cerca. Él la besó en la frente. Se levantaron. Con las manos entrelazadas volvieron al calor del interior.

Si disfrutaste de esta novela y quieres conocer el pasado de Dawood en la India, cómo cometió su primer asesinato siendo un adolescente, su precipitado ascenso en el crimen organizado y cómo y por qué lo declararon en busca y captura, puedes adquirir MATAR A DAWOOD pinchando Aquí.

Quisiera mencionarte que la mejor recompensa para mí como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de ASESINOS DE DIOS.

Para mí es de suma importancia tu opinión ya que esto me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

Muchas gracias.

Alfredo